

DIALOGOS POR LA PAZ EN AMERICA LATINA

ROBINSON M SALAZAR PÉREZ

ADVERTENCIA

Por razones de seguridad y a petición de los dirigentes políticos de cada organización insurgente, algunas de las aseveraciones no están sustentadas en una fuente impresa, puesto que son documentos internos y deliberaciones que se dieron en reuniones de trabajo orientadas a la organización de los ex guerrilleros en partido político

ÍNDICE

Presentación
Introducción

Cap.1/ LA PACIFICACIÓN: FIN DE LA GUERRA, INICIO DE LA CONFRONTACIÓN POLÍTICA

Clasificación de la guerra

Guerra de liberación nacional y guerra revolucionaria

Guerra nacional con componente popular

Características de la guerra nacional en Centroamérica

Cap.2/ **CARACTERÍSTICAS DE EL ACUERDO DE PAZ**

La postura del FMLN para reconsiderar la pacificación

La URNG frente al conflicto en Guatemala

La pacificación como retorno de la política a sus medios originales

La pacificación nicaragüense

El proceso de paz en El Salvador

Acuerdo para el definitivo cese el fuego en Guatemala

Cap.3/ **LAS ORGANIZACIONES PARTIDARIAS EN UN ENTORNO DE POS PAZ**

El entorno pos paz en América Latina

De la atomización social a la sociedad molecular

Elementos constituyentes de la sociedad molecular

La capacidad de reflexión

Descubrimiento de nuevas acciones colectivas

en los traslape identitarios

La construcción del reequilibrio social

La mutación de la izquierda y su opción por la democracia

La izquierda en los procesos electorales

La alianza convergente en las elecciones de 1997

Votos y correlación de fuerzas políticas

El PRD en las elecciones intermedias en México

El sujeto insumiso: portador de la estafeta democratizadora en América Latina

CAP.4/ **LOS NUEVOS DESAFÍOS DE LAS FUERZAS EX INSURGENTES EN EL ENTORNO LATIUNOAMERICANO**

Desafío uno: la relación sujeto-organización

Desafío dos: la inserción de los cuerpos políticos en el entorno de hoy

Desafío tres: el pluralismo construido desde abajo

Desafío cuatro: la irrupción comunitaria

Desafío cinco: la nueva cultura política

Desafío seis: la ampliación del espacio público

CAP.5/ LA OPCIÓN MODULAR PARA LAS FUERZAS EX INSURGENTES EN CENTROAMÉRICA

Punto de partida

Qué ha pasado en Centroamérica

Características de la modularidad

La construcción de un nuevo imaginario colectivo

Una nueva racionalidad comportamental

Los nuevos valores que sustentan el programa de gobierno

Estructura organizacional de la modularidad

CONCLUSIONES

BIBLIOGRAFÍA

ANEXO: Protocolo de investigación

PRESENTACIÓN

El trabajo que se tiene en sus manos es producto de una investigación que se realizó entre 1996-1998, momentos en que la izquierda insurgente buscaba un horizonte donde reagrupar sus esfuerzos y encontrar una nueva orientación para depositar su vocación libertaria.

El trabajo investigativo y los resultados que se muestran, son responsabilidad exclusiva del autor; no obstante, debo reconocer que las teorías y la elaboración de conceptos no son fruto de un trabajo individual, sino de una colectividad que

se ha dado la tarea de reflexionar y, cuidadosamente, construir instrumentos de percepción de la realidad, hasta dar coherencia y sistematización a un conjunto teórico que guíe las acciones que operativizamos para entender, comprender y dar cuenta de lo que acontece en la sociedad.

El laboratorio idóneo donde se cuecen las nuevas interpretaciones de la sociedad latinoamericana de cara al 2000, es el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, de la Universidad Nacional Autónoma de México, dirigido por el Dr. Pablo González Casanova, lugar donde me dieron asilo académico para que asistiera a los seminarios que ahí se llevan a cabo, lo que aceleró en mí el proceso de aprendizaje de lo que acontecía en América Latina y las nuevas formas de interpretación que están en construcción para aprehender todos y cada uno de los fenómenos que en el cuerpo latinoamericano se desarrollan.

El alud de información y la organización de la misma, no se puede realizar de manera aislada; se requiere de un interlocutor que sea paciente, respetuoso, tolerante, suficientemente ilustrado e interesado en los aspectos novedosos que la teoría social trae en su cuerpo en estructuración, pero celoso de que la innovación no caiga en el terreno de la ilusión, porque el esfuerzo reflexivo sería en vano.

Esas cualidades son difíciles de reunir en una persona, pero la amistad, la formación académica y la manera en que procesa la información, me llevó a descubrir esos atributos en colegas de valía como Ambrosio Velasco Gómez y Jorge Alonso Sánchez, quienes me prestaron su paciencia y leyeron cuidadosamente el escrito. Con Jorge Alonso tengo una deuda impagable, dado que ha sido mi mentor y seguirá siendo mi maestro.

No dejo pasar la ocasión para agradecer las lecturas y comentarios de Daniel Martínez Cunill, Oscar Picardo Joao, Ricardo Pérez Montfort, quienes coadyuvaron para que las apreciaciones teóricas y precisiones conceptuales mejoraran el trabajo final; no obstante, lo plasmado es total responsabilidad del autor.

Junio 2001

INTRODUCCIÓN

Los acontecimientos políticos que se viven en Centroamérica, hoy día no acaparan la atención de los analistas políticos, toda vez que los procesos de lucha que apuntaban hacia una alteración sustancial en la vida nacional de cada país de la cintura de Latinoamérica, se han desplazado a otras formas de lucha, menos totalizantes y abarcativa, pero igualmente de significativas; no obstante, las preocupaciones tienden a irse por caminos que tienen que ver con la globalización, sin darle la connotación político-ideológica, sino más bien al campo económico; otras se canalizan hacia la democratización y los procesos electorales, haciendo hincapié en los partidos políticos y la reforma del Estado.

No quiere decir esto que las vetas investigativas que exploran los científicos sociales no sean importantes; si lo son. Lo que no se observa en las indagaciones, es la marcada diferenciación en los procesos de democratización en América Latina, dado que algunos nichos transicionales tienen características que lo distinguen de otros; tal es el caso de Chile, con respecto a México; o el de Colombia con lo que se vive en Nicaragua, Guatemala y El Salvador.

Después de haber estudiado con detenimiento la etapa de democratización a lo largo y ancho de América Latina, auxiliado por las herramientas teóricas de Marcelo Cavarozzi, Norbert Lechner, Manuel A. Garretón y los últimos esfuerzos de Roderic Al Camp, se pudo cuadrangular de mejor manera el escenario que se dibuja en el territorio latinoamericano, elaborando una mapa de las transiciones, donde la cartografía política contuviera en su interior, los actores políticos estructurados y en proceso de estructuración, las lógicas comportamentales que prefiguran sus acciones colectivas, los nuevos valores que van siendo parte de la densa estela de la cultura política, las aspiraciones democráticas y las mutaciones que van sufriendo los cuerpos políticos de cara al tercer milenio.

Una vez realizado el trabajo previo, se escogió el área centroamericana, por ser un laboratorio fundacional; esto es, que hasta 1994, los países tomados para el análisis, no había vivido un proceso profundo de democratización, aunque

Nicaragua tuvo la oportunidad de asomarse a la ventana democratizadora, no pudo construir el andamiaje que requiere una evolución de este tipo, porque la guerra intestina, el bloqueo norteamericano, la militarización que vivió la sociedad, entre otros aspectos, hizo que la ventana se cerrara y se desatara una lucha de sobrevivencia política entre el FSLN y el archipiélago de partidos políticos.

Los otros dos países, Guatemala y El Salvador, también estuvieron marcados por la guerra, rasgo distintivo de las tres naciones estudiadas; sin embargo, una guerra similar los identificó, pero tres procesos de paz los particularizó, porque en cada territorio, las negociaciones se dieron de una manera distinta, aunque situados en una plataforma fundacional; las lógicas de los acuerdos, los reacomodos de los actores y la prefiguración del escenario nacional, fue, y aún son, los aspectos que hacen singular a cada caso.

Para arribar al descubrimiento de las particularidades del conflicto en cada país, hubo la necesidad de ejercitar una reflexión sobre la concepción de guerra, transitando por el camino que confeccionaron autores y actores de la guerra, destacando Karl Von Clausewitz, Carl Schmitt, Sun Tzu, Mao Tse Tung, Giap Vo N'guyen, Abraham Guillen, Ernesto Guevara y otros, a fin de precisar la distancia que existe entre la guerra y la política y, a la vez, la transitividad entre los dos conceptos.

Para no mantener la línea de análisis político, donde se observa con claridad que la guerra y la política son dos elementos inseparables y sobre lo cual se ha escrito con rigurosidad por diversos autores; intentamos llevar a cabo un estudio bajo el recurso de la acción colectiva, bajo el amparo de dos investigaciones; una realizada por Pino y Arnau en España y otra que llevé a cabo entre 1994-1996 en la Universidad de Guadalajara, sobre los sujetos insumisos y desgajados en la política latinoamericana.

Las dos investigaciones se cobijan bajo el paraguas de la teoría accionalista de Touraine, aunque cada una de ella tiene su sello propio; por ejemplo, en la que se realizó en Guadalajara, registró aspectos novedosos como la descripción detallada de las distintas acciones colectivas que los actores emergentes vienen construyendo en la era de la globalización en América Latina, destacando las

más persistentes y que apuntaban a la reconstrucción de la política, hallando dos sujetos que irrumpían con insistencia en el escenario reconstructivo: los desgajados y los insumisos.

Bajo esa égida, seguimos investigando, hasta encontrar un punto que nos permitiese conjugar la guerra, la liberación y los actores emergentes.

En lo que concierne a la guerra, intentamos tipologizarla en Centroamérica, subrayando los matices de una confrontación que nace de las acciones colectivas de los "sin derechos"; o sea, de las personas que se les han cancelado sus aspiraciones y derechos ciudadanos y por medio del conflicto buscan recuperarlos. Esa guerra que llevan a cabo los actores insumisos, no se construye bajo la lógica del exterminio del adversario, sino buscando el poder, pero un poder que se recree en la política, que se dispute en los espacios públicos, que se confronte en el seno de la sociedad civil.

Frente a esta concepción, se encontraba la lógica guerreril de los controladores de la política doméstica en los tres países en estudio, donde el actor dominante sí actuaba con la intención del exterminio, arriesgando el poder, pero con un costo alto para los insurgentes.

Lo más interesante en este análisis es el valor que tiene el poder y para qué lo quieren los agentes en conflicto. Los sectores castrenses y oligárquicos pretendían ejercerlo para mantener el *status quo* y, los insurgentes, buscaban socializarlo, ampliarlo, reproducirlo, multiplicarlo en los diversos sectores de la sociedad; sin embargo, el factor externo no lo permitió y desvió las intenciones primarias.

Indudablemente, que un conflicto bélico en el cual los dos actores involucrados quieren imponer su lógica comportamental y visión unilateral de la sociedad, no aproxima, en ningún momento, a un diálogo o acuerdo; puesto que intentar atrapar y más tarde exterminar una idea de colectividad y una concepción de lucha distinta a la que uno de los dos profesa o defiende, en un mundo

unidiversitario, heterogéneo y multidimensional, es absurdo, dado que pretende desconocer al otro, al distinto que se revela con una acción reivindicativa o con una voz disidente.

Ese hecho distintivo, borrar al otro, fue lo que prolongó la guerra, arrojando miles de muertos, de familias desplazadas y desarraigo de poblaciones enteras que se vieron en la necesidad de emigrar a otros lados.

Cuando la guerra anunciaba su agotamiento, por la imposibilidad de borrar al otro, se asomó la voluntad política, en ambos actores conflictuados, para alterar sustancialmente su racionalidad comportamental. Había la necesidad de reposicionarse en un nuevo escenario que dibujaba un cambio en la correlación de fuerzas en el ámbito internacional con el fin de la guerra fría; asimismo la lógica del mercado desplazaba velozmente al Estado-Nación de amplios espacios políticos y sociales; la multiplicidad de actores emergentes fue cubriendo paulatinamente el espacio público; los partidos políticos entraban en la última etapa de la crisis de representatividad; las redefiniciones identitarias se multiplicaban y la política como ordenamiento social y forma de convivencia en un mismo entorno, desfallecía.

El diálogo por la paz se hizo indispensable, algo así como la válvula que imperiosamente había que dar vuelta hacia donde indicaba la flecha de abrir, para que se liberaran todos los actores políticos en cada país; para inaugurar una etapa de intercambio de opiniones, de convivencia pluralista y de paz. Lo requerían los insurgentes, porque el espacio público estaba poblado de muchos actores nuevos y en proceso de mutación, que reclamaban una actuación y una participación en la construcción de la nación a final de siglo; le urgía a los empresarios y gobernantes para insertarse en el mercado regional y mundial; para iniciar un proceso de modernización en la economía de cada país y para ofrecer mejores condiciones a la inversión externa, panacea de los neoliberales.

No había otra opción. La realidad mundial obligó a los dos actores a negociar. Las condiciones internas de cada país centroamericano también presionaban para que se arribara a un acuerdo. La salida era mirar hacia un solo punto, sin ninguna posibilidad de desviarse, la única maniobra que les quedaba era dilatar las negociaciones, pero tarde o temprano, el diálogo los esperaba.

Tres acuerdos de paz, en tres circunstancias distintas y con ingredientes muy propios de cada país; en Nicaragua se inició desde 1978, dado que antes de que el FSLN asumiera el poder ya existía la guerra; con el triunfo insurgente, la complejidad aumentó, EE.UU. intervino directamente y coadyuvó a armar grupos disidentes del Sandinismo y opositores al gobierno, desatando una cruenta lucha que reinó en el país de Darío por más de doce años.

La paz no se logró inmediatamente, fue un acuerdo accidentado, pasó por varias etapas, a cada momento se quebraban las negociaciones y el cese el fuego; la intermediación internacional fue indispensable para el proceso de paz y sus logros; pero lo que vino después de la pacificación fue lo más novedoso, pues desdibujó en gran medida a la mayoría de los cuerpos políticos, desafiando principalmente al FSLN para que internamente se democratice y lleve a cabo una reforma profunda en su estructura orgánica que incida en la cultura política y en la práctica partidista.

El FMLN en El Salvador, asumió el reto del diálogo desde una postura más ventajosa que el FSLN en Nicaragua. A tiempo se dio cuenta que la guerra no los conducía a la victoria, tampoco a la derrota; el virtual empate lo colocaba en una situación de riesgo, porque estaba expuesto a distanciarse, cada día que pasaba, de los actores que se multiplicaban a lo largo y ancho del diminuto país. Sus dirigentes realizaron una lectura de lo que acontecía en el mundo, en Latinoamérica y en El Salvador, con una lente prismática, que les permitió descomponer la realidad, cuadrificarla, interconectarla y asociarla de una manera inteligente, hasta descubrir que una pacificación no iba ser procesada por la sociedad civil salvadoreña como una derrota, sino como parte fundamental de un cambio global en la sociedad que permitía que la política se robusteciera.

La paz posibilitaba que los actores en conflicto no se exterminaran entre sí, pero mantendrían conflictuándose en un espacio común y, que el diálogo era la gran oportunidad para construir un núcleo básico de instituciones democráticas que empujaran a los actores a mutar y repositonarse en un nuevo escenario.

Tal como prefiguraron el diálogo, así ha sucedido, con algunas variantes y retardos en los cumplimientos, pero va encaminado por la ruta que favorece al FMLN. Los ex insurgentes no se transformaron en partido político más, porque se dieron cuenta que por ese camino no había grandes posibilidades de éxito. Optaron por la fórmula de partido convergente, debido a que la sociedad salvadoreña no es homogénea, es un archipiélago actores que se encontraba tejiendo, con y sin el FMLN, una urdimbre accional que abría nuevos horizontes participativos a la sociedad civil; de ahí que los ex combatientes se vieran obligados a insertarse en esa realidad que los otros actores habían construido.

Aquí se encuentra el FMLN, con una presencia nacional sorprendente, con la responsabilidad de ser la segunda fuerza política de El Salvador y la primera opositora del partido gobernante ARENA, pero ante todo, con la gran oportunidad de ganar los próximos comicios electorales generales de fin de siglo.

Por último, La Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca, URNG, fue la última en arribar al diálogo por la paz, con el desafío de aprovechar al máximo las experiencias de los dos procesos que le antecedieron y con la urgencia de dar una respuesta satisfactoria a la sociedad civil guatemalteca, que aspiraba acudir a la cita de la reconciliación con un ramillete de demandas que le reconociera los derechos clausurados.

No fue un paso de reacción endopática por lo que había sucedido en Nicaragua y El Salvador; más bien fue una decisión cuidadosa que la URNG tomó, en función de tres aspectos básicos: una guerra que en el corto y mediano plazo parecía interminable, puesto que los dos grupos en conflicto estaban bien apuntalados en sus posiciones; la necesidad de encauzar la guerra por el río de la política, aprovechando la multiorganicidad de la sociedad civil guatemalteca y el conjunto de demandas que se enarbolaban, las cuales se podían compactar en el paquete de negociación, permitiéndole a la URNG ganar la confianza de los sectores que se movían al margen de lo que hacía el grupo guerrillero; y por último, capitalizar la presión que los organismos internacionales ejercían sobre el gobierno de Arzú para que emplazara a una negociación de cara a la paz, maniatándole las manos a los sectores castrenses y oligárquicos que se beneficiaban con la guerra.

Los tres procesos de paz, originaron un cambio trascendental en la sociedad, porque obligó a una gran parte de los actores políticos a mutar, con el objeto de reubicarse en el escenario de pos paz; también exigió a los grupos y asociaciones civiles que reedificaran sus identidades, lo que brindó la oportunidad de descubrir traslapes identitarios entre ellos, colocándolos en una situación susceptible de acoplamiento convergente, alejado de la ortodoxia partidista.

Algunos analistas no han alcanzado a vislumbrar el alcance de los acuerdos de paz y su impacto en la sociedad centroamericana; todavía pesa en la literatura especializada el discurso desencantado que señala a la política como la madre de los males sociales, pintando el horizonte de incertidumbre y negando la circunstancia de lo posible; no obstante, si nos atrevemos a realizar una lectura intersticial, se puede destacar que la atomización social que desencadenó los dos fenómenos mencionados, hoy día es contrarrestada por una fuerza que brota de los actores emergentes, de *los de abajo*, que se caracteriza por la capacidad de recomposición que vienen mostrando a través de las acciones y las redes que organizan para alterar la realidad adversa.

A lo anterior se le suma lo que Giddens llama *la capacidad social de reflexión*, que no es más que la asimilación, procesamiento y socialización de la información que circula por el mundo y se aprovecha para modificar la circunstancia en que se inscriben los actores políticos.

La socialización de las experiencias, aunada a los descubrimientos de los traslape identitarios, va dando forma a una *molecularización social*, a través de lazos y conectes, semejantes a los enlaces químicos, hasta tejer una densa estela de acciones colectivas, donde los actores de una comunidad se suman a otras para constituirse en un actor articulado, con mayor movilidad y capacidad para resolver situaciones adversas o apremiantes.

Para que una articulación se cristalice, es necesario que los grupos, asociaciones y comunidades, descubran que las necesidades que cada uno de ellos padece, no son exclusivas, sino que también son sufrimientos y limitaciones para otros,

y en esa identidad de la pobreza, de las carencias, aparecen los puntos convergentes que posibilitan un traslape identitario en función de las demandas.

Obviamente, una vez que se armen los arcos convergentes, la interacción dinámica, la horizontalización de las decisiones y el intercambio de experiencias, va abriendo un compás para que se autorenocozcan y conozcan al otro, hasta crear valores comunes, apreciaciones del mundo y de la sociedad articuladas, aspiraciones comunitarias y acciones generales que van nutriendo la nueva cultura política de los sujetos insumisos.

Entonces, la firma de la paz y los demás acontecimientos que de ella se desatan, van abriendo el camino de la desatomización social, para que aparezca o se reestructure en lugar de ella, el comunitarismo molecular, tejedor de redes asociativas y de futuras convergencias orientadas a recuperar el reequilibrio social.

En este punto casi invisible, se marca la diferencia entre la sociedad atomizada y el naciente comunitarismo molecular; sin embargo, aunque parezca imperceptible, hay indicios comportamentales, valorativo, expresiones de subjetividades grupales que nos dicen que se está fisurando la sociedad autista, disociada e individualista, y en su lugar se esta posicionando una nueva forma asociativa, con un cuadro axiológico acorde a los tiempos y una racionalidad en su comportamiento que la hace más incluyente, tolerante y respetuosa de la autonomía.

Los grupos y asociaciones políticas que se sitúan en el ala izquierda o renovadora, algunos de ellos reconocen la mutación sufrida en el entorno, de ahí sus variaciones en la oferta política, en las alianzas electorales, en la postulación de candidatos ciudadanos y en la flexibilidad de sus principios doctrinarios, que en el pasado reciente se comportaban como candados para la apertura democrática al interior de la organización.

Los ex insurgentes se ubican dentro de los grupos con voluntad, capacidad y decisión por readecuarse al nuevo entorno, de ahí que sus acciones reconstruccionistas no dejen de estudiar la configuración de la nueva sociedad,

la ampliación del espacio público, la heterogeneidad social, la redefinición de identidades, la multiplicación de los actores políticos, el derecho de las comunidades para participar y gestionar la consecución de sus recursos y la necesidad de democratizar la democracia.

Aquí es donde cabe, de manera oportuna, la nueva organicidad que podrían asumir los ex insurgentes, bajo una modalidad de partido amplio, incluyente, tolerante y apto para armar y participar en convergencias.

A esa nueva forma de organización, le denominamos modular, la cual se describe como flexible, articulacional y revolucionaria, bajo los lineamientos políticos de lo que puede ser la nueva izquierda, en una circunstancia donde se desarrolla un proceso transicional fundacional; o sea, que la democracia, los actores y las instituciones apuntaladoras de la convivencia pluralista, se encuentran en proceso de construcción.

La organización modular, para aproximarse al éxito, deberá construir, con la participación de numerosos grupos, asociaciones y comunidades, un nuevo imaginario colectivo, que lleve en el centro, la preocupación por inventar una nueva sociedad, un tipo ideal de sociedad que sea posible de alcanzar, que llene el vacío que dejó la utopía socialista, pero esta vez debe tender los hilos conectivos entre los objetivos económicos y tecnológicos del desarrollo con los intereses sociales de la población marginada y en desventaja.

La modularidad debe erigirse sobre la base de un sistema axiológico o virtudes cívicas que destacan la tolerancia, la inclusión y la autonomía; tres ejes básicos para insertarse en la realidad de hoy.

Si las reflexiones que hemos llevado a cabo son apreciadas por los actores centroamericanos, nos sentiríamos satisfechos y con la conciencia plena de que nuestra convivencia con los grupos ex insurgentes no fue casual, sino que medió entre nosotros un compromiso que aún asumimos y seguiremos unidos a ellos mientras el alma rebelde o insumisa gobierne en nosotros.

CAPÍTULO/ 1

LA PACIFICACIÓN: FIN DE LA GUERRA, INICIO DE LA CONFRONTACIÓN POLÍTICA

Adentrarnos al mundo de las definiciones, es admitir que éstas son convencionales, se sujetan a las pretensiones del investigador, esencialmente en lo que él quiere explicar o condensar en pocas palabras, de ahí que no exista una definición que abarque un objeto determinado en toda su amplitud, sino una parte, específicamente, la que se quiere destacar; además, debemos consentir que el concepto de *guerra* que se pretende describir, algunas veces se le considera no finito, por la relación de transitividad que se da entre la guerra, la política, el derecho y la economía, permitiendo que las fronteras porosas se difuminen, por tanto no sabemos cuándo la guerra abandona su campo bélico y asume la confrontación amigo-enemigo; o en qué momento la coacción jurídica arremete hasta colocar al opositor en una situación de responder bélicamente.

Por lo anterior, cabe la posibilidad o la opción de que delimitemos el concepto, una vez hallamos explorado los límites probables de la Guerra en un orden social determinado, teniendo en cuenta el espacio-temporal, circunstancias y objetivo del fenómeno confrontativo.

En un primer intento explicativo, la guerra, apoyándonos en las reflexiones de Carl Schmitt, es una contienda armada entre unidades políticas organizadas. La guerra nace de la hostilidad pública y porta en su interior la negociación esencial del otro ser; la guerra no es sino la realización extrema de la hostilidad, y puede subsistir como posibilidad real, mientras el concepto de enemigo conserve su significado. (C. Schmitt, 1975)

En esta definición se observa, que la distinción específica que hace el autor se remite a la unidad de contrarios de amigo-enemigo, misma que utiliza para discernir sobre la política. En la unidad de contrarios, categoría de análisis

político de Schmitt, el punto de separación entre amigo-enemigo es la enemistad, que se cristaliza en los intereses, las convicciones, los valores y las posesiones; por lo que, el tránsito de guerra a la política acarrea una negociación sobre los aspectos en que se materializa la enemistad, que comporta a unos arreglos entre dos; pero, si la contingencia de arreglo disminuye, se potencializa la enemistad, categoría constituyente de la guerra, posibilitando que la hostilidad pública crezca y la política se opaque.

No se alcanza a observar una separación entre la guerra y la política; tampoco se puede analizar de manera separada, aunque una encierra a la otra, lo que las hace conmensurables y hasta compatibles. Si bien no son sinónimos, la guerra constituye la polarización de la enemistad pública cuando los cauces o canales conectivos entre los sujetos políticos se "arteriosclerolizan", provocando una manera particular de acción; sin embargo, la enemistad que se observa en la guerra no desaparece después del arreglo, puesto que es la posibilidad originaria de la política, su opaco doble y su cotidiano inconsciente (**P. Ródenas, 1997**); oséase que la política se acaba cuando falta en principio la posibilidad de guerra (**Schmitt, op.cit.**), pero crece cuando la categoría de hostilidad pública transita hacia el eje amigo-enemigo público.

Viendo esa transitividad entre guerra y política, el recurso que nos queda para distinguirla es la acción colectiva que asumen los sujetos políticos ante la hostilidad pública y/o la enemistad que se deriva de la categoría amigo - enemigo, donde la acción es una operación práctica; es el acto por el que una conciencia focalizada por el yo modal enfrenta una situación (realidad de la que ese yo modal es consciente en un momento determinado) y, al hecerlo, la cambia. (**P. Navarro, 1994**)

Definitivamente, las acciones crean situaciones nuevas y las transforman; por su parte, las situaciones son el presupuesto necesario para las acciones, por ello es menester aclarar que las situaciones se componen de dos elementos; por un lado, de un aspecto objetivo, que consiste en el objeto u objetos modales de la situación; por otro, de un aspecto subjetivo, el sujeto modal, que da sentido agencial a ese objeto. (**P.Navarro, op.cit.**)

Ahora bien, esa acción llevada a un plano colectivo (*A. Melucci, Touraine*), conmina a que se analice en un ámbito donde se aprecie la conjunción de una estructura de dominación, combinada con el ejercicio del poder, un bloqueo institucional y una crisis organizativa que propicie una posibilidad de guerra.

En casos singulares, se observa claramente que la política, terreno de intercambios entre los partidos políticos; de elecciones y representación territorial y, en general, del tipo de actividades, prácticas y procedimientos que se desarrollan en el entramado institucional del sistema político, no funciona o se encuentra semiparalizada.

Entonces, la acción colectiva puede dar origen a un comportamiento bélico, confrontativo frente al enemigo, donde éste no es un actor antagonista, tampoco una persona o grupo determinado, sino el orden social impuesto, el eje de dominación, el cual reúne un conjunto de categorías y prácticas sociales específicas, útiles para su análisis.

El sujeto beligerante que se revela contra el eje de dominación y desarrolla una acción colectiva frente al enemigo, se identifica por sus valores sociales y culturales, por su conciencia de la exclusión y porque cuestiona las raíces de la imposición de unas reglas del juego, mismo que tiene que ser reemplazado por un juego nuevo. **(C.Pino y A. Arnau, 1995)**

Introduciendo la acción colectiva en una forma comportamental que gira en torno a tres ejes: fines, medios y ambiente, sin descuidar el papel determinante del actor, único capaz de organizar y administrar las diversas dimensiones de su experiencia social y sus identificaciones, **(F. Dubet, 1989)** nos aproximamos a situar el conflicto bélico en una situación real, que nos permita descubrir la naturaleza de la guerra, de modo que el concepto clásico de *guerra* nos indica que ésta es un acto de violencia destinado a obligar al enemigo a ejecutar nuestra voluntad. **(Clausewitz, 1997)** Sin embargo, no abrazamos la concepción ortodoxa de la guerra. Se pretende dibujar una apreciación distinta, que concibe la confrontación como un acto de hostilidad entre sujetos políticos que se declaran enemigos públicos, toda vez que uno de ellos representa y defiende un orden excluyente y otro trata de abrir ese orden hasta hacerlo incluyente, plural y competitivo.

No es una guerra de exterminio, tampoco una acción confrontativa que busca la victoria por el aniquilamiento de una de las partes, donde uno de los actores en escena desaparece; sino una guerra que se mueve en el delgado himen fronterizo entre la acción política y la acción beligerante, que busca alterar las reglas de juego imperante hasta llevarlas al límite del cambio de juego.

Esta guerra no descarta la posibilidad de arreglo a través de un acuerdo de paz, pero no una paz de abdicación, sino de pleno respeto recíproco y con viso de vivir en una situación de comedimiento ciudadano.

Aparece entonces una perspectiva teórica novedosa sobre la guerra, sin negar las aportaciones de los clásicos (1); tampoco de reducirla a un campo exclusivo donde dos contingentes organizados buscan destruirse mutuamente; más bien la dirigimos a que sea interpretada como una actividad confrontativa de la política que se manifiesta cuando la circunstancia es adversa para uno de los sujetos sociales en confrontación. Vale la pena hacer mención, que la hostilidad pública, en este caso, no está dirigida al sujeto en sí, sino al orden de cosas que el sujeto defensivo representa; en tal caso, es el conflicto el que desata la acción bélica de los insumisos, el factor que activa al sujeto que se revela contra el eje normativo vigente, presentándose así la guerra.

Desde esta perspectiva, la guerra es la pugna real entre dos sujetos, uno que defiende y otro que se subleva ante el orden impuesto, siendo el conflicto el motor de la acción colectiva insumisa que se materializa en los valores, los intereses y aspectos simbólicos de la ideología que enarbolan.

Una vez resuelto el primer paso, nos interesa discernir sobre la naturaleza de la guerra dentro de la particularidad centroamericana, contienda que no pasa por el zaguán de las categorías analíticas de los clásicos de la guerra, debido a su particularidad y forma evolutiva que muestra desde la década de los sesenta hasta la firma de los acuerdos de paz en la postrimería de los noventa.

1.1 CLASIFICACIÓN RACIONAL DE LA GUERRA

La mayoría de los estrategas y actores involucrados en la guerra, de los tres países que tomamos para el estudio investigativo (Guatemala, El Salvador y Nicaragua), tuvieron presente la teoría de la guerra *clauswitziana*, por ser uno de los más elocuentes expositores en el arte, sin olvidar a Giap Vô N'guyen, Sun Tzu, Ernesto Guevara y Abraham Guillen.

Tomar el estudio realizado por Raymond Aron sobre la guerra, quien profundiza minuciosamente en la obra de Clausewitz (**R.Aron, 1997, T.I y II**) y reseña diversos tipos de hostilidades(2), puede ser de gran utilidad para el análisis del conflicto centroamericano, ya sea por las características discursivas, muy similares a las empleadas en esos años por los actores principales en confrontación, o por la claridad que pueda prestar para dilucidar sobre si hubo una *guerra de liberación nacional y/o guerra revolucionaria*.

1.1.1 GUERRA DE LIBERACIÓN NACIONAL Y GUERRA REVOLUCIONARIA

El intento que se pretende hacer sobre la obra del autor prusiano, aplicada a las características de la guerra en el área centroamericana, no es del todo mecánica; si bien nos seduce su método, también es necesario tener presente que una guerra nunca es igual a otra, más si tenemos en cuenta que la coyuntura en que se da el desenlace es irrepetible y la complejidad que articula el conflicto (**J.Preciado, R. Salazar, 1997**) es diferente, por tanto, lo esencial es descubrir la naturaleza del conflicto y de la guerra misma.

Hay una cantidad considerable de estudios que definieron de manera ambigua la guerra centroamericana; unos la denominaron guerra revolucionaria, otra guerra de liberación nacional, pareciendo que fuese una sola y sólo le acomodaban un adjetivo para resaltar el matiz ideológico; no obstante, la definición racional estuvo ausente, quizá se debió a que la intención de los estudios no rebasaron el manejo del lenguaje periodístico, que se caracteriza por ser sensacionalista, olvidando que lo primordial era caracterizar el conflicto bélico, descubrir su naturaleza, justo que se encontraba encerrada en la política, en la dirección de la guerra y en la estrategia.

Clausewitz se resistió a distinguir conceptualmente estos tres aspectos, de modo que planteó con firmeza que en una guerra había dos posibilidades: o se utilizan las fuerzas armadas, permaneciendo en el terreno de la táctica, o se utilizan los combates o sus resultados, situándose en el terreno de la estrategia. Y en el origen de toda estrategia figura la naturaleza de la guerra. (**Aron, op.cit.**)

Frente a esta concepción, la apreciación de Delbrück va más lejos, propone una clasificación racional que involucra los tres aspectos en cuestión, con el objeto de que sea la punta de *iceberg* que orienten a descubrir su naturaleza.

Retomando las aportaciones de los dos autores se agrega: qué política orienta a la guerra, quién(es) asumen la dirección, (incluyendo el ámbito ideológico, los intereses y los espacios que pretenden ocupar) y la estrategia que está diseñada para alcanzar la victoria, buscando reunir con ello los elementos que permitan estructurar, teóricamente, la naturaleza de la guerra. Aunque la experiencia misma en los tres conflictos centroamericanos nos han enseñado que la guerra se diferencian en su forma de recobrar la paz. Paz dictada o paz negociada.

La guerra de liberación nacional se presenta en países que tienen la particularidad de pueblo sometido o colonizado; esto es, que en su territorio hay presencia militar, irregularidad en las instituciones y reglamentarismo jurídico del país colonizador; además, los derechos ciudadanos se encuentran restringidos, y en otros casos, las expresiones culturales del territorio sojuzgado se encuentran proscritas.

Frente a una situación de presencia extranjera, la estrategia está concebida en que el partido o dirigencia militar que marca la égida de la guerra, emplea simultáneamente unos medios psicopolíticos y militares, siendo sus objetivos las fuerzas vivas (fuerzas armadas opositoras), las fuerzas muertas (recursos movilizables) y la opinión pública. La táctica se aplica en función de la coyuntura, la optimización del recurso, la eficacia de la operación psicológica, militar y propagandística.

En la guerra de liberación nacional, la capitulación no implica el aniquilamiento, sino que se erige sobre un acuerdo de paz, donde el país o nación invasora se retira y abandona sus pretensiones de país colonizador, dejando en plena posibilidad, al país recientemente desocupado, para que restablezca su estatus de nación, lo cual denominamos paz negociada.

En cambio, la guerra revolucionaria, tomando la apreciación más radical de Mao Tse Tung, es una acción de aniquilamiento, donde no se puede abdicar, ni rendirse, menos pactar un acuerdo de paz, pues se estaría capitulando ante el enemigo y negando a la vez los principios que originaron a la guerra.

En la lucha revolucionaria, la búsqueda del poder está clara, con la intención de instaurar un nuevo régimen, cuya modalidad, en un principio, constituye el ejercicio del poder y, más tarde construir mecanismos de lucha que le permitan defenderse ante cualquier agresión contra el orden en construcción. Estos dos momentos, asumir el poder y construir un orden, fue concebido por Mao y conceptualizado bajo cuatro etapas: subversión, insurrección, guerrilla y formación de una tropa regular.

En las dos guerras, la política no se encuentra ausente, aunque hay quienes prefieren ver la guerra de una manera que incluye a la política, Mao Tse Tung; otros la ven como prolongación de la política, Clausewitz y Lenin; no obstante, esas dos focalizaciones son relativas, por estar supeditadas a una circunstancia y situación específica, de tal suerte que para empezar una guerra hay que analizar el momento político y al adversario; y para pactar una paz, hay que sopesar política y orgánicamente los nuevos espacios factibles de ocuparse, la mutación de actor beligerante a actor político público, así también la aceptación de un orden institucionalizado.

1.1.2. GUERRA NACIONAL CON COMPONENTE POPULAR

Siguiendo la tradición clausewitziana, Lenin hace ajustes a la teoría de la guerra, principalmente en lo que atañe a la concepción histórica, pues su interés no estaba solo en la contemplación de quién sería el triunfador en un encuentro bélico, sino en la naturaleza de la guerra, qué asuntos encerraba y

qué elementos eran los constituyentes del conflicto, de ahí que en sus aproximaciones reflexivas sobre la Revolución francesa esclarecen teóricamente la definición de guerra nacional, al decir que eran manifestaciones de movimientos nacionales de masas, de una lucha contra el absolutismo y el sistema feudal, en favor de la abolición de la opresión nacional y de la creación de Estados sobre una base nacional... (**Lenin, 1970**), reconociendo implícitamente la existencia de un conflicto que obstaculizaba el desarrollo capitalista en Francia.

Si el conflicto es el resorte que impulsa a la confrontación, se está aceptando que la distancia que hay entre el enfrentamiento bélico y la política es mínima, así que el conflicto en su esencia es una disputa política que proviene de múltiples segmentos sociales que están en desavenencia por el choque de intereses, por obstaculizar la emergencia de nuevos actores o por negar los espacios donde predomine el diálogo, el entendimiento y la negociación.

Visto desde esta perspectiva, el conflicto es social y por consiguiente desemboca en una construcción de nuevos instrumentos que mueve a la sociedad y a la política a buscar nuevas formas de asociación, de sociabilización y reconfiguración de códigos que apunten hacia la regeneración del tejido social deteriorado. Su carácter social, involucra actores tradicionales y emergentes que disputan los espacios recién creados para llenarlos de contenido, una vez desactivado el conflicto; lo que quiere decir que las operaciones militares no resuelven el conflicto, tampoco diseñan los escaques para que los grupos sociales se reacomoden; éstas decisiones obedecen a los arreglos a que se llegan después de desactivarse la confrontación bélica.

Ahora bien, la utilización del recurso popular para derrocar un gobierno corrupto o de facto que contraviene las libertades políticas y de expresión, no es distante a la concepción de guerra nacional, específicamente si lo dirigimos al objeto de estudio, el área centroamericana, donde la gelatinosidad de las clases sociales, la emergencia de movimientos sociales y la amplitud de la banda de los marginados, posibilitó que el ingrediente popular fuese el decisivo en la guerra nacional que se vivió en los tres países en cuestión; además, el sujeto popular, actor protagonista en los tres escenarios, mostró poseer una capacidad para confrontar o negociar con el oponente; asimismo, supo exponer los

intereses de una clase social o de los diversos actores histórico-políticos, relativamente desvinculados de su posición económica, pero constituidos en función de su pertenencia de género, de raza, de edad, entre otras. (**Touraine, 1967**)

Dicho en otras palabras, la conducta de solidaridad grupal asumida y practicada por el actor dominado, fue la fuente de la insurrección popular, a modo que sus acciones fueron más allá del interés mezquino y se situaron en el arcoiris de la desobediencia civil que intentó guiar acciones colectivas que se oponían a la opresión.

Por lo anterior, la guerra nacional, en el caso centroamericano, puede ser equiparable a la guerra popular, justamente por las combinaciones que se dan en sus objetivos políticos, los medios y fines, aunque es imperioso diferenciar la naturaleza del conflicto nacional en cada país que estamos analizando y los componentes nuevos que se agregaron posteriormente a la guerra en Nicaragua, El Salvador y Guatemala.

1.2 CARACTERÍSTICAS DE LA GUERRA NACIONAL EN CENTROAMÉRICA

Para analizar la guerra en Centroamérica, es necesario tener presente la singularidad de confrontación bélica en la región, puesto que el enfrentamiento se dio en un contexto que se regía bajo el poder que ejercía un régimen dictatorial; además, siendo de carácter nacional no fue ajena a un ingrediente internacional que se le asignó históricamente, en función de su ubicación geopolítica y más tarde, a partir de la firma del Acuerdo Trilateral de 1973, preámbulo de la globalización, involucró a agentes internacionales, el comercio regional, el mercado mundial y las relaciones interestatales.

La guerra es nacional, ciertamente, al originarse de un conflicto interno de orden político - social, a causa de que es generado por una ruptura institucional que se presenta en su territorio, donde los factores perceptibles de la complejidad son la cancelación de los canales intercomunicativos entre los

actores sociales y el gobierno; la proscripción de los partidos políticos que oponían al grupo gobernante; la ruptura de los mecanismos que propiciaban el diálogo; la negación de los espacios públicos a los actores emergentes y la existencia de un gobierno de facto.

La suma de todos estos factores fue estructurando la hostilidad absoluta, hasta provocar que el actor dominante cancelara toda posibilidad de crecimiento y desarrollo al actor dominado, orillándolo a que buscara formas de asociación y mecanismos de insurrección para revertir el orden impuesto.

Es la hostilidad absoluta la que cierra el zaguán de la negociación y entendimiento político entre los actores en conflicto, pero abre el camino que conduce a la guerra, misma que nace bajo la bandera de las demandas denegadas.

La guerra que nace bajo la bandera de los "sin derechos" no es una confrontación de exterminio, donde sólo uno de los actores implicados puede ocupar la amplitud del escenario y el otro desaparecer. No.

La guerra que nace bajo esas circunstancias está explicitando el problema del poder, en consecuencia el poder que se disputa es absoluto; pese a ello, algo paradójico se desprende de esta lucha, mientras el actor dominante quiere y arriesga el poder absoluto, el actor dominado busca llevarlo al terreno de la política para compartirlo.

Se observa que el asunto del poder, no es un fin o la esencia de la guerra, sino más bien una relación y un ejercicio desigual de fuerzas; es un instrumento, un medio, una relación entre clases que busca garantizar la reproducción de las relaciones sociales de subordinación y la aceptación de un código por parte de los sujetos de conducta sumisa.

Visto así, el poder que se dirimió en la guerra centroamericana tuvo las características que acabamos de esbozar; No obstante, la relación de poder que más llamó la atención fue la manera ejercerlo, donde, por un lado, los sectores militares y gubernamentales pretendían mantener el *status quo*, lo que prolongaba la confrontación entre los dos sectores, por un tiempo indefinido y,

por otro, se encontraban los actores que pretendían socializar el poder, diseminarlo entre los diversos sectores que integraban el mosaico nacional, buscando con ello recuperar la política para reconstruir el terreno de la confrontación.

Una muestra del interés por revalorizar la política, fueron los pasos que se dieron para buscar una salida a la resolución de los conflictos armados, donde prevaleciera una disposición para negociar y llegar a puntos de acuerdos, sin que mediara una proclama o declaración de un vencedor por una de las partes conflictuadas; sino por mutuo entendimiento de hacer un alto en la guerra y construir o reconstruir los caminos de la institucionalidad que condujeran a una salida consensuada a través del diálogo, la flexibilidad, la civilidad y la apertura de nuevos espacios en la vida pública e institucional de cada país.

La excepción es Nicaragua, realmente el FSLN no arribó al poder por la vía de la negociación, sino por la vía armada, caso que insta a darle un tratamiento singular e invita a realizar un ejercicio político-reflexivo sobre lo acontecido en la tierra de Rubén Darío, en la era de Somoza, bajo la lente de los clásicos de la guerra y las nuevas argumentaciones contemporáneas. **(A.Heller, 1991; Robotnikof, Velasco y Yturbe, 1995 y E. Serrano, 1996)**

El FSLN, grupo insurgente nicaragüense, no era la única fuerza política de oposición, sino la más estructurada de toda una constelación de movimientos sociales opositores, que enfrentaban a la dictadura de Somoza por todos los medios de lucha, incluso la vía armada.

El conjunto opositor se movían en un escenario internacional favorable, donde la correlación de fuerzas no apoyaba la permanencia de Somoza en el poder, por que la opinión de los gobiernos de la administración Carter en los Estados Unidos, Omar Torrijos en Panamá, C.A. Pérez en Venezuela, López Portillo en México y Rodrigo Carazo en Costa Rica, era de censura y reprobación, por tanto, los ejes que apuntalaban a un gobierno de facto se desvanecían.

En el ámbito nacional, los sectores conservadores nicaragüenses, asimismo habían sido afectados por el control monopólico que Somoza ejercía sobre la economía, la política y las instituciones, no quedándole otro recurso que

sumarse a la ola de insurrección, estructurándose de esta manera una operación pinza que apretaba a la administración somocista por las dos bandas, la externa y la interna.

La negociación entre los Estados Unidos y Somoza (influenciada por el peso de los demócratas en la administración Carter) fue que no saliera derrotado por la vía armada, ya que de ser así, el FSLN hubiese tenido la fuerza política y moral para sobreponer un modelo económico y político más cercano al de las revoluciones socialistas clásicas, permitiendo una injerencia mayor del bloque soviético en el área latinoamericana.

Lo mejor opción fue la rendición, cuyo contenido político es que la confrontación armada no tuviese desenlace de guerra, donde un vencedor desplaza a los vencidos; sino que se diera una transividad inmediata de la guerra a la política, donde Somoza renunciara, nombrara otro presidente y se desplazara a otros espacios más reducidos, reconociéndole al FSLN los espacios que las fuerzas insurgentes habían llenado de contenido político-liberacional.

Entonces se tiene que, la resolución del conflicto no fue por la vía armada, sino por el lado de la política, de ahí que el FSLN tuviera que conformar, junto a otras personalidades y grupos políticos opositores del momento, un gobierno de reconstrucción nacional, que más tarde desembocó en una crisis, por causa de la confrontación de intereses entre los actores que se articulaban en el gobierno y por la dirección que se pretendía dar al Estado en su conjunto.

La reedición del conflicto no involucró directamente a la estructura militar, tampoco fue una confrontación entre dos ejércitos, similar a la guerra que permitió al Sandinismo arribar al poder. Fue un enfrentamiento en el plano cívico-militar donde actores desgajados del FSLN, en común acuerdo con actores de la cúpula empresarial y de la iglesia conservadora, buscaron apoyo en los organismos contrainsurgentes de los Estados Unidos, para obtener medios financieros y logísticos que le permitieran sostener una hostilidad permanente al Gobierno Sandinista.

Esta singularidad permite que el factor externo se conjugue con aspiraciones internas, volcando el conflicto hacia arenas internacionales, donde la confrontación no era entre nicaragüenses, sino entre gobiernos, entre estados.

En el caso de El Salvador, otro escenario centroamericano, el conflicto presenta un cuadro social y político desgarrador, más si lo ubicamos en una situación política de guerra permanente por más de Diez años, donde fuerzas insurgentes armadas disputaban los espacios del poder al grupo en el gobierno, quien representaba los intereses de grupos minoritarios ultraconservadores que se habían aliado con los militares a partir de 1980, para sofocar las aspiraciones políticas de los grupos guerrilleros.

El Salvador, después de Guatemala, es el país más poblado del área, con una población de alrededor de 5.5 millones de habitantes, con 55% de pobreza, donde un tercio de ese porcentaje no tenían posibilidad de cubrir las necesidades básicas, situándolos en el escalafón de extrema pobreza, una tasa de analfabetismo de 50% y una inflación que fluctúa entre el 19.0 y 20.2, cifras que iban configurando el espectro social para que creciera un conflicto.

En medio de la pugna y con una guerra que no mostraba un avance significativo, para ninguna de las dos fuerzas en colisión, el costo social y político era considerable, el desgaste organizacional hacía mella en los partidos políticos, sindicatos y demás instancias orgánicas de la sociedad, los estados emotivos decrecían y la salida político militar prácticamente sellaba la puerta que condujera a una negociación, descartando el diálogo, la firma de un nuevo pacto y trasladar la disputa a otro terreno, al de la política.

Una sociedad desgajada, desgastada por la guerra y con la ansiedad de encontrar una salida pacífica, fue lo que dio la campanada de alerta a los grupos armados que se resistían a reconocer que la victoria en el terreno político - militar era prácticamente inalcanzable, a causa de que los resortes que impulsaron el conflicto habían sido remplazados por otros. Múltiples grupos y asociaciones levantaron su voz para decir que la confrontación era una guerra fratricida que convenía a intereses mezquinos ideologizados y no a la paz y concordia que buscó el pueblo en un principio, desde una postura armada, pero

con un objetivo claro, instaurar un Estado de derecho y el confinamiento de los militares a sus cuarteles.

La presencia norteamericana alentó a minúsculos agrupamientos ultraconservadores para que confrontaran a los insurgentes, viendo en la iglesia, los sindicatos, los partidos políticos y en los jóvenes, los enemigos potenciales del régimen, llevando al país a un callejón sin salida y a una guerra desgastante entre dos bandos: insurgentes del FMLN y los militares.

El desgaste de la sociedad se dio en el mismo horario político en que la caída del muro de Berlín y el desprendimiento del bloque socialista ponía fin a una era de la historia, pues se renovaban los actores políticos y las fuerzas del capitalismo empujaban hacia la instauración del modelo neoliberal.

El escenario que se dibujaba dio un aviso a las fuerzas en conflicto en El Salvador, de que no se podía permanecer en la misma línea de confrontación, que había que buscar nuevas opciones, explorarse un camino inédito que los dirigiera a una disputa política sin exterminarse mutuamente, sino a resituarse en el mismo espacio y que la ciudadanía fuese el juez; para que esto sucediera, era indispensable que asumiera otra actitud, transformar su rol y construir caminos hacia la edificación de mecanismos jurídicos eficientes para el entendimiento y el diálogo.

NOTAS.

1. Los clásicos a que hacemos referencia son Sun Tzu, Clausewitz, C. Schmitt, V.I. Lenin, E. Guevara, Giap Vô N guyen y A. Guillen.

2. Guerra absoluta, guerra de aniquilamiento, guerra civil, guerra de partidarios, guerra fría, guerra ideal, guerra imperialista, guerra interestatal, guerra nacional, guerra patriótica, guerra prolongada, guerra revolucionaria, guerra de liberación nacional, guerra nuclear y guerra ideal.

CITAS

ARON RAYMOND (1993) *PENSAR LA GUERRA, CLAUSEWITZ*, tomo I y II, Ed. Ministerio de Defensa, España.

CLAUSEWITZ KARL VON (1970) *APUNTES PARA LA GUERRA*, notas seleccionadas para la guerra en Colombia, Partido Comunista de Colombia, Bogotá.

DELBRÜCK HANS(1990) *DIE GESCHICHTE DER KRIEGSKUNST IM RAHMEN DER POLITISCHEN GESCHICHTE*, tomo IV, Berlín, citado por Aron, en ob. cit, 1993.

DUBET FRANÇOIS (1989) *DE LA SOCIOLOGÍA DE LA IDENTIDAD A LA SOCIOLOGÍA DEL SUJETO*, en Revista "Estudios Sociológicos", No 21, pp. 519- 541.

LENIN, V. (1970) *OBRAS COMPLETA*, Tomo XXI, Ed. Progreso, Moscú.

MELUCCI ALBERTO (1991) *LA ACCIÓN COLECTIVA COMO CONSTRUCCIÓN SOCIAL*, en Revista "Estudios Sociológicos", No 26, pp. 357-364.

NAVARRO PABLO (1994) *EL HOLOGRAMA SOCIAL: Una ontología de la sociedad humana*. Ed. Siglo XXI, España.

PRECIADO. J Y SALAZAR. R. (1997) *LOS ACTORES, EL CONFLICTO Y LA POLÍTICA EN MÉXICO*, en Revista "Memoria", No 98, pp.37-40.

PINO C. ARNAU A(1995) *VIVIR: UN JUEGO DE INSUMISIÓN*. Ed. Siglo XXI, España.

RÓDENAS PABLO (1997) *LOS LÍMITES DE LA POLÍTICA*, en Filosofía política I, ideas políticas y movimientos sociales. Ed. Trotta/CSIC, Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, España.

RÓDENAS PABLO (1991) *DEFINICIÓN DE LA POLÍTICA*. Suplemento Anthropos, 28,71-80, España.

ROSS HOWARD MARC (1994) *THE MANAGEMENT OF CONFLICT*. Ed. Yale University.

SALAZAR R. *LAS ELECCIONES EN EL SALVADOR* (1997) inédito México.

SCHMITT CARL (1975) *ESTUDIOS POLÍTICOS*, Ed. Doncel, España.

SUN TZU (1993) *EL ARTE DE LA GUERRA*, Ed. Arca de sabiduría, España.

TOURAINÉ ALAIN (1983) *EL REGRESO DEL ACTOR*. Ed. Eudeba, Argentina.

TOURAINÉ ALAIN (1990) *MOVIMIENTOS SOCIALES DE HOY*. Ed. Hacer, España.

TOURAINÉ ALAIN (1995) *PRODUCCIÓN DE LA SOCIEDAD*. Ed. UNAM/ IFAL, México.

CAPÍTULO/ 2

CARACTERÍSTICAS DE LOS ACUERDOS DE PAZ

Un acuerdo de paz es la culminación formal de unas negociaciones entre dos actores políticos, mediados por uno o varios garantes, de ahí que sea definido como un esfuerzo de voluntad para llegar a un arreglo equilibrado.

Los actores que a arriban negociar la salida de un conflicto, llegan a la mesa de diálogo con un determinado número de demandas que están llenas de significancias particulares, donde cada uno deposita sus aspiraciones y trata de defender, hasta las últimas consecuencias, sus puntos de vistas e intereses.

Bajo el manto de esta definición, los acuerdos de paz o procesos de pacificación en Centroamérica, se han desarrollado en una compleja realidad social que trata, por todos los medios mantener la unidad nacional, el involucramiento de los actores marginados o en conflicto en el cuadrilátero de la política y la lubricación de los mecanismos oxidados por la exclusión, la descalificación y el enfrentamiento.

Es un desafío ciclópeo, pero necesario para alentar una ambientación de convivencia política, multipartidista y plural en una sociedad cada día más heterogénea y requeriente de diálogo y democracia; ajena a oscilaciones permanentes que pongan en peligro la gobernabilidad de un país.

La intención preliminar del diálogo no se mantiene inalterable, va modificándose en el transcurso de las negociaciones, entreverándose momentos de ruptura, distensión, polarización de intereses o conciliación desahogada. En el instante que los medios conciliatorios se agotan, se apela al discurso de la lealtad a la unidad nacional, aunque ésta por naturaleza no es monolítica, sino compleja, relacional e integradora; dichos en otras palabras, es unidiversitiva, y del mismo modo, razón de peso para seguir manteniendo la prudencia en la plática.

El contrapeso en una negociación, es el negociador o garante, agente imparcial que acerca a las partes para buscar salidas razonables, evitando de esta manera

imposiciones violentas o irresponsabilidades a la hora de firmar acuerdos. Casi siempre se recurre a un conciliador ajeno al país y a los intereses en pugna.

Para el centroamericano, existen tres versiones interpretativas del proceso pacificador (**X.Lara y R. Herrera, 1996**): El Acuerdo Integral, Pacificación Técnica y la limitada.

Esbozemos la singularidad de cada una de ellas.

La pacificación Integral está sustentada por los actores enfrentados militarmente y que sobreviven a la negociación para poner fin a la guerra civil.

En esta interpretación se incluye, al mismo tiempo, aspectos militares, políticos y económicos y sociales, aunque los más predominantes son los de carácter técnico-militares, porque se refieren a desarme, reducción de efectivos del ejército, compensación en efectivo para el desarme y desplazamiento de grupos armados a zonas neutrales al conflicto.

En lo que corresponde a los asuntos políticos, tiene que ver con rearticulaciones institucionales, reacomodos de fuerzas políticas, restablecimiento de canales de comunicación y diálogo interactoral, un marco jurídico que regule las acciones y ventile las desavenencias que ponen en riesgo la gobernabilidad.

El contenido económico y social, contempla los programas de rehabilitación y acondicionamiento de áreas productivas para desplazados, inversión en proyectos de viviendas, salud, centros de trabajo, indemnizaciones y capacitación laboral.

La Pacificación Técnica contempla, sin ningún significado político, el seguimiento y verificación del desarme, entrega de apoyos económicos, emolumentos, organización de grupos especiales para vigilar los acuerdos y reclamar, en caso que lo amerite, a las partes a que cumplan con lo pactado.

La Pacificación Limitada, es aquella en que las partes no negocian nada substancial, más bien llegan a unos acuerdos para mantener una paz parcial, que permite al gobierno maniobrar sobre una cuerda tensa, manteniendo un equilibrio para no afectar intereses de los grupos en confrontación. El gobierno,

supuestamente, administra un paz, pero en realidad lo que conduce es un proceso quebradizo, frágil, que en cualquier recodo puede polarizar las fuerzas conflictuadas.

La Pacificación Limitada, es una burbuja de oxígeno para un gobierno que recién se instala después de una confrontación, y busca afanosamente armar el primer cuadro de leyes o reglamentos para iniciar un diálogo maduro y responsable, de ahí que la paz sea apenas un anhelo alejado de la realidad y cercano a su fin.

La pregunta que surge es ¿ cual fue el papel de EE.UU en las negociaciones?

En un principio, el gobierno norteamericano no fue parte directa del conflicto, pero conforme avanzaba el grado de complejidad en la guerra nacional, los intereses políticos en los Estados Unidos crecían, más si éstos se enmarcaban en un cuadro de sucesión presidencial, de ahí que con la administración republicana de Reagan, involucrara al coloso del norte como el tercer actor en discordia.

Su participación directa y en otros casos indirecta, lo eliminó como actor potencial para participar en las negociaciones por la paz, pero abrió los caminos para que países europeos, caso Noruega en Guatemala y organismos internacionales, como la ONU en El Salvador ocuparan esos espacios y se erigieran en piezas estratégicas de la pacificación.

2.1 LA POSTURA DEL FMLN PARA RECONSIDERAR LA PACIFICACIÓN

El FMLN, fuerza política insurgente urgida por transitar por el camino de la conversión para transformarse en una fuerza política legal, con opción para participar en la arena electoral, en las luchas cívicas y abrigar diversas peticiones que van más allá de su estrategia idealizada, - la toma del gobierno por asalto, desplazar a la burguesía del poder y cambiar todo el sistema -, debió asumir el mayor reto de su historia.

El reto no estaba determinado por los factores externos que se mencionaron, sino por los factores internos, como la multidimensionalidad de los comportamientos colectivos, las transformaciones que se habían dado en los ciudadanos y el archipiélago de actores que se encontraban tejiendo un nuevo orden, con o sin el FMLN, lo cual llevó al grupo insurgente a pensar que la sociedad salvadoreña no era un universo homogéneo, que la visión mecánica no encuadraba con los que acontecía, que había la necesidad de forjar y fomentar una cultura de la complejidad que negara las certezas definitivas, el conocimiento absoluto y el progreso lineal.

Se encontraron ante un compás que abría un ángulo mayor a los 45 grados a los que estaba acostumbrada la guerrilla; el panorama social era mucho más rico y complejo, pero mostraba nuevos modos de pensar, de sentir, de actuar y de vivir en sociedad, rompiendo el esquema que se había configurado en el imaginario de los grupos guerrilleros.

Pasar sobre el axioma de la victoria absoluta, la centralización del poder, las decisiones y administración de recursos, como lo exigía la guerrilla, a otra forma más laxa que rompiera el criterio centralista, sin caer en la inorganicidad total, es un paso necesario, pero riesgoso, que podría generar una anarquía dentro del grupo. Impulsar la coordinación horizontal fue otra pretensión, pero la resistencia de cuadros tradicionales y con larga experiencia se opusieron a socializar lo que la compartimentación en su tiempo señalaba. En fin, formó una madeja de hilos bastante conflictiva para desenredar pero el tiempo apremiaba y los pasos tuvieron que darse.

El primer paso que se dio fue el de reconocer que el FMLN deviene de un agrupamiento multidiverso, compuesto por cinco fuerzas políticas: ERP, PC, PRTC, FPL y RN; que nació en la década de los 70's, con una configuración de fuerza aglutinadora, donde se dio cobijo a muchas organizaciones contestatarias de carácter político y militar que luchaban contra la dictadura en los distintos ámbitos de la vida salvadoreña y que encontraron en el FMLN la sala común que acuerpó en una sola organización la mayor fuerza opositora. A su vez, con el tiempo, se fortaleció como fuerza social urbana y significativamente rural y, a partir de que ésta última, optó por conformar un

ejército guerrillero, controlando territorios y asumiendo la conducción de contingentes sociales.

El reconocimiento se da en un escenario donde predominaba la diversidad y la autonomía de los actores sociales, quienes venían denunciando la carencia de una descentralización en las esferas del gobierno, los partidos políticos, los comités cívicos y en el seno del FMLN; igualmente, reclamaban una participación real en los asuntos que tenían que ver con la toma de decisiones, principalmente alrededor de asuntos concretos, inmediatos, de la cotidianidad, pero que lo vieran como sujeto social y no como objeto manipulable.

Fue el mayor reto que enfrentó el FMLN como fuerza insurgente, puesto que tuvo que desnudarse de su ropaje autoritario, vertical y compartimentado, para dar paso a la horizontalidad gradual, a la alianza convergente que surge de un proceso que involucra nuevos actores y nuevas bases a partir de un programa articulador, apto y flexible para constituirse en representante político para la lucha en los planos electoral y político de los sectores medios y populares. Un eje convergente, cohesionador programático (**Villalobos, 1992**) que no intentara centralizar todas las decisiones pero sí capaz de dar forma y contenido a un sinfín de demandas y orientarlas a una meta concreta.

El paso trascendental que dio el FMLN lo orilló a reconocer que en la fuerza convergente no había espacios predados, tampoco asignados con antelación, sino que se gestaban en la lucha cotidiana y tenían un carácter "biodegradable", oséase que una vez alcanzado el logro o que hubiesen cambiado las prioridades, los reajustes tenían que darse, sin resistencias ni consideraciones, lo cual se cumplió en el proceso de paz y posteriormente en las elecciones de 1994.

La duda que nublaba el horizonte político del FMLN era, ¿de qué modo la fuerza convergente podría permanecer viva, si muchas de las reivindicaciones eran cortoplacistas, imprecisas, sin el acompañamiento de una utopía, como se tuvo durante veinte años?

La respuesta la tuvieron al decidirse que no podían quedarse contemplando el nuevo escenario, tampoco en autoflagelarse con una autocrítica

desmoralizante por lo que no se pudo alcanzar, menos en añorar tiempos pasados, ni posibilidades que se desaprovecharon; sino en definir lo **nuevo**, lo que estaba por venir y eso consistía en crear una nueva utopía claramente definida, razonable y lógica, de lo contrario, sería una lucha sin rumbo(Villalobos, 1992).

Lo anterior ayudó a resolver, en parte, las dudas, sobre todo las que tenía que ver con el asunto de la hegemonía orgánica del FMLN en su nueva vida orgánico-partidaria, que era lo que más preocupaba a sus dirigentes, porque no entendían, en toda su amplitud, la complejidad social; pese a la adversidad, buscaron, de manera inteligente, garantizar una compactación de pensamiento que le diera vida al eje convergente, mínimamente para las elecciones de 1994, por ello se propusieron la meta (garantía utópica), la construcción de una cultura democrática que diera base a la edificación de un sistema político y económico plural, incluyente y con plena vigencia de un Estado de derecho.

La búsqueda de esa cultura democrática, fue la guía que abrió el camino para luchar por la construcción y el fortalecimiento de las nuevas instituciones que fuesen surgiendo; se convirtió en el escudo que agrupó a diversos signos y banderas; además, dio luz y orientación al nuevo discurso que se puso en práctica.

Ya había nacido la fuerza política convergente sin diluir al FMLN; dichos en otras palabras, los farabundistas habían sido el detonador para propiciar la convergencia, preservando su autonomía y decisión individual en el contexto salvadoreño, pero buscando tesoneramente los puntos de coincidencias que tenían con diversos grupos, qué interés compartido podían incentivar una alianza y cómo armar un acción colectiva para enfrentar con garantía de éxito el proceso electoral de 1994.

El segundo paso, fue el de fincar la idea y más tarde socializar, que el poder institucional no sirve de nada si no se cuenta con ínsulas de dominio en el seno de la sociedad civil, de ahí la necesidad de construir redes entre los grupos marginados, los grupos de presión, entre ciudadanos independientes y sectores

medios, con el objeto de acordonar las islas y dar inicio a los eslabonamiento de poder desde y con los de abajo, los excluidos por el modelo neoliberal.

El camino idóneo, dadas las características de El Salvador y el período de posguerra que arrojaba un destrabamiento de las peticiones de empleo, alto a la represión, respeto a los derechos humanos, fin de los cateos, acuartelamiento de los militares, etc., era la mutación permanente del FMLN, unas veces actuando a manera de partido y otras asumiéndose como grupo de presión para poder así acompasar la dinámica de los movimientos sociales y conservar viva la esperanza aglutinadora de la convergencia que estaba construyendo, conjuntamente con otras fuerzas, y se percibiera como una incubadora de la nueva democracia.

No fue una tarea fácil, tampoco se culminó el trabajo por la aparición de algunos contratiempos, sobre todo en los cuadros políticos que no aceptaban esta mutación, pues tenían la percepción de que todo la labor organizacional que se hizo durante los 12 años de guerra fue inútil y se perdía irremediablemente por el revisionismo de los dirigentes y la desesperación por reposicionarse ante el nuevo escenario. Los cotos de resistencia se multiplicaron, primordialmente en aquellos que hombres que tenían la firme convicción de que el poder gira alrededor de la autoridad, y es ésta la que toma las decisiones. La verdad absoluta que gravitó sobre la necesidad de tener una única autoridad, depositada en la dirección histórica de la insurgencia, chocó con las apreciaciones que pedían compartir espacios con una fuerza insumisa emergente que conminaba a los demás a distribuir las decisiones y el poder.

Todo esto enmarañó el proceso constitutivo de la convergencia, enfrentando dos inconvenientes: por un lado, las fuerzas opositoras que obraban al interior del FMLN, y por otro lado, el factor tiempo, que avanzaba muy rápido.

La lucha se centró entre una democracia restringida, promulgada por los cuadros políticos tradicionales, contra una democracia ampliada que pugnaban las fuerzas ciudadanas para romper los diques de contención que impedían el desarrollo de la opinión de los excluidos. Ese impasse obligó al FMLN a buscar

una formula que los convirtiera en partido y movimiento a la vez, ya que de no hacerlo, su nacimiento orgánico-partidista política sería estéril.

El discurso utilizado por el FMLN para atender las dos direcciones, paralelas pero no dissociadas, era el renacimiento de la vida institucional del país y el fomento de una cultura democrática. La primera se fundamentaba en su inexistencia, porque los gobiernos, militares y "civiles" con apoyo castrense, le quitaron la esencia a la vida pública, cerraron los canales de entendimiento de la ciudadanía con el gobierno, suspendieron las garantías individuales, quedaron proscritos diversos sindicatos, frentes de luchas y partidos políticos, y la ley marcial predominó durante mucho tiempo. La segunda, obedecía a la permanencia de una cultura contestataria que se había adueñado de los comportamientos colectivos, cuya esencia se manifestaba con el exterminio o la descalificación del adversario.

Frente a la problemática inédita, el FMLN se propuso la tarea de fomentar, cultivar, socializar y apropiarse de una cultura democrática que permitiera, en futuras acciones con determinados grupos o movimientos sociales, construir redes convergentes para restaurar la institucionalidad deteriorada y armonizar la reconciliación democrática. Reconciliarse no era olvidar las diferencias, sino a procesar los conflictos en igualdad de condiciones, bajo la bandera del respeto y en un marco republicano

Entonces vemos dos campos para la actuación, por una banda estaba la participación partidaria, apoyando, impulsando, discutiendo el futuro de la nueva vida institucional, cuya tarea inmediata era la reforma judicial para fundar una nueva policía nacional civil que incorporara a los excombatientes y a un número de ex militares; a su vez, que esta corporación policial asumiera un comportamiento preventivo del delito para que brinde una mayor seguridad a la ciudadanía; el nuevo rol preventivo sería una práctica renovadora que colocaría a la institución judicial lejos de las pesquisas, persecuciones y transgresiones contra la población, ocurridas durante el periodo 1980-1993.

Por otro lado, presionó para que se implementase una reforma militar sobre la base de dos puntos: (a) la reducción sustancial en el número de activos, pues con la firma del Acuerdo de Paz se garantizaba la convivencia civilizada y el

ejercicio legal; (b) la definición del papel del ejercito, cuyo papel es asumir la protección de los intereses de la nación y no del gobierno en turno.

También fue parte de los arreglos, la división de poderes para la recuperación de la credibilidad, el ejercicio público responsable, el respeto de los derechos y garantías individuales. La suma de demandas conformó los resortes dinámicos que el FMLN capitalizó para forzar una reforma Constitucional.

Para no perder su vínculo con la ciudadanía, adoptó, en ciertos poblados y departamentos, el acompañamiento en las movilizaciones para apoyar los reclamos de la ciudadanía, sobre todo para exigir la introducción de servicios públicos, apoyo a los desplazados por la guerra, incorporación de los excombatientes a tareas productivas, asignación de terrenos para vivienda, equipamiento de los centros de salud, escuelas y hospitales, no al incremento al valor del transporte público, y otras más de menor peso social.

Atendiendo estos dos ejes (formal e informal), el FMLN fusionó, hasta donde pudo, la nueva versión de partido y movimiento, única salida que objetivaron para no navegar en una nave-partido sin tripulantes, y no perder el contacto con los habitantes de El Salvador, puesto que el reto que tenían ante las elecciones de 1994 y 1997, eran crucial para su futuro.

2.2 LA URNG FRENTE AL CONFLICTO EN GUATEMALA

El conflicto en Guatemala es más complejo y de mayor duración que el de Nicaragua y El Salvador, por ser una sociedad polarizada en el aspecto político, fruto de un crecimiento económico desigual que se experimentó en la década de los setenta y parte de los ochenta, lo cual dibujó una burguesía monopolista pero diversificada, que controlaba la mayor parte de los bienes del país, en contraste con una población sumida en la inopia que alcanzaba 85% del total que cubría el país.

El control de los medios de producción más las remuneraciones obtenidas de las ganancias o excedentes, configuró una clase oligárquica carente de escrúpulos y ávida por acrecentar el capital y consustancialmente el poder, para lo cual tuvo que construir alianzas o redes asociativas con altos oficiales del ejército, a fin de

ejercer el control sobre las masas paupérrimas que amenazaban con movilizaciones o huelgas en los centros productivos y distributivos.

Una de las características de la burguesía guatemalteca fue que no creció, o no buscó ampliar su base social, sino que concentró su poder económico en una esfera exclusivista, forjando vínculos familiares entre los actores del mismo género y asumiendo un rol multifuncional, para no abrir una ventana donde pudiese ingresar un agente de otro estrato social, pero sí permitirse a ella misma reciclarse, autoreformarse y crecer en forma de espiral, hasta donde se lo permitiera su fuerza y capacidad y, cuando necesitaba un apoyo de fuerza para afirmar su hegemonía, extendía alianzas con los militares aunque delimitando espacios de maniobras e intereses.

Esa "pureza" oligárquica que muestran con orgullo y sello de clase, del mismo modo se refleja en su rigidez ideológica, por lo que es considerada, entre los analistas que estudian la región centroamericana, como la burguesía menos flexible, antireformista e excluyente de toda el área.

Otro aspecto que resalta en este segmento social, es su exacerbado racismo contra el indígena, manifestado en la discriminación absoluta y en la promoción de políticas coercitivas contra la mayoría pobladora del país. Esta segregación es la reproducción de su complejo como clase castrada, heredada de la política estadounidense y el capital transnacional, dos ejes que supeditan a la oronda burguesía guatemalteca y no le han permitido constituirse en un grupo industrial más independiente y capaz de promover el desarrollo de un mercado interno equilibrado en esta área de Centroamérica.

Ahora bien, la clase oligárquica, ante el umbral de la globalización, el desarrollo tecnológico, el requerimiento de innovación que exige la banca y la maquila para la exportación, aunadas a las exigencias del capital financiero especulativo, se ha visto forzada a compartir diversos nichos patrimonialistas que tenían reservados para ellos; a partir de la década de los ochenta, "nuevos" sectores de la burguesía se ligaron a sus familias y al capital: los "nuevos ricos"; quienes se ocupan de administrar empresas con perfil exportador, a la inversión bursátil, asociaciones de empresarios, bufetes jurídicos, asesorías empresariales

y de capacitación administrativa, estimulando la actividad comercializadora e incorporando a Guatemala a la órbita internacional de la mundialización.

La incorporación de estos "nuevos ricos o *beautiful people*" no ha abierto el compás de la democratización en el país, aunque su imaginario colectivo es menos ideologizado, su lógica comportamental es más exclusivista, individualizada y conservadora, asimismo oponente acérrimo de las reformas democráticas que puedan dar un respiro a la nación.

Sin embargo, el problema toral que enfrenta esta burguesía oligárquica es que no se ha podido legitimar, que su encasillamiento clasista que no le permite arribar al poder, por lo mismo se han visto obligado a construir alianzas con los sectores de alto rango militar, con la "clase política" y la "tecnoburocracia", (1) sectores ajenos a su anillo exclusivista, pero cercanos para compartir el poder y oponerse, mancomunadamente, a cualquier intención de fuerza que ponga en riesgo el sistema de dominación.

Frente al espectro clasista oligárquico, heterogéneo en su estructura pero monovalente en su comportamiento político, se encuentra el amplio mapa actoral popular que se ha venido constituyendo a través de la encadenada crisis, la lucha contestataria y la resistencia política para contener el frente excluyente y la represión indiscriminada emprendida por la clase en el poder.

A través de su comportamiento, los movimientos sociales-populares, demuestran que van más allá de la concepción "accionalista", puesto que escenifican la lucha de un sector social organizado contra un oponente, por la dirección colectiva de los recursos económicos, políticos e ideológicos de una sociedad determinada; (**Touraine, 1967**) agregándosele el ingrediente de lucha histórica, orientada hacia el control del proceso producente del cambio histórico-social.

Lo que se emerge es un movimiento social que intenta construir redes intra e intergrupales, priorizando la interacción interna y externa, con el objeto de ir edificando un diálogo fecundo entre las distintas racionalidades que existen en la sociedad marginada guatemalteca, a fin de distinguirlas, configurarlas y

respetarlas, posibilitando así el reconocimiento de verse diferentes pero admitirse como iguales.

Son movimientos sociales - populares diferentes a los anteriores, en especial los que se desencadenaron entre 1973-1976, a modo que ahora mantienen una mayor autonomía frente al Estado, los partidos políticos e incluso con los grupos armados. Uno de los elementos analíticos más consistente es el que sostiene que el punto de partida de la eclosión movimientista fue el terremoto de 1976, detonante que en medio del desastre natural y la ineficacia del gobierno, buscó formas asociativas no sólo para sobrevivir, sino para reclamar y exigir sus derechos.

La eclosión movimientista, en los días posteriores al terremoto, encontró un terreno abonado por la diversidad y la autonomía de los múltiples actores, porque cada uno tenía una demanda específica, lo cual atomizaba el espectro orgánico-popular y estructuraba una nueva forma organizacional descentralizada y con anhelo de participación; y aunque parezca paradójico, en ese camino que abre la nueva racionalidad de ires y venires, se fueron forjando las redes.

Las redes se tejieron sobre los traslapes identitarios, entreverando las diversas exigencias concretas de cada sector hasta convertirlas en una bandera de lucha, pero bajo una temporalidad perentoria para cristalizar las metas; la participación en urdimbre no afectó la totalidad de la vida del individuo o grupo, pues no había razón para dedicarle tiempo completo, porque la complementariedad horizontal en los órganos de decisión, facilitaban el trabajo escalonado sin medrar la corresponsabilidad.

Otro aspecto que tiñe a las organizaciones sociales populares de Guatemala, es que no se plantearon la construcción de una utopía, de tal suerte que le sirviera de guía comportamental por mucho tiempo, precisamente por darse cuenta que los movimientos no eran de largo alcance, sino mutantes, donde permanentemente pasan de un estado organizacional a otro; por ello, la participación giró en torno a objetivos concretos, visualizables y apropiables, con el fin de poder ir creciendo, estimulándose en el camino de la lucha y sumar adeptos por la escala de logros que vayan sumando.

La estrategia organizacional a través de redes, busca extenderse y diseminarse a lo ancho de las zonas populares, indígenas y marginadas; con acuerdos intergrupales, apoyos logísticos, en la medida de lo posible, con el objetivo de provocar una participación en los niveles micro, localistas y de esta manera debilitar el poder central y diluir el grueso de la represión.

Es obvio, que el desenvolvimiento de estos movimientos sociales populares no fue tan expedito, ni encontraron un camino abonado por la democracia; antes por el contrario, la represión aumentó, la desaparición de dirigentes obreros, campesinos, barriales y estudiantiles fue alarmante; sin embargo, la opción de redes aminoró el costo político, las desapariciones aminoraron, producto del remplazo que se hizo al liderazgo individual, por una dirigencia de carácter horizontal.

Producto de ese trabajo de redes convergentes entre 1976 y 1978, surge el CUC (Comité de Unidad Campesina), organización nacional que incluía a los campesinos, a trabajadores agrícolas, indígenas y ladinos pobres, ante todo bajo el liderazgo indígena; (S.Jonas, 1994) por su composición heterogénea y su perfil de lucha, el gobierno la tildó de subversiva, por tanto la represión no se hizo esperar.

Sin embargo, analistas que se han dedicado al estudio de esta organización plural, han destacado que el CUC no nació revolucionaria, sino bajo la experiencia de la acción católica y las comunidades eclesiales de base, con una visión cooperativa y ansias de institucionalizarse como sindicato, lo cual ocurrió en 1980, pero la insistencia represiva y los acotamientos que el gobierno imponía a su accionar, cierta cantidad de individuos del CUC se enlistaron en la guerrilla, unos cuantos de carácter permanentes, otros intermitentes, cumpliendo el doble rol de sindicalista y guerrillero.

Algo digno de destacar, y que no sólo impactó en Guatemala, sino en el sur de México, es la proclama de Iximché de febrero de 1980, donde el CUC expresa en su declaración": *Por una sociedad de igualdad y respeto. Porque nuestro pueblo indio, por sí mismo, puede desarrollar su cultura rota por los criminales invasores; por una economía justa en que nadie explote a los otros; porque la*

tierra sea comunal como la tenían nuestros antepasados; por un pueblo sin discriminación; porque termine toda represión, tortura, secuestro, asesinato y masacres; porque se terminan las agarradas para el cuartel; porque tengamos los mismos derechos de trabajo; para que no sigamos siendo utilizados como objetos del turismo; por la justa distribución y aprovechamiento de nuestras riquezas como en los tiempos en que floreció la vida y la cultura de nuestros antepasados. (A. Arias, 1985)

¿Qué hay de nuevo en esta proclama y porqué el indio se inscribe en la lucha?

En primera instancia, el indio se reclama para sí un lugar y no múltiples, de ahí que se autodenomina pueblo indio y no pueblos indios, puesto que la primera acepción denota unidad, identidad, demanda común y valores homogéneos; la segunda, manifiesta desintegración, multiplicidad, comportamientos disímolos, valores heterogéneos y peticiones desarticuladas.

La razón que convierte al indio guatemalteco en actor protagónico en el conflicto es: (a) la expulsión de sus tierras por el cambio instrumentado en la estructura productiva y social del altiplano; (b) la reorganización de la agricultura, pasando de la explotación tradicional a las empresas agrícolas, la cual da trabajo estacional al indio; (c) la descampesinización que los arroja al ejército de desempleados y (d) la mutación laboral y organizacional que impacta en su conciencia, por lo que fue tejiendo en su imaginario colectivo la lucha por la tierra **(S.Jonas.op.cit)**

Si bien es cierto que el recurso de las armas que opta el indio para transformar su entorno no es su primera elección; **(R. Adams, 1988)** es necesario aclarar que esa idea tampoco estuvo fuera de sus reflexiones comunitarias, evidentemente por la fatiga que mostraban sus métodos de persuasión, diálogo, marchas, protestas y denuncias, haciendo probable el uso de las armas en caso de que las circunstancias en que se inscribían no cambiara.

A lo anterior, hay que agregar, que los grupos insurgentes habían entrado en una etapa de reconsiderandos, de reestructuración y acuerdos intergrupales, para enfrentar de mejor manera la fuerza contrainsurgente.

Entre los principales reajustes que hizo la guerrilla, encontramos que se decidió tomar distancia de la célebre teoría del *FOCO* que elaboró Ernesto Guevara, por los resultados negativos; otro aspecto considerado, fue ampliar su base militante, no fincando toda las esperanzas en el ladino pobre, sino en el indio, población significativa y que en los últimos años, ya mostraba signos de beligerancia, capacidad organizacional y mayor consistencia en la lucha con objetivos preclaros.

La incorporación del indio, vieja aspiración de Turcios Lima, en los mandos medios y en responsabilidades militares, flexibilizó la ideología marxista ortodoxa, abrió su concepción sobre la vida, sobre la lucha, sobre la humanidad y sobre todo la diversidad de creencias que forman una constelación imaginaria en la mente de los individuos, de ahí que el pensamiento cristiano, eclesiástico, cooperativo y escépticos convivieran respetuosamente en los núcleos guerrilleros, adquiriendo la nacionalidad guatemalteca, reflejo del mosaico étnico y axiológico, pero distanciada de la influencia cubana.

El avance que mostraba la guerrilla con los intentos incorporativistas de los grupos armados, la conformación de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) y la apropiación de franjas territoriales defendidas por las armas, no dominó su horizonte con excesos triunfalistas, porque tenían claro, en especial su dirigencia, que por la vía del derrocamiento la victoria no vendría, dado que la capacidad de recomposición del sistema cívico-militar de Guatemala, la ayuda y asesoría significativa de los Estados Unidos y el surgimiento de nuevas ballestas que impulsaban un nuevo cuadro de exigencias, demostraban que por la vía armada era difícil triunfar; la opción que quedaba era la vía de la pacificación, sin vencedores ni vencidos.

Esta vía de la pacificación tenía un núcleo vital, la rehabilitación de la confianza del ladino, el indio, el marginado y el ciudadano en el sistema político, el cual, en los últimos veinte años, brindaba un horizonte de incertidumbre que hacía más complejo el futuro del país.

¿De qué modo apostarle a un paz, si durante largos años, los marginados habían puesto sobre la mesa todas sus apuestas en el presente y en el futuro y

hasta hora el fraude, la corrupción, la represión, el exilio y la muerte eran sus ganancias?

La dirigencia insurgente tuvo que ir tejiendo cuidadosamente, con hilos finos, la confianza de los involucrados en el conflicto y que estaban de su lado, para que depositaran en ellos el aval que necesitaban para apresurar las pláticas pacificadoras.

El respaldo de ese depósito de cuenta corriente, en moneda de confianza, que le dieron a los insurgentes negociadores, se puede constatar en los acuerdos que llenan el cuerpo de la agenda aprobada para la pacificación, más aún, en los convenios que firmaron el gobierno de Guatemala, representado en la persona de Alvaro Arzú y la URNG, en Oslo, Noruega, el 4 de diciembre de 1996.

2.3/ LA PACIFICACIÓN COMO EL RETORNO DE LA POLÍTICA A SUS MEDIOS ORIGINALES

La pacificación, ámbito de la política donde la hostilidad absoluta es marginada y remplazada por la relación de amigo-enemigo público (competencia entre adversarios), a simple vista parece el movimiento de dos o tres fichas en el tablero del ajedrez político de ambos contendientes involucrados en el conflicto; sin embargo, el desacoplamiento de un conflicto de magnitud nacional es más complejo que el simple desplazamiento al que hacemos referencia, a manera que implica retomar en el asunto desconflictual aspectos técnico-militares, sociales y políticos. (X.Lara y R.Herrera, *op.cit*)

Es notorio para los especialistas del área centroamericana, que la desactivación de los tres conflictos, Nicaragua, El Salvador y Guatemala, tienen sus ingredientes asociativos, pero destacan más los singulares, por las características de los actores, sus lógicas comportamentales y sus intereses; por ello los tres procesos pacificadores no se encuentran en la misma línea, sino que se ubican en puntos distintos y en ópticas diferentes.

Reconociendo los rasgos distintivos de cada escenario, preferimos, para una clara y mayor explicación, abordar la disgregación del conflicto a partir del análisis de cada país, y de esa manera ver, con mayor precisión, cual es la línea de comportamiento de los actores conflictuados, la asunción política de ellos ante la ciudadanía para rehacer el tejido institucional, la capacidad organizativa para reasumir espacios de deliberación pública obstruidos por la guerra y la voluntad por hacer de la negociación pacificadora un puente que traslade a los ciudadanos, partidos políticos e instancias orgánicas de la sociedad civil, del campo de la guerra a los medios originales de la política.

2.3.1/ **LA PACIFICACIÓN NICARAGÜENSE**

Nicaragua vivió un proceso de pacificación largo e interrumpido en varias ocasiones, que se inicia entre 1978-1979 con la insurrección popular que se compaginó exitosamente con las pretensiones de la guerrilla Sandinista, para derrocar el gobierno del General Somoza.

Se dice que se conjugaron dos fuerzas: la organización popular, comunitaria, barrial y de asociaciones cívico-eclesiales, quienes descubrieron lazos identitarios entre ellos y la fuerza insurgente Sandinista, ya compactada por el acuerdo de los tres frentes guerrilleros, lo que no quiere decir que se formó una fuerza homogénea, ya que muchas de las asociaciones populares-comunitarias, mantuvieron su autonomía orgánica y cuadro axiológico, distanciados prudentemente de las esferas Sandinista; sin embargo, esa relación de verse diferentes pero reconocerse como iguales frente a la dictadura somocista, permitió montar en el circuito de la insubordinación, la heterogeneidad de demandas que atacaban la estructura militar del régimen de Somoza.

El circuito que cerraron las fuerzas vivas de Nicaragua, fue lo que desmontó al gobierno somocista, dejándolo sin apoyo al desplazar los pilares de la ciudadanía a otros puntos, vaciando de contenido las estructuras militares y vertiendo al río insurgente toda su potencialidad para posibilitar a los Sandinistas asumieran el poder.

Aquí se inicia el proceso de pacificación, cuya esencia era reconstruir los tejidos dañados de la institucionalidad, cuya estructura vertical, en un Estado de excepción, habían mutilado las garantías individuales, los partidos políticos se hallaban proscritos, la libertad de expresión fue enmudecida y las prerrogativas de un Estado de derecho en Nicaragua se habían ausentado desde hace años.

Con el triunfo insurgente y la convocatoria para conformar un gobierno de Reconstrucción Nacional, los actores se sumaron y la directriz que se asumió en el periodo 1979-1981, dejaban ver que la pacificación que se estaba construyendo era la más viable para todos los actores de la república; el consenso era la regla general para la toma de decisiones y la expedición de decretos estuvo a tono con las exigencias de los sectores populares y los actores productivos, presentándose un caso de evolución pacífica digno de estudiar en el concierto latinoamericano, de ahí la admiración y apoyo que tuvo el proceso nicaragüense.

Permitir una libre evolución a un país que está ubicado en una posición geopolítica destacable en el mapa de la seguridad nacional norteamericana, enmarcado en la confrontación Este-Oeste (Guerra Fría), en una administración de gobierno estadounidense que discursivamente pregonaba la recuperación de la fuerza y el papel protagónico del coloso del norte ante el mundo, bajo una ola neoconservadora que atacaba al estado benefactor y promociona el libre mercado, era dramáticamente imposible. Mucho menos tolerar que Nicaragua siguiera manifestando al mundo, en especial a América Latina, que sí se podía avanzar exitosamente bajo un régimen popular de equilibrio y de economía mixta.

Era algo que se había previsto, pero no en tan corto tiempo, ni bajo la dirección del gobierno norteamericano abiertamente expuesto ante el mundo.

La intromisión de fuerzas internacionales con intereses sórdidos, fue lo que desajustó la pacificación y activó de nuevo la guerra, apresurando el desleimiento, no sin contradicciones, del gobierno de Reconstrucción Nacional y por consiguiente la polarización de intereses ajenos a las expectativas nicaragüenses, conjetura que se pudo probar más tarde con la rediscusión del tema en 1990.

Ya abierta las hostilidades, el Sandinismo, que había apostado todo en el gobierno de transición, no podía, política y militarmente, abandonar la responsabilidad, menos dejar el poder en manos de los empresarios y líderes tradicionales, pues sería la vuelta del somocismo sin Somoza y romper los lazos identitarios que había encontrado con los movimientos populares y comunitarios.

¿ Por qué de esa afirmación?

Sencillamente, los empresarios y líderes de partidos tradicionales (Liberal y Conservador) no habían crecido; su incipiente desarrollo estaba bajo la tutela somocista, el imaginario colectivo que los guiaba no encuadraba en el escenario de demandas, reacomodo de fuerzas, movilizaciones y esperanza de las mayorías, el espacio político a que aspiraban no lo habían buscado ni construido con su lucha, sino que aspiraban a él, pero concedido por el Sandinismo, en virtud de que creían poseer toda la solvencia moral y política para dirigir a la nación.

El Sandinismo se encontraba con todo el peso de la responsabilidad política y social, quizá no tenían la capacidad administrativa ni el conocimiento sistematizado de qué modo legislar, pero tenían la voluntad, la autoridad moral, el talento político, la sensibilidad asociativa y las armas para construir un nuevo régimen, oportunidad que no desperdició, sino que capitalizó, aprovechando la situación disgregadora de los agentes pro-somocistas y antisandinistas-elitistas.

Las coordenadas políticas en la nación se desdibujaron, las vías de acceso al diálogo se obstruyeron con amenazas y diatribas. Las fuerzas políticas buscaron apoyos foráneos, unas se asesoraron con agentes militares de la administración Reagan, otros prefirieron la asesoría de gobiernos del campo socialista, preferencialmente de Cuba, en el campo militar y ayuda alimentaria; también de la ex Unión Soviética, Alemania Democrática y de países amigos de América Latina; una cantidad significativa de latinoamericanistas y de otras partes del mundo arribaron a Nicaragua para ofrecer su colaboración técnica, administrativa, académica y científica, lo que enturbió las relaciones entre

Nicaragua y EE.UU., hasta el punto de señalarse mutuamente intromisiones ajenas al conflicto entre nicaragüenses.

En medio de acusaciones recíprocas, se reactivó la guerra, la cual tuvo una permanencia de casi diez años; o sea, que el Sandinismo se mantuvo en el poder formal y real en medio de una hostilidad permanente, cuyos rasgos más ilustrativos fue el tamaño del ejército, que llegó a tener 216.500 hombres en armas, ocupando más de 50% del presupuesto; de cada mil adultos en el país, 56 de ellos estaban involucrados en calidad de personal militar permanente del Sandinismo; además, cientos de miles de pobladores que manejaban con destreza las armas cuyo aprendizaje fue la guerra de insurrección. A estos se les agregaban 24 mil hombres armados adscritos a la Resistencia Nicaragüense que enfrentaban al gobierno. **(Min.Rel. Ext.1993)**

Para un país, con una población de 3.8 millones de habitantes, con un 10% de la población armada, con instrucción militar, formal y empírica; con un imaginario colectivo que priorizaba la confrontación ante la negociación, bajo la consigna "Primero se secarán los ríos y se caerán las estrellas antes que sentarnos con la contra"(T. Borge, en R.Salazar, 1988), nos aproximaba a entender un fenómeno, bajo la circunstancialidad nicaragüense, que remarcaba una postura política y personal que hace que los individuos se comporten agresivamente para eludir la dependencia y para dar a entender a los Estados Unidos lo caro que les puede costar una agresión directa por su parte.

Se había posesionado una ideología bélica en el subconsciente colectivo, donde no sólo estaban en juego los fines concretos que el gobierno Sandinista había plasmado para los sectores campesinos y populares, sino la significancia que tenía para ellos esos logros, asociando dos análisis, uno de carácter sociopolítico confrontativo y otro psicosocial que involucraba la importancia psicológica de perder o ganar una batalla a los Estados Unidos; de dejar pasar a los "contras" y de pactar con ellos por la imposición de Reagan, y de olvidar la recién recuperada historia nacional, colocándolos en una condición de pueblo expoliado, intervenido política y militarmente por EE.UU.

Estos ingredientes son los que estructuraron una compleja realidad nacional en Nicaragua, que obligaba a los actores conflictuados, principalmente Sandinistas, a no buscar la pacificación por la vía de la negociación partidaria; esto es, bajo un esquema de coparticipación de partidos políticos para firmar la paz, porque no funcionaría, debido a que los actores populares se sentirían traicionados y no abandonarían su actitud belicista confrontativa.

Otra posibilidad que se descartaba era hacer un alto el fuego y llamar a un gobierno de salvación nacional, puesto que no había un agente garante para aproximar al diálogo a los actores en conflicto; además, el FSLN se había montado en una postura que no tenía regreso, ni podía intentarlo, dado que las fuerzas en confrontación no se lo permitían, y de intentarlo, corría el riesgo de ser rebasado por el pueblo insurgente, encontrándose apresado en su estrategia militar. Si a esto le agregamos la latencia de su confrontación interna, atenuadas por la guerra y el factor internacional, los espacios de maniobra eran pocos o nulos, de ahí que toda su decisión fuera aguantar hasta donde pudo, consciente de que los pilares de sustento se agotaban por la prolongación de la guerra y el costo social y económico que recaía en la población.

Mientras estuvo en el gobierno, la posibilidad de pacificación era nula; si se mantenía en él, previa respaldo ciudadano en las elecciones de 1990, el desgaste hubiese sido peor, quizá hubiese medrado su estructura orgánica y hasta reeditado las pugnas internas. La votación en su contra, en los comicios electorales, fue una oportunidad para el Sandinismo de negociar una pacificación sin la presión de su encarcelamiento en su estrategia militar que había elaborado desde el gobierno y sin mostrar una debilidad ante sus bases militantes, sino que accede por voluntad popular, refrendada en las votaciones.

Se reactiva la pacificación interrumpida en 1981, con un preámbulo entre 1987-1989, donde el FSLN en el gobierno, pone las condiciones básicas para una pacificación que tuviese un costo político menor para ellos.

Una primera etapa, es la de desconectar a los actores "contra" de la red internacional, buscando con ello nacionalizar el conflicto, lo que implicaba tener una ventaja para posteriores negociaciones.

La ventaja consistió, en que la "contra" no poseía en su haber una trayectoria política de trabajo de base; esto es, que no había realizado una acción colectiva politizadora en grandes segmentos sociales, dependía en grado sumo del apoyo internacional; su desenvolvimiento actoral en el ámbito nacional no tuvo ni tiene aceptación, salvo en algunas localidades, de tal suerte que sacarlo de su escondite y de su acción contragolpeadora, lo colocaba en un campo desconocido para ellos, sin contacto con los medios de comunicación, sin redes conectivas para un trabajo político-electoral; además, el FSLN le coartó ésta última posibilidad, al acordar que en las próximas elecciones, la "contra" no podía participar con candidato ni en coaliciones, aislándolo de las pretensiones electorales y de los partidos políticos opositores.

Es cierto que el FSLN cedió ante las presiones de los EE.UU y la crisis inmanejable que prevalecía en el país, igualmente es digno reconocer que asumió con gallardía ese reto, pero no lo hizo cuando era gobierno, sino fuerza opositora, una vez transcurrida las elecciones.

Es después de las elecciones cuando la pacificación alcanza los niveles superiores de negociación, aunque esta vez en un marco de complejidad mayor pero con un espacio de maniobra más amplio y sin la presión de ser gobierno; se inicia una pacificación con una estrategia de dos caras. Por un lado, desactivar un conflicto añejo con los "contras", restándole el apoyo internacional injerencista y obligándolos a competir en la arena política, lo cual era mutilarlos, por carecer de una capacidad de aprendizaje en ese terreno, por su actividad contestataria sin ideal; por otro, negociar una paz con pie adelantado, o sea, manteniendo cuota de poder, la más significativa, el ejército, mientras se daba tiempo para una reubicación de los actores y otear nuevos espacios políticos, garantizando así la estabilidad del gobierno de Violeta Barrios.

El gobierno recién asumido por V. Barrios, con los acuerdos previos del FSLN de cese el fuego, había quedado sin la fuerza beligerante que los "contras" le proporcionaban indirectamente; otrosí, se veía obligada en negociar el desarme con los que fueron sus aliados tácitos, lo que desajustó la estructura orgánica de los contrainsurgentes y dislocó los espacios de liderazgo, obligándolos a buscar una fuente identitaria con partidos políticos o movimientos sociales opositores al FSLN, ampliándose el archipiélago representativo del país.

Mucho se ha criticado la postura del FSLN en la negociación, primordialmente en lo que atañe a su comportamiento beligerante que obligó al gobierno de la UNO, encabezado por Violeta Barrios, a pactar sobre la no derogación ni cambios constitucionales que vaya en contra los logros de la revolución.

Sin embargo, cabe aquí una reflexión sobre dos puntos que no se han abordado en los últimos diez años.

Al interior de Nicaragua, especialmente en las esferas orgánicas que giraban en torno al FSLN, se socializó de manera permanente, la capacidad hegemónica que el Sandinismo ejercía, fundamentada esta idea en la popularidad que había adquirido la teoría gramsciana de la hegemonía revolucionaria.

El coloquio sobre "Hegemonía y alternativas de poder" en México, 1983; los escritos de Pablo González Casanova sobre "Hegemonía y Pueblo", las disertaciones de Orlando Nuñez, ideólogo del FSLN, encaminada a revalorizar el pensamiento de Gramsci, aunada a las reflexiones que distintos analistas que vivían en Nicaragua, sirvieron de entorno para encaminar una construcción discursiva de la hegemonía Sandinista que contrastaba con la realidad nicaragüense.

Se enseñoreó la dirigencia colectiva del FSLN en el discurso hegemónico y descuidó el trabajo orgánico partidista, la construcción de redes asociativas con colectividades campesinas, urbanas, empresariales y de profesionistas. No pretendemos afirmar que no existieran esas conexiones, lo que interesa explicar es que se dieron bajo la bandera discursiva de la hegemonía, donde el FSLN ordenaba y las demás organizaciones cumplían el mandato, restándole a ellas su capacidad decisional, violentándole su autonomía orgánica; imponiéndoles líneas de comportamiento y acotándole los espacios de maniobra y capacidad de crecimiento político.

Caminar sobre terreno supuestamente compacto, sin evaluar que composición tiene el subsuelo, es correr el riesgo que el FSLN se atrevió hacer.

Si hubiese realizado estudios sobre la escala de subjetividades que manejaban los pobladores de Nicaragua, la concepción sobre la hegemonía hubiese sido otra, pero la verticalidad del ejercicio del poder, la estructura de ubicación de los cuadros, la ortodoxia de la escuela de liderazgo y mandos medios, el exceso de voluntarismo de los Comité de Defensa Sandinista, el imaginario belicista antinorteamericano y la preocupación por guardar el equilibrio entre las tres facciones, hizo que el FSLN descuidara su reorganización al interior.

Una vez que se acabó la embriaguez triunfalista, por la derrota electoral, la heterogeneidad social apareció, el cemento ideológico que se manejó durante diez años a través del vehículo discursivo oficial no pudo compactar una multidiversidad de actores que el FSLN promovió, pero que no había dejado crecer por la supuesta hegemonía, algunas veces coercitiva y otras por complicidad de ambos actores.

Cuando el FSLN percibe que la realidad es un mosaico actoral, que las votaciones es una censura a su ortodoxia y forma de manejo político, que el trabajo orgánico-partidista ha sido deficiente, por haber dedicado su mayor atención a la guerra interna y a la negociación, olvidando su estructura organizacional y partidista político, no les quedó otro recurso que presionar al gobierno de Violeta Barrios para mantener viva la opción Sandinista mediante la movilización, la presión y la promoción de la ingobernabilidad, hasta que los actores se reacomodaran y poder dedicar tiempo a la reorganización interna. Por eso fue que se obligó al gobierno de Barrios a pactar la no regresión de las leyes de carácter popular.

Lógicamente, una reorganización al interior del FSLN (**D. Martínez y R. Salazar, 1995**) no podía desarrollarse si no se democratizaban sus estructuras, principal reto que el Sandinismo no ha querido abordar, de ahí sus divisiones, cotos de poder y desconexión de sus bases, handicap que resolvió en parte y aún resuelve a través de las movilizaciones y paros cívicos en Nicaragua.

Volviendo al tema de la pacificación, ésta tuvo tres aspectos básicos, uno de carácter militar, otro técnico y finalmente el más intrincado, el político.

Abordar el asunto militar fue prioritario para el FSLN y el Gobierno de Violeta Barrios, porque el desarme de la contrainsurgencia era la ventana que abría la esperanza para negociar la paz e indispensable para proseguir los demás puntos de la agenda.

Desarmar a la "contra" era quitarle una preocupación al Sandinismo y desmontar a su dirigencia de su postura belicista, cerrándole un frente para que no justificaran su comportamiento reticente al diálogo. Asimismo, a la Presidente Barrios le convenía, luego representaba un punto a su favor para legitimar su gobierno que había llegado al poder con la bandera de la reconciliación y la paz duradera.

Desmovilizaciones, entrega de armas, acuerdos para reducir el ejército Sandinista, regulación de las relaciones entre gobierno civil y ejército, indemnizaciones para personal castrense que tomó licencia y adecuaciones de tierras, créditos y herramientas para los desplazados o "contras" desarmados, son los primeros aspectos que se abordan y se reglamentan; sin embargo, el Sandinismo, para demostrar a sus bases que la negociación no se estaba acordando a espaldas de sus seguidores, acuñó el punto de "secuela de guerra", a fin de proteger a los grupos que no fueron posible de integrar en su programa de gobierno por el déficit presupuestal que tenía por la atención que daba al frente de guerra, entrando en ese rubro el desempleo, prostitución, niñez desamparada y discapacitados.

Poco a poco, el FSLN iba equilibrando las negociaciones, bajo el eje rector de no sufrir un descalabro organizacional ni ser impactado negativamente en el terreno de lo político, a fin de que la experiencia que tenían de la ex URSS y demás países del bloque socialista, sobre la desbandada después de la caída del muro de Berlín, no se convirtiera en un síndrome.

La credibilidad era otro punto que el FSLN cuidaba y defendía, por ello no puso resistencia para que organismos y comisiones internacionales dieran seguimiento al proceso, sin que esto implicara una intervención en los asuntos nacionales, sino para verificar que se cumplieran los acuerdos, se administraran fondos y diera seguimiento a casos especiales, donde estuvieran involucrados aspectos concernientes a los desplazados por la guerra, los desmovilizados

contrainsurgentes, la aplicación de programas de carácter social y la promoción de la reconciliación nacional, aunque ésta última tiene un matiz político, se desvanecía en el momento que los actores involucrados asumían la parte más efectiva, aceptar las nuevas reglas del juego político.

Los primeros tres años, 1990-1993, fueron difíciles, tormentosas las conversaciones, ya que el FSLN ponía sobre la mesa de negociación el recurso con que llegó al poder, el ejército, las armas, su estructura militar, el poder real, la fuerza con que podía confrontar en caso que se violentaran los acuerdos.

Negociar las armas, fuerza discursiva durante diez años, era prácticamente enterrar sus aspiraciones revolucionarias. Disolver el ejército en gran escala era cavar su sepultura, pues el Ejército Popular Sandinista (EPS) fue estructurado con las columnas guerrilleras que asaltaron el poder, estaba constituido por gente de pueblo que a través de los años tuvo una formación castrense formal después del triunfo de 1979, y negociar esa estructura política significaba negar su pasado, dar las espaldas a los que creyeron en el Sandinismo y además una afrenta para miles de familias que sufrían por la muerte de un miembro caído en la guerra.

Nuevamente el Sandinismo se encontraba preso en su misma estrategia. Negociar con gallardía sin perder la credibilidad internacional, ni de sus militantes, era una posición incómoda, más si mantenía las aspiraciones de convertirse en una oposición constructiva durante siete años para volver, en 1997, a buscar el poder.

Prolongó, dilató y hasta hubo momento en que amenazó con no proseguir la discusión del proceso de pacificación; se dio tiempo para ajustar líneas y acordar el retiro del Gral. Humberto Ortega S., reglamentar las nuevas relaciones cívico-militares, reducir el ejército hasta convertirlo en el más pequeño de Centroamérica, con la excepción de Costa Rica que no tiene una estructura militar, y modificar algunas de sus instancias orgánicas del FSLN.

Durante las negociaciones y arreglos se manifestaron voces discordantes, por parte del Sandinismo, de los partidos opositores y ex alzados, por marginárseles del diálogo; es necesario aclarar, que la tratativa de la pacificación fue

excluyente, se ciñó al gobierno y el FSLN, por lo que diversos grupos en desacuerdo se rearmaron, pero la fuerza del cambio político, el desdibujamiento de un escenario bélico, las voces internacionales en contra de la violencia y la observancia de organismos internacionales, alejaron esas nubes que ennegrecían el horizonte político de Nicaragua.

¿ Que significó para el FSLN el haber llevado a cabo una negociación sobre la pacificación?

En primera instancia, la necesidad de reajustar y reacomodar fichas en un plazo corto, por no haber dedicado recursos ni tiempo cuando pudo, pues la mayor parte de su gestión gubernamental, durante diez años, (1979-1990) la privilegió para mantenerse en el poder. Los otros siete años (1990-1997) los distribuyó así: cuatro de negociación (1990-1994) y dos más(1994-1996) para enfrentar desgajamientos de militantes, pugnas internas, preparar agenda de la asamblea nacional y seleccionar candidatos para las elecciones de 1997; participación en las elecciones con un saldo desfavorable que lo coloca en una situación irreversible para refundarse. Han sido casi ocho años vertiginosos, casi sin posibilidad para repensar una reestructuración democrática en su estructura central, una rearticulación con la sociedad, una limpieza en sus canales de comunicación interna y una reinserción en las subjetividades emergentes del pueblo nicaragüense. Esto es tarea pendiente.

La elaboración de un nuevo discurso espera su turno, aunque todavía prevalece el tono belicista, no ha podido penetrar en el espectro social heterogéneo, por ello opta por encabezar demandas populares que exploran la posibilidad de construir un contrapeso al gobierno liberal de Arnoldo Alemán, pero el eje actores populares-FSLN no es el de la década de los 80´s, ni podrá ser mientras no se rearticule modularmente con los diferentes sectores insumisos de Nicaragua.

En fin, la transición que vive el FSLN de gobierno a oposición y partido político ha sido compleja, más si le agregamos los ingredientes de presión que tiene para aceptar el conjunto de normas vigentes que exige un Estado de derecho para revitalizar las instituciones, por un lado; y por otro, conservar viva la

estrategia movilizadora para defender los logros populares que se obtuvieron durante su gestión gubernamental.

Ante esta situación, el FSLN necesita, urgentemente, buscar una readecuación en el ámbito societal, articular las aspiraciones insumisas y ser un partido convergente, dúctil e incluyente; cuya tarea no es fácil, pero si lleva a cabo una reforma interna democrática, es probable encontrar, en los diversos sectores sociales que lo integran, opiniones, preocupaciones y soluciones que la ciudadanía nicaragüense se plantea diariamente y que son parte del arcoiris de la incertidumbre.

2.3.2/ EL PROCESO DE PAZ EN EL SALVADOR

La paz que se rubricó el 16 de enero de 1992, entre el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) y el gobierno de El Salvador, recorrió un largo camino para llegar al momento trascendental que marcó el fin de una guerra desgastante en el pequeño país centroamericano.

Por vez primera, en la historia de las revoluciones en América Latina, un enfrentamiento polarizado ponía término a una lucha irreconciliable a través del diálogo, el consenso y los acuerdos para vivir en paz. Lo acontecido en Cuba, el desenlace de los sucesos en Nicaragua y la persistencia del conflicto en Guatemala, eran indicios de que en El Salvador, el curso de la lucha sería igual; no obstante, la razón, la inteligencia y el examen detenido sobre la guerra y sus implicaciones tácticas y estratégicas, los llevó a aceptar la opción del diálogo, como la mejor forma de saldar una disputa que no garantizaba, a ninguno de los dos bandos, el triunfo.

El empeño por el entendimiento tiene su cronología singular, siendo su primer intento la reunión formal del 15 de octubre de 1984, escenificándose en la población "la Palma", asistiendo el presidente recién electo Napoleón Duarte y un grupo de comandantes del FMLN. Ahí se acordaron dos puntos: mantener la disposición para el diálogo y la conformación de dos comisiones para proseguir negociando.

Ese mismo año se reunieron, 30 de septiembre, los avances fueron claros para los dos bandos, dado que se plasmó un acuerdo mínimo para permitir un libre desplazamiento de personas y vehículos civiles entre los meses de diciembre de 1984 y enero de 1985, bajando las tensiones y liberando los sistemas noticiosos y de radio para que divulgaran lo que sucedía en verdad.

La progresiva simpatía que capitalizaba el FMLN y la moral creciente en sus combatientes, motivó al gobierno para detener la dirección que llevaban las conversaciones, porque el ambiente político no le favorecía; de esta manera endureció su postura y optó por mantener una oferta monovalente: desarme total e incorporación a la vida política pública.

La estrategia del FMLN era desemejante a la oferta gubernamental, tanto que planteaba un reconocimiento a su fuerza política, el respeto de los derechos humanos y la instauración de un Estado de derecho. Eran dos paralelas que intentaban un diálogo sin tender un durmiente entre ellas para construir un canal eficiente donde transcurrieran las aguas de la tolerancia y el entendimiento entre dos adversarios, y no entre enemigos que tenían por objetivo exterminarse mutuamente.

El truncamiento en las negociaciones arrojó fuego sobre el suelo salvadoreño, la intensidad de los combates crecieron, el saldo de la guerra cada día se elevaba y la reconciliación se fue esfumando del horizonte político. Para atenuar la disputa, gobiernos del área y la iglesia, iniciaron pláticas, reuniones y denuncias para desgastar a los dos bandos y llevarlos nuevamente a una nueva ronda de negociaciones, planeándose para el 19 de septiembre de 1986 en la localidad de Sesori, misma que no se llevó a cabo por la militarización de la zona, previo a la reunión.

Los esfuerzos internacionales no claudicaron, a partir de 1986, varias reuniones de mandatarios de la región presionaron para la solución del conflicto; estaban conscientes que la compleja realidad de la zona y la particularidad salvadoreña, atosigada por una administración norteamericana belicista, no eran los ingredientes apropiados para un desenlace sin vencederos ni vencidos, pero la insistencia diplomática del Presidente Oscar Arias por

reforzar los objetivos del Grupo Contadora a través de la declaración de Esquipulas, hacían un llamado a un cese el fuego bilateral, diálogo entre las partes enfrentadas, suspensión de la ayuda internacional y convocatoria a un gobierno de reconciliación nacional.

La oferta no tuvo aceptación por parte del gobierno de El Salvador y Honduras, fuertemente comprometidos y condicionados por la política exterior de los Estados Unidos. El 7 de agosto de 1987 se reunieron los cinco mandatarios nuevamente en Esquipulas, y salió la declaración Esquipulas II, la cual tuvo pocos efectos en Nicaragua y en El Salvador, puesto que la Administración Reagan hacía caso omiso y entregaba 270 millones a la Contra Nicaragüense.

Después de esos intentos fallidos y los dos ejércitos, el oficial y el FMLN, con el imaginario colectivo de poder derrotar al oponente, se arribó al año 1989, donde los insurgentes prepararon la ofensiva final, haciendo acopio de armas de todo tipo, afinaron estrategia, lubricaron los canales de apoyo logístico, trazaron las rutas de ataque, de posicionamiento, de retirada en caso de contingencia, se colocaron los buzones estratégicos y las casas de seguridad. Llegó el mes de noviembre y se desató la acometida contra la capital, San Salvador.

Los embates se dieron de manera contundentes, las bajas se mostraban en números muy altos en ambos bandos, alejando las posibilidades de triunfo para el FMLN y el Ejército Nacional, pero avivando la flama esperanzadora del diálogo, pues era la opción que quedaba para dirimir las diferencias.

Entre 1990 y todo el año 1991, se gestionó por parte de los comandantes del FMLN y el gobierno en turno, reuniones de acercamiento; también se buscó a las Naciones Unidas para que fungiera como mediador, lográndose concretar sesiones de diálogo aproximador en San José Costa Rica, Caracas, Venezuela, Nueva York, EE.UU y México. Fue el 16 de enero de 1992, con la firma del Acuerdo de Chapultepec donde se puso fin a la guerra.

¿ Qué logros hubo para El Salvador, ya que la victoria no fue para ninguno de los dos actores en disputa?

Lo principal, fue el retorno de la política a sus medios originales, lo cual reposicionó a los actores en conflicto, pero a su vez abrió los espacios para que los otros cuerpos políticos en evolución se involucraran en el nuevo diseño del cuadrante democrático que el país exigía.

En el terreno de los acuerdos, se pactó una depuración de las Fuerzas Armadas, pues ya esta institución había rebasado los marcos Constitucionales y actuaban al libre arbitrio. La reinstitucionalización que se da vía la reforma, es un paso para la reconciliación nacional; asimismo desaparecen los dos contingentes armados: Guardia Nacional y Policía de Hacienda, quienes actuaban como auxiliares en la labor contrainsurgente, al igual que la Inteligencia Militar, aparato propio de los gobiernos de seguridad nacional.

Se evitó el reclutamiento forzoso y se creó la Policía Nacional Civil, abriendo una posibilidad a los ex combatientes insurgentes para que pudiesen ingresar a ella, más no al ejército. En lo económico, se contempló ejercitar acción penal contra los acaparadores de tierra que se resistieran al reparto, puesto que el límite Constitucional es de 245 hectáreas, y de esta manera armar un programa para atender las demandas de los desplazados por la guerra.

Bordando las interpretaciones teóricas del Acuerdo Chapultepec, se observan las garantías que se ofrecen a los combatientes del FMLN para desplazarse, organizarse, tramitar licencias para conducir y participar en la vida pública.

Producto de este acuerdo de pacificación, se convocó a un ejercicio que abriera una brecha entre el odio y la pasión, y el olvido fuese el mejor aliciente para aceptar las nuevas reglas del juego y por qué no competir en un nuevo juego.

Se puso fin a una continuidad de enfrentamientos, de rupturas y quiebres, para arribar a un estadio de convivencia y confrontación civilizada, sin olvidar sus principios, ni negar sus convicciones democráticas, pero esta vez dirimidas dentro de un marco jurídico que garantizara igualdad de condiciones.

Otro registro de la pacificación, es que sobre el FMLN no pesa la represión ni la sanción para divulgar a los ciudadanos salvadoreños qué es lo que realmente sucede en ese país de 21 mil kilómetros cuadrados, sin romper el marco

Constitucional pero con la libertad que le da su plataforma política y solvencia moral para respaldar lo denunciado.

De esta manera, El Salvador se convirtió en un campo de lucha de la rearticulación social y la recomposición política, y el FMLN, en esa marejada, buscó afanosamente acuerpar las intenciones y demandas de micro organismos sociales autónomos que requerían tejer una red para llenar de contenido los nuevos espacios políticos.

La intención acuerpadora fue lo que dio vida a la convergencia, fisurando el ambiente político entre los que persistían por el estatus quo y los que en verdad luchaban por la democratización de El Salvador.

Sabían los farabundistas que la firma de la paz no solucionaba el conjunto de demandas que enarbolaban y defendían durante la guerra; tampoco sentían erubescencia por haber pactado un cese el fuego sin que el gobierno hubiese solucionado todo aquello que los insurgentes pusieron sobre la mesa de negociaciones. Pero de lo que sí estaban seguro los ex combatientes era que el proyecto de nación, la redefinición de las identidades, la implementación de un modelo económico más justo, la instrumentación de un Estado de derecho y la competencia abierta sin cortapisas, se conseguiría a través de la rematrización de la democracia.

Reconocer a la democracia como la matriz que posibilita la recuperación de contenidos de los grupos sociales, que incentiva el diálogo, el consenso y la competencia, es aceptar que las puertas de la política se abren con el noble ejercicio democrático; entonces, el FMLN se decidió a usar un discurso en que la palabra democracia era el eje matricial para discutir el rumbo del nuevo Estado, la nación, las autonomías y los asuntos de género; otorgando licencia a los actores políticos y sociales para discutir y participar en escenarios más amplios, desbordando la maquinaria burocrática de los partidos políticos de decisión tradicional e innovando una horizontalidad fértil para la meta más cercana: las elecciones de 1994 y 1997.

2.3.3/ ACUERDO PARA EL DEFINITIVO CESE EL FUEGO EN GUATEMALA

La pacificación en Guatemala, tuvo dos actores orgánicos, el gobierno, representado por la Comisión Nacional de Reconciliación de Guatemala - CNR - y la guerrilla, aglutinada en la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca - URNG -.

Por lo reciente que fue la firma del acuerdo definitivo, 4 de diciembre de 1996, tal pareciera que el proceso de negociación fue expedito; sin embargo, las negociaciones empezaron el 30 de marzo de 1990, en Oslo, Noruega, donde las delegaciones involucradas en el conflicto, expresaron su voluntad política por encontrar caminos de solución pacífica a la problemática nacional por medios políticos.

Cabe aclarar, que el término de voluntad política hace referencia al modo en que las instancias negociadoras aceptan, celebran o intentan alterar las relaciones de sub y superorden - el poder de gobernar y la necesidad de obedecer - que se necesita en toda sociedad (**R. Heilbroner, 1996**).

Sobre la base de esa voluntad conciliadora, por reencauzar a la política a sus medios originales, el 24 de abril de 1991, se dio inició al proceso de negociación directa - Gobierno de la República de Guatemala y URNG, asumiendo las partes la responsabilidad de que los acuerdos políticos reflejarían las legítimas aspiraciones de todos los guatemaltecos y establecerían, con apego al marco institucional vigente y de conformidad con los acuerdos de El Escorial, en el cual la URNG y los partidos políticos del país se comprometieron a promover la reformar de la Constitución Política de la República que fuesen necesarias para la reconciliación de todos los guatemaltecos, la finalización del enfrentamiento armado interno y la solución pacífica del conjunto de problemas de la nación por los medios políticos; el irrestricto respeto y aplicación de la ley. (**Agenda de los Acuerdos, 1994**)

El primer paso por la búsqueda de una solución conjunta, refleja las percepciones y las disposiciones que existen en ambas partes por bajar los

niveles de desconfianza y evitar los riesgos que vulneran la identidad de cada actor, en la medida que, por parte del gobierno, acepta que el conflicto tiene una naturaleza nacional; que el marco jurídico vigente no posee la capacidad política para disolver el conflicto, menos aún para digerir la multidimensionalidad de la guerra nacional, dado que son múltiples los actores involucrados y amplio los distintos sistemas normativos que requieren incorporarse en el nuevo reglamentarismo jurídico que salga de la negociación; en la otra banda, la URNG, acepta discutir en el terreno de la política, desplazando las armas y reforzando la institucionalidad del sistema político vigente, sin dejar de lado, la necesidad de introducir cambios que requiere la nación.

Se observa una negociación que parte de algo, del saldo de las diferencias, una parte importante en la que los dos actores tienen interés, voluntad e identidad común, justamente para edificar un diálogo fecundo. No obstante, la pieza que faltaba por negociar era lo medular, donde uno de los actores, el gobierno, tenía que ceder en el aspecto político y en el ejercicio del poder.

Por ello fue notorio que en las negociaciones, los intereses se vieron con frecuencia inflexible y sujeta a redefiniciones, de tal forma que la resolución de las diferencias de intereses dependió, en cierta medida, de cómo las partes se vieron a sí mismas y entre sí (**Howard Ross, 1995**), modificándose las percepciones antagónicas bastante arraigadas por la guerra, pero atenuadas por la voluntad política de encontrar una salida equitativa.

Es de reconocerse que el gobierno guatemalteco tenía una presión nacional e internacional para resolver el conflicto. La agenda de W. Clinton para atender los asuntos centroamericanos, tenía un pendiente, en corchete, sobre la guerra en Guatemala, y que aplazaba en el orden de prioridad, pero una vez desatados los acontecimientos en México, enero de 1994, con la irrupción del Ejército Zapatista, el corchete fue borrado y quedó en línea prioritaria la resolución del conflicto, más si tenemos en presente que el eje identitario entre URNG y Zapatistas es sociocultural.

Otro factor que forzó al Presidente Arzú, fue la presión de los inversionistas extranjeros y organismos financieros, quienes pidieron una modernización

económica acompañada de una reforma en las instituciones y en el gobierno, a fin de tener garantías para la inversión futura y el crecimiento de sus intereses, algo muy propio de los agentes financieros en la era de la globalización.

En medio de esta operación pinza, se vio forzado a negociar, pero aprovechó esta contracorriente para legitimarse, alcanzar un grado de gobernabilidad inusitado y que la comunidad internacional volviera sus ojos a ese país centroamericano.

La URNG no estaba exenta de presiones, desde la derrota electoral del FSLN, sintió el peso de la responsabilidad por negociar; sin embargo, con una habilidad política fue posponiendo y dilatando las rondas de negociaciones, de marzo de 1990 a diciembre de 1996, seis años que estuvo maniobrando para que el ambiente internacional no le fuese adverso, por la caída del muro de Berlín, el desencanto de la política, el desenfreno de la globalización y la depreciación del socialismo.

Seis años actuando con un arma de doble filo, o una estrategia de dos caras, atacando militarmente, para reforzar su presencia de que estaba en guerra y, por otro, asistiendo a conversaciones para demostrar que estaba dispuesto a retornar a la disputa política. Así aguantó seis años. Mientras esto sucedía, El FSLN alcanzaba la pacificación en Nicaragua; El Salvador firmaba su Acuerdo de Paz y asumía la responsabilidad de desenvolverse en la vida política pública; sólo quedaban pendientes el Ejército Zapatista y la URNG por negociar en firme.

Un punto prioritario para la URNG, era vulnerar la concepción monolítica y unitaria del sistema jurídico guatemalteco, cuya racionalidad ostensiva

(**O. Correas, 1997**) se ciñe a señalar su objeto de estudio, pero no lo define, de ahí que desconozca la realidad de un mundo heterogéneo, donde conviven diversos sistemas normativos de comunidades indígenas, de marginados y grupos sociales inmersos en el mosaico de la nación centroamericana.

Reconocer que un sistema jurídico unitario en una sociedad heterogénea, es excluyente y productor de violencia, invita a asumir una posición frente a un estado de cosas inverosímiles que ameritan restablecerse, de ahí que la

redefinición del Estado guatemalteco como unidad nacional, multiétnica, pluricultural y multilingüe, en las reformas Constitucionales, abrió un espacio de reconocimiento a los pueblos Maya, Garífuna y Xinca.

No es un mero reconocimiento literal, sino una aceptación política y social con especificidades espirituales, identitarias, axiológicas, idiomáticas que sustentan la cultura nacional, por tanto con derechos para reproducirla, transmitirla y ser oficializada constitucionalmente.

Sociológicamente, la URNG tuvo el talento de reconocer que la guerra había debilitado la confianza de los indígenas con respecto al gobierno y la única forma, en ese momento, de recuperarla, era a través del descubrimiento de nuevos espacios alternativos, donde el indio pudiese recrearse en los entornos de la vida nacional y obtener así un reconocimiento y respeto de su estatus.

El reconocimiento no iba ser mecánicamente aceptado, pero le brindaba la posibilidad al indio de controlar el miedo racionalizando la incertidumbre.

¿De qué modo adquiriría esa racionalización? Llenado de contenido político y cultural el espacio recién creado, asumiendo el riesgo de tomar decisiones ante las nuevas exigencias que se desatarían en el futuro cercano y reconociendo que el riesgo es la limitación de la visibilidad política pero no la destrucción de su identidad, ni de su espacio privativo.

Moverse en ese espacio recién estructurado, no iba ser fácil para el indio, más si reconocemos que la habilitación de la Constitución con las nuevas reformas, reproducía las diferencias, pero reafirmaba las identidades, por ello el indígena se abrigó en dos campos para poder crecer en las nuevas relaciones sociales, uno de ellos fue la memoria histórica, que lo faculta para pensar y actuar con pertenencia; y lo otro, su memoria política para meditar y intervenir con responsabilidad frente a lo que pasó en la sociedad y lo que está por suceder.

Es claro para el indio que el entorno es adverso para su proyección, que las fuerzas de la libre competencia, la saturación de imágenes, la racionalidad del mercado quebrantan su memoria (histórica y política) y lo empujan hacia la negación de su pasado, a perder su capacidad de pertenecer a algo, a no verse

insertado en la sociedad y a extraviar la clave de acceso al futuro hasta descender al excelso individualismo.

Pero no todo es nebuloso, también hay nuevas apropiaciones y una recuperación de espacios que revaloran las identidades locales, religiosas, étnicas y grupales; que amplían el horizonte para el inicio de un nuevo diálogo que involucra y posibilita una nueva pertenencia con la nación y abre el camino a la democracia ampliada, que permitiría al indio recuperar sus derechos diferenciados en función del grupo, destacando la autonomía territorial, representación garantizada, derechos de autogobierno, etc., que reduzcan la vulnerabilidad de las comunidades étnicas. (**W. Kymlicka, 1996**)

Otro aspecto básico de la negociación, es lo que compete al ejército, cuya modificación apunta a reformular la concepción y percepción misma de los órganos e instituciones del Estado, con miras al fortalecimiento de la democracia, en armonía con tendencias constitucionales modernas.

Se le asigna un rol a las Fuerzas Armadas de permanente servicio al Estado, pero con la particularidad de ente apolítico, obediente y no deliberante; también una función de defensa de la soberanía del Estado y de la integridad del territorio. En lo que concierne a los tribunales militares, ningún civil podrá ser juzgado por las instancias jurídicas del ejército.

Se observa que a partir del cese el fuego, momento en que se suspende todas las acciones insurgentes por parte de las unidades de la URNG y contrainsurgente del Ejército de Guatemala, ésta institución castrense deja de ser el promotor de la guerra, abandona su autonomía en los desplazamientos militares, reduce en un 33% sus efectivos y se acoge a los poderes del Ejecutivo a partir de 1997.

A la policía nacional, se le inhabilita su capacidad represiva y se le regulará por medio de una nueva Ley de Orden Público, bajo la potestad del Ministerio de Gobernación (interior), la cual introduce el cambio de hacer presente el carácter multiétnico y pluricultural de Guatemala en el reclutamiento, selección, capacitación y despliegue del personal policial; además, dirigiendo los esfuerzos a la profesionalización de una Policía Nacional Civil que en 1999 contará con 20

mil efectivos en todo el territorio guatemalteco y controlando a las empresas privadas de seguridad, que en el pasado reciente asumieron el rol de organismos paramilitares.

Los avances más significativos, en la letra, son los que abordan los nudos conflictivos de la participación y la decisión comunitaria, ya que por muchos años, la autoridad se impuso verticalmente, desoyendo las voces de reclamo que los distintos grupos étnicos y sociales, con base en sus sistemas normativos tradicionales, exigían para que se les tuviese en cuenta a la hora de tomar una decisión pública que los involucrara en beneficios o perjuicios sociales.

Se acordó introducir en el cuerpo de reformas, la responsabilidad del Estado por capacitar a las organizaciones locales para que puedan participar efectivamente en la resolución de sus necesidades y sugieran al C. Presidente de la República, los candidatos a ocupar el cargo de Gobernador, a través de los Consejos Departamentales de Desarrollos, (CDD) instancias no gubernamentales que actuarían como espacios deliberativos de las distintas regiones del país.

Se busca con los CDD, urbano y rural, la oportunidad de regionalizar los servicios de salud, de educación y de cultura de los pueblos indígenas, asegurando su participación en la identificación de sus necesidades, el diseño del programa y la supervisión en la aplicación de los recursos técnicos y financieros.

Se activa un poder decisional que se encontraba latente y posibilita a los indios que, en su nuevo rol de actor comunitario, llene de contenido político y cultural los espacios recién acordado en el documento de pacificación, los cuales más tardes tendrán que acoplarse en el cuerpo de la Constitución Nacional de Guatemala.

En esta ola de reforma pro-pacificación, la URNG introdujo el derecho y reconocimiento de la mujer en la escala actoral, aprovechando los avances democráticos que se aprecian en América Latina, el destacado papel que ha desempeñado Rigoberta Menchú Tum y en la necesidad de examinar el contenido de la "ciudadanía diferente" por la que ha luchado la mujer, porque últimamente se ha perdido esta reivindicación en el manto de la identidad

ciudadana, por tanto la identidad plural que debe prevalecer en la sociedad, se centró en los derechos ciudadanos, sin distingo de género.

Reconoce, el acuerdo, la igualdad de derechos de la mujer y del hombre en el hogar, en el trabajo, en la producción y en la vida social y política y garantizarle las mismas posibilidades que al hombre, en particular para el acceso al crédito, la adjudicación de tierras y medios productivos y tecnológicos, eliminando en todo el reglamentarismo jurídico vigentes, las formas discriminatorias que se señalan en contra de la mujer y promoviendo la participación de ellas en la ejecución y control de los planes y políticas gubernamentales.

Queda, la mujer, en mejor posición para luchar, para ampliar los espacios y reestructurar las nuevas demandas que mitiguen la vulnerabilidad de sus asociaciones, subjetividades y nueva sociabilidad que vienen forjando en su quehacer cotidiano. La URNG no pudo hacer más por las mujeres para ubicarla en mejor posición política, pero sí le abrió el sendero para que se le reconocieran reivindicaciones legendarias y para desactivarle los nudos conflictivos que tenían con los hombres, dejándolas en una plano espacial favorable para reorganizar sus luchas futuras.

Estos son los puntos menudos que se encuentran en el Acuerdo por la Paz, aunque lo que mayormente se destaca es la responsabilidad del Gobierno para promover, ante el Congreso, un proyecto de Ley de Reconciliación Nacional para impulsar y recrear una cultura de concordia y respeto mutuo que elimine todo revanchismo o venganza, y que preserve los derechos de las víctimas.

Esta ley, encargará a la Comisión para el Esclarecimiento Histórico de las violaciones de los derechos humanos y los hechos de violencia que han causado sufrimiento a la población y dar a conocer los resultados de manera imparcial. Así mismo, la Ley declarará la extinción de responsabilidad penal por los delitos político cometidos en la Guerra Nacional y a garantizar los derechos ciudadanos a los miembros de la URNG una vez se incorpore a la legalidad a partir de diciembre de 1996.

NOTAS

1/ Los militares involucrados en esta red asociativa para ejercer el poder, son los que tienen el rango de general y mayor; la clase política, son aquellos que han edificado su liderazgo a través de prebendas, corrupción y corporativismo en los partidos políticos; la tecnoburocracia, son funcionarios de carrera en la burocracia estatal y personal administrativo y técnico de empresas corporativas extranjeras o nacionales.

CITAS

ADAMS RICHARD (1988) *CONCLUSIONS: ¿ WHAT CAN WE KNOW ABOUT THE HARVEST OF VIOLENCE?* En Robert Carmack (ed), *The Harvest of Violence*. Norman: University of Oklahoma press, pp. 279-292.

AGENDA DE ACUERDOS POR LA PAZ EN GUATEMALA, 1994-1996.
Mimeo

ARIAS ARTURO (1985) *EL MOVIMIENTO INDÍGENA EN GUATEMALA; 1970-1983*, en Daniel Camacho y Rafael Menjívar (eds.), *Movimientos populares en Centroamérica*. Ed. Educa San José, Costa Rica, C.A.

CORREAS OSCAR (1997) *UNIVERSALISMOS Y PARTICULARISMOS EN EL SIGLO XX*, Conferencia en "Los desafíos de la modernidad. Pensar el siglo XX: De Sarajevo a Sarajevo. UNAM, México, 14,15 y 16 de abril.

HEILBRONER ROBERT (1996) *VISIONES DEL FUTURO: El pasado lejano, el ayer, el hoy y el mañana*. Ed. Paidós, España.

JONAS SUSANNE (1994) *LA BATALLA POR GUATEMALA*, Ed. FLACSO, Guatemala- Nueva Sociedad.

KYMLICKA WILL (1996) *CIUDADANÍA MULTICULTURAL*, Ed. Paidós, España.

LARA X Y HERRERA R. (1996) *LA PACIFICACIÓN EN NICARAGUA*. Ed. Flacso, Costa Rica.

MARTÍNEZ D. SALAZAR R. (1995) *EL FUTURO ELECTORAL DE NICARAGUA*, en Revista "Memoria", No 80, pp. 28-31.

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES DE NICARAGUA (1993) *REDUCCIÓN DE PERSONAL MILITAR PERIODO 1987-1993*, MANAGUA.

ROSS HOWARD MARC (1995) *LA CULTURA DEL CONFLICTO*, Ed. Paidós, España.

SALAZAR ROBINSON (1988) *ESTADO, PARTIDOS POLÍTICOS Y DEMOCRACIA EN NICARAGUA*, Investigación para el CIS- Itztani, Fundación Ford / CSUCA Managua.

TOURAINÉ ALAIN. SOCIOLOGÍA DE LA ACCIÓN (1967) Ed. Eudeba, Argentina.

VILLALOBOS JOAQUIN (1992) *UNA REVOLUCIÓN EN LA IZQUIERDA PARA UNA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA*. Ed. arcoiris, El Salvador, C.A.

CAPÍTULO/3

LAS ORGANIZACIONES PARTIDARIAS EN UN ENTORNO DE POSPAZ

3.1 EL ENTORNO POS PAZ EN AMÉRICA LATINA

Antes de analizar los nuevos escenarios que se dibujan en América Latina, 1990-1997, es necesario explicitar qué entendemos por entorno, puesto que en el argot popular, este concepto es todo aquello que nos rodea; sin embargo, para otros tiene una significancia distinta, en la medida que es un constructo social involuntario que los diferentes actores, los internos (del país) y los externos (los de otros países), van configurando con sus acciones, hasta moldear una circunstancia determinada, que, con el transcurrir de los años, va asumiendo una autonomía relativa con respecto a lo que acontece específicamente en cada nación.

El entorno no es ajeno a lo que acontece en un país, tampoco es determinante su incidencia sobre los acontecimientos socio-político de una nación; es una ambientación, una atmósfera que influye, ofrece oportunidades y nuevos horizontes, no obstante, no pauta sobre ejes comportamentales, pero desopaca el ambiente abigarrado de incertidumbres que enlobreguecen el ambiente social.

El entorno, componente que se constituye de elementos residuales de las naciones de América Latina y de otras latitudes involucradas por la globalización, no puede tener una dinámica distinta a la desarrollada por nuestros pueblos, pero tampoco es idéntico a una región, dado que la simbiosis de su cuerpo constituyente le da una fuerza que la orilla a construir una lógica propia, pero no distante ni separada de las distintas lógicas comportamentales de la política de cada país y región latinoamericana.

Es decir, absorbe, recicla y asimila de los acontecimientos y eventos que ocurren en América Latina, en lo general y lo particular; de igual forma, de lo que está sucediendo en el mundo interconectado, pero a su vez, emana substancias que alimenta las expectativas, que esclarecen los ambientes políticos, que abren posibilidades de nuevas acciones y reducen las

incertidumbres, traduciéndose en una relación "independintegrativa", o sea, independiente pero a la vez integrativa (1).

Las líneas propuestas nos dicen que el entorno es complejo por la enorme multiplicidad de relaciones que puede construir; es de naturaleza relacional, en cuanto teje un sinnúmero de interconexiones y redes, de interacciones y contradicciones, de uniformidades y rasgos distintos, de pluralidad e igualdad en su cuerpo etéreo. Pero esta complejidad ofrece, a los estudiosos de las ciencias sociales, oportunidades, posibilidades, nuevos escenarios, desopacación de ambientes y nuevos caminos de los conocimientos que se pueden interconectar para hallar nuevas fórmulas, para descubrir nuevas lógicas y poder adelantarnos al presente, opción certera para diluir las nubes de la incertidumbre.

Por ello, es posible interconectar dos conceptos que en apariencia pueden ofrecer, cada uno, una definición contrapuesta, pero que en el mar de la complejidad pueden unirse, tal es el caso del concepto "fragmegración" utilizado para explicar un mundo fragmentado por la competitividad pero integrado por la globalización; del mismo modo nosotros utilizamos la relación "independintegrativa", donde se guarda una independencia pero dentro de una integración, tal es el caso del entorno y la política en América Latina.

Una vez hecho el intento por esclarecer la compleja definición del entorno, pasamos a describir cual son las parcelas de ese entorno que cuadriculan los distintos escenarios en América Latina y a su vez conforman el arcoiris de los diversos actores que se encuentran construyendo el futuro de las organizaciones políticas y la política misma en Centroamérica.

3.2. DE LA ATOMIZACIÓN SOCIAL A LA SOCIEDAD MOLECULAR

La literatura sociológica de los últimos cinco años se ha volcado a escudriñar y divulgar los estragos que ha dejado la avanzada del proceso de globalización, desde la desintegración de identidades, hasta la crisis simbólica; de la desarticulación de las solidaridades hasta la necesidad de encontrar los nuevos nichos donde se recrearán las nuevas identidades; de la desestructuración de

los núcleos asociativos, hasta la crítica al individualismo privado y difidente; de la ruptura del tradicionalismo, a la reactivación de los fundamentalismos; de la negación de los sujetos sociales tradicionales (obreros, campesinos, guerrilleros), hasta la búsqueda y tipificación de nuevos sujetos y, por ende, nuevos movimientos sociales. En total, se habla de una era del individualismo neoliberal y de la atomización social.

Se puede afirmar que la globalización trajo consigo una desestructuración en numerosos campos de la sociedad (en la vida cotidiana, la cultura, los valores, la política y en los aspectos organizacionales), arrojando un esparcimiento social que se fue ampliando entre los años 1988-1995, estabilizándose en un estadio que denominamos comunitarismo localista, cuya característica principal es el crecimiento de esclusas intercomunitaria; también crecieron las acciones dirigidas a solucionar problemas con recursos cortoplacistas, improntas, inmediatistas y de interés particular, dándole las espaldas a los enlaces intergrupales y provocando desgajamientos en muchos sectores sociales. (**Salazar, R, 1997**) Además, se diluyeron los sentimientos solidarios, de confianza activa, (**Giddens, 1996**) de reciprocidad social y de colaboración conjunta que en el pasado habían existido y que hoy difícilmente se podían recuperar.

A lo anterior, se agrega el rompimiento que se da en el eje conectivo del tiempo en la conciencia del hombre, (**Salazar, R. Preciado J, 1997**) en los primeros años de la globalización, donde una notable cantidad de actores, o casi todos, se comportan de manera inmediatistas, sin importarles el pasado ni el futuro, sólo el presente es la prioridad, y es en esa temporalidad donde quieren resolver sus necesidades; buscan los satisfactores que cubran sus carencias, sin ningún asomo de una acción asociativa, lo que propicia el flujo de una corriente de comportamientos sociales atomizadas, individualizados y alejados del arco de las solidaridades.

En un principio, se observaba un horizonte ensombrecedor, aunque esta situación tuvo una variante a partir de 1996, producto de las contradicciones y paradojas que expulsa la globalización y la instrumentación de la teoría del mercado, mismas que fueron creando las condiciones para que nuevos sujetos sociales ocuparan los espacios que los sujetos tradicionales habían abandonado;

asimismo, la capacidad de recomposición social y política que tuvo, y aún tiene, la sociedad civil para afrontar los nuevos desafíos, singularmente en un mundo interconectado, donde hechos y acontecimientos que ocurren en otras latitudes, nos llegan, a través de los medios, en imágenes y viva voz de los protagonistas, permitiendo aumentar la capacidad social de reflexión y (**Giddens, op.cit**) la posibilidad de convertirse en un agente activo, involucrativo y exigente.

La capacidad social de reflexión hace que los actores sociales procesen más información, la socialicen, se nieguen a almacenarla a modo de capital intelectual, al darse cuenta de que no les reditúa altos intereses sociales, de ahí que la pongan en circulación y obtienen un alto rendimiento en su acervo cultural, político y social, en la medida que conocen otras percepciones sobre lo que acontece, descubren nuevas subjetividades emergentes, amplían el marco de sociabilidad y exploran nuevas alternativas para actuar en el futuro inmediato.

Lo que está sucediendo en la vida cotidiana y que es perceptible en el ámbito social, es lo que denominamos la nueva reestructuración social, que a lo largo del camino va configurando nuevos sujetos sociales, quienes divisan en las redes asociativas un medio para remontar la adversidad del localismo aislado.

Las redes asociativas (**Dabas E. Y Najmanovich, 1995; Salazar R. 1996**) funcionan en forma lazos, conectes, de enlaces químicos, permitiendo que una comunidad o localidad se asuma con otra para constituirse en actor colectivo, al descubrir que sus necesidades, adversidades y achatamiento de sus posibilidades de crecimiento y desarrollo no son exclusivos de ella, sino que muchas otras padecen de lo mismo; entonces se abre la ventana por donde observa, a través de los traslapes identitarios (desempleo, violencia, ausencia de democracia, etc.) un camino que los pone sobre el mismo rumbo. Estos traslapes identitarios aparecen evidentemente en forma de enlaces covalentes en dos o más comunidades que comparten el mismo interés y buscan articular una *sociedad molecular* que se asoma para el año 2000.

El comunitarismo molecular es el principal tejedor de la red asociativa de las futuras convergencias (**Salazar.R. 1996**), igualmente es el nuevo piso que tendrá la sociedad 2000, por lo que ella, la nueva sociedad, va a exigir nuevas

formas organizacionales de intermediación social que atiendan varios aspectos de la vida colectiva, similar a lo que vienen haciendo las ONG, pero esta vez entrelazadas en un arco de acción colectiva, donde la sociedad civil es parte activa y solución del problema.

Se está arribando a una etapa de desatomización social, donde el conjunto de la sociedad va estructurando con fuerza hacia un complejo molecular, donde los átomos asociativos van a reafirmar su disposición a realizar una acción conjunta, en cuanto demandan, discuten, armonizan y articulan sus reivindicaciones con otros grupos que hacen lo propio, sin que la autonomía se diluya, ni sea parte del debate en el trabajo colectivo, sino que se traslapa con la solidaridad, al momento que las organizaciones participantes asumen el papel de depositario de confianza recíproco, eslabón necesario para armar un arco solidario.

Por lo anterior, las intermediaciones modulares (2), pueden ser el modelo organizacional apropiado para la etapa que estamos viviendo, a modo que su carácter flexible permite armar un arco convergente y no un círculo; los átomos asociativos podrán entrar y salir libremente, sin que exista una actitud coactiva por parte de las demás organizaciones que intervienen en el domo coincidente, de tal suerte que se perciba una acción conjunta sobre la base de las responsabilidades asumidas ante un núcleo de problemas que atañe a todos, y no en función de los principios doctrinales.

La intermediación modular no requiere de los principios doctrinarios que prevalecieron en los partidos de izquierda antes de los noventa; tampoco de lealtades que se sobreponen sobre la capacidad de resolución; aspira a originar una confianza activa, unida a una renovada obligación personal y social frente a los demás (**Giddens op.cit**); o sea, una ética responsable en la política para luchar, buscar y alcanzar metas, sin olvidar que pueden surgir contingencias, sobretodo si el grupo que la demandó se retira, lo que no significa que la necesidad social desaparezca.

La nueva estructuración que nos presenta la sociedad que arriba al año 2000, está preñada de nuevos enlaces asociativos, nuevos nichos identitarios, una renovada ética social, nuevas formas de practicar la política y por consiguiente,

una reestructuración de la política en sí y de los agentes encargados de transitar por ella: los partidos políticos.

3.2.1 ELEMENTOS CONSTITUYENTES DE LA SOCIEDAD MOLECULAR

En el conjunto de variables que componen el proceso de molecularización social que se está asomando, tenemos las siguientes:

A/ ***LA CAPACIDAD SOCIAL DE REFLEXIÓN*** que ha adquirido la sociedad civil ante los conjuntos de problemas que se derivan del complejo proceso de globalización (Integración y exclusión).

Partiendo de las premisas que elabora Giddens, tenemos que el proceso de universalización ha convertido a la aldea marginal en una aldea global, la cual ha visto afectada su actividad cotidiana por los sucesos que ocurren en otras latitudes y viceversa.

La interconexión de lo local con lo universal, ha construido y consolidado un zaguán intercomunicativo que hace que los conflictos locales y regionales tengan un ingrediente global, de ahí que los nuevos problema étnicos, raciales, de pobreza extrema, de desempleo, exclusión y nacionalismos, tengan un sello muy particular que los hace distintos de los que se sucedían hace treinta años, exigiendo por ello soluciones novedosas que sean portadora de un monograma singular, pero prudente de que no se puede ofrecer una solución marginal sin afectar otros ámbitos de la política y la sociedad, donde se expresa y nutre el conflicto.

Esta interconexión de lo local con lo global ha hecho posible enlazar al mundo bajo la red del universalismo, tanto que no existe una localidad o región del mundo que no haya sido afectada por todo el proceso de universalización de la economía, el mercado, la cultura, la política y lo social.

En el marco global, la interconexión hace que sucesos y acontecimientos que se manifiestan en un determinado lugar del mundo, se conozcan de inmediato en otras partes; asimismo ha permitido descubrir que carencias y necesidades que pesan sobre una comunidad, son similares a las que tienen miles de

aglomerados humanos que habitan en otra zona, abriendo un espacio para que se recree una "identidad de la pobreza"

La comunicación intraglobal permite encontrar nuevos nichos identitarios en la pobreza, la exclusión, la explotación y la inseguridad; igualmente filtra información de acciones colectivas insumisas de sujetos sociales que recién se reestructuraron; detalla sobre las novedosas formas de luchas, demandas racionales, actos solidarios y acciones convergentes que llegan a cristalizar sus aspiraciones por medio de la movilización, la gestión, la presión o negociación política.

Se perciben como acciones colectiva sugeridas para que los sujetos latentes o en estructuración, aceleren su proceso de maduración, imiten formas de luchas, busquen mecanismos de organización y alianzas, concreten sus demandas y rearticulen fuerzas, de la manera que lo han venido haciendo los pueblos indios en América Latina a partir del alzamiento Zapatista en México de enero de 1994.

La ***identidad de la pobreza y la exclusión*** ha motivado que muchos sujetos latentes busquen información sobre qué está pasando y qué puede acontecer en su medio y en otras sitios; socializa con otros actores en situación similar las preocupaciones y sus intereses, tratando con ello de encontrar nuevos saberes que le permitan adentrarse en su entorno inmediato y compararlo con escenarios distintos y, finalmente analizar si las acciones que se realizan en rincones ajenos a su región o país, son desemejante o similares a las que ellos comportan.

Esa actitud inquieta los lleva a inquirir y cuestionar todo aquello que aparentemente es inalterable y, según los gobernantes tecnócratas, obedece a fuerzas ajenas a la del hombre de hoy; ese pesquisar lo coloca en una posición de saber el por qué de las cosas y de que manera se puede cambiar para beneficio particular y de los demás que se encuentran en la misma situación. Ese afán deliberativo es cotidiano y lo manifiestan a diario al rechazar la corrupción, los fraudes, la violencia, la irresponsabilidad, la mentira y la

ineficiencia administrativa de la cosa pública, a través de los diálogos, los discursos y la práctica habitual.

La capacidad social de reflexión le proporciona una conciencia crítica en todo aquello que él cree le está lesionando sus intereses, o de otros que se encuentran en una situación desventajosa; le administra una dosis de optimismo para ejercitar una acción solidaria, tendiente a construir una urdimbre social y, lo potencializa como sujeto insumiso que busca, bajo toda circunstancia, tejer una acción colectiva a través de los *traslapes identitarios*.

B/ DESCUBRIMIENTO DE NUEVAS ACCIONES COLECTIVAS EN LOS TRASLAPES IDENTITARIOS.

Anteriormente, en un conjunto considerable de comunidades y localidades, las identidades colectivas estaban cimentadas sobre valores comunitarios apegados a la familia, ritos, creencias y prácticas ancestrales; no obstante, la universalización arrastró con una gran parte de ellas, revirtiendo procesos de aprendizaje tradicionales, diluyendo hábitos, costumbres y mitos, hasta colocarlos en una situación de redefinición ante la globalidad.

La desestructuración de las identidades y comportamientos tradicionales, trajo consigo una redefinición de roles, tal es el caso de la mujer, actor que por años se le asignó una función de sumisión y apegada a las actividades del hogar; hoy día es un actor público, que trabaja, participa en la política y toma decisiones. Del mismo modo se alteró al sujeto Indio, quien se desbordó de la lucha localista para situarse en un ámbito nacional para exigir cambios en el ejercicio de la democracia, reforma del Estado e instrumentación de una política social equitativa. La percepción sobre el sexo, la educación sexual, las enfermedades que ponen en riesgo la vida, son temas que se salieron del enclaustramiento y se posicionaron en el espacio público, alterando las percepciones y subjetividades tradicionales que antes de la globalización imperaban.

Esa alterabilidad en las subjetividades colectivas, abonadas a los nuevos espacios sociales que la globalidad arroja, marcó a los nuevos problemas sociales con un sello de globalización.

¿Qué es esto?

Que los nuevos problemas sociales no son exclusivos de un país, de una región o una localidad, porque tienen semejanzas, ingredientes que se desprenden de otras latitudes; se nutren de factores locales y mundiales; asumen multidimensionalidades que invitan a diversos sujetos a participar en la transformación; se encuentran concatenado a otras problemáticas y por ende a soluciones encadenadas; que actos que se realizan en territorios alejados, afectan lo local y lo regional; además, las identidades que se forjan en el terreno global no contravienen a las que se estructuran en pequeñas localidades.

En el horizonte de esta nueva perspectiva que se asoma ante los problemas, se dan los traslapes identitarios, que se hallan en numerosos sujetos que demandan reivindicaciones y satisfactores para cubrir sus necesidades y, en ese abanico de demandas aparece una constante que los marca, que los identifica momentánea y circunstancialmente, que los coloca en una situación desventajosa ante la realidad, y es ahí donde aprehende el punto identitario que lo lleva a asumir una postura insumisa y colaboracionista.

Los traslapes identitarios no se erigen sobre la similitud en los principios doctrinarios; por el contrario, se edifican sobre la obligación que se asume frente a un problema determinado; en la naturaleza multidimensional que tienen los problemas; en la semejanza que adquieren sus luchas; en el cuadro de demandas que enarbolan para movilizarse; en la actitud y resistencia para aceptar una situación adversa, sabiendo que puede modificarse a través de una acción conjunta; en la voluntad política por sumarse a una acción colectiva que busque revertir una situación de exclusión y pobreza; en el anhelo y esperanza por armar un arco convergente para detener la marcha de la locomotora neoliberal y en la respuesta ciudadana para dar su voto a un partido o candidato que ofrece una alternativa distinta o mejor de la que el gobierno en turno instrumentaliza.

Estos traslapes no requieren de la convocatoria formal tradicional, donde se organizaba una reunión para tomar acuerdos y decisiones; básicamente se

apoyan en la capacidad social de reflexión que asumen las pequeñas localidades que componen la guirnalda social que la globalización desgajó, pero que la pobreza, la exclusión, el desempleo, la violencia y los bajos salarios están uniendo a través de una "*identidad de la pobreza*".

En el océano de la "*identidad de la pobreza*" se están descubriendo esos puntos comunes, los traslapes identitarios entre un obrero que no puede comprar y un comerciante que se ve impedido de vender; entre un trabajador del volante que adquirió a crédito un automóvil para trabajar y un profesionalista que gestionó un préstamo bancario para hacerse de una casa; entre una ama de casa que no puede cubrir las necesidades básicas con el dinero que la familia destina para el hogar y un cuenta propia que sale a diario a ofertar su fuerza de trabajo y no es demandado por días.

Se observa el inicio de un proceso en que el individuo comienza a abandonar el autismo social que prevaleció en él durante la década de los ochenta y parte de los noventa; que intenta revertir la conciencia inescrutable y su comportamiento difidente por otro más asequible que lo sitúe con ventaja para emprender una acción conjunta en contra de todo aquello que le ofende o le perjudica.

Las acciones que se derivan de la reversión anti-individualista brotan de una identidad silenciosa que se descubre cautelosamente, sin explicitarse en el discurso; emerge por la acción conjunta en un evento oportuno. Se percibe la identidad a través del diálogo, las opiniones en los medios de comunicación, en la vida cotidiana, en el contacto directo e indirecto con los demás, hasta divisar la señal de cuando y contra quien se debe actuar, siendo los procesos electorales los que nos ofrecen estos escenarios para aprehender el fenómeno "asociativo por sugerencia" entre los individuos que hace poco se hallaban atomizados. Es menester puntualizar que este fenómeno no parte de un cuerpo orgánico homogeneizado, o del conjunto de militante de un partido, ni requiere de una asociación formal para constituirse. Es algo inédito y atractivo para los sociólogos.

Entonces nos asomamos a una era de molecularización social, donde el arco de solidaridades se restablece, las acciones colectivas se recomponen sin lesionar la individualidad ni la autonomía de los pequeños grupos y localidades. La

naturaleza autonómica de las nuevas organizaciones se reposicionan ante los efectos de la globalidad y emergen formas novedosas de asociarse, donde la inversión de tiempo no es indispensable, las reuniones periódicas tampoco son necesarias, porque son remplazadas por el mensaje socializado, por una "identidad de la pobreza" y de la exclusión; por comportamientos sugeridos que observan en los medios de comunicación, por la espontaneidad en el proceder cotidiano que difunde ideas, apreciaciones y opiniones que son captadas por la gran sensibilidad y la capacidad social de reflexión que ha obtenido la ciudadanía.

C/ LA CONSTRUCCIÓN DEL REEQUILIBRIO SOCIAL

El proceso de construcción del reequilibrio social se funda a partir del cuadro axiológico que los nuevos actores están configurando en el imaginario, para corregir los efectos comportamentales del pasado y abrir un compás para la sociedad del año 2000.

Antes de que despuntara el fenómeno de la mundialización, muchas comunidades y sociedades se mantenían en una relación cerrada, daban importancia a los aspectos intra sobre lo inter, de ahí que los valores que predominaban eran básicamente humanitarios, siendo los más notables, la solidaridad, la familia, el matrimonio, la lealtad y la amistad.

Con la mundialización, se abre un manantial de donde brota un complejo de fenómenos sociales y culturales que alteran el orden de las sociedades tradicionales y cerradas o semicerradas que todavía funcionaban en América Latina; uno de los ingredientes del complejo es el trasvasamiento del poder que ocurre en muchos escenarios de nuestra América, cuya manifestación es la concentración de micropoderes diseminados en la sociedad hacia la economía, nutriendo a los consorcios y agentes económicos de un poderío que los faculta para ejercer un dominio y a la vez dictar líneas de comportamiento estatal, regulaciones comerciales, imposición de valores y reglas de comportamiento grupal; apuntalado por un orden axiológico armónico a su ideología, para ejercer la potestad e ir permeando, gradualmente, la percepción de los ciudadanos y remplazar así los principios tradicionales.

En un reducido lapso habilitaron los valores económicos (individualismo, competición, vida privada, lucro, rentabilidad, hedonismo y utilitarismo, entre otros), pero las paradojas demostraron, en un tiempo perentorio, que no eran los únicos que están contribuyendo a la construcción del mundo, porque existían de igual manera los valores humanos, morales y espirituales, que desempeñan un papel significativo en la vida social. Para recuperar éstos últimos y combinarlos con los que trajo la era globalizadora, no se requiere retornar al pasado, como lo anotan los actores tecnócratas, pues negaríamos la capacidad inventiva del hombre; además, las lecciones del ayer no pueden imponerse para construir el futuro, puesto que se dejaría al hombre sin aptitud de crear algo nuevo.

Erigiéndose sobre la urgencia de armonizar el nuevo cuadro axiológico y a la vez evitar que los valores económicos promocionados se conviertan en eje rector del desarrollo futuro de la humanidad, se han realizado acciones para complementarlos con los valores humanos; sin excluir ninguno de los dos grupos (valores económicos y humanos), pero con la salvedad en este caso, de que los valores económicos no mantengan esa vocación darwinista. La complementariedad de los valores económicos y humanos tiende a ofrecer un equilibrio y un orden de las cosas, punto de partida para reducir la nube de incertidumbre que pesa sobre todos los actores sociales.

Los valores económicos, o "**masculinos**" (Rosnay de J, 1996), por su característica de fuerza, representados en la competencia, la conquista, el dominio y el crecimiento, son producto de una sociedad que galopa sin rumbo, sin equidad social ni una racionalidad definida (capitalismo salvaje). Y los valores humanos, "**Femeninos**", tomados del comportamiento tradicional de la mujer (ordenada, gestora del hogar y transmisora de la vida y de los conocimientos) son aquellos que tienen que ver con la solidaridad y el equilibrio. Cada uno aislado no puede existir ni predominar en una sociedad, ya que el caos y la incertidumbre abrazarían las mentes de los hombres y las mujeres; se requiere una complementariedad de los valores "**masculinos**" y "**femeninos**".

La construcción del reequilibrio social, parte de la complementariedad y no de la exclusión de uno u otro; evitar la convivencia sería mantener una visión

reduccionista de choque entre los valores económicos y humanos, orillándonos a vivir en una situación de colisión permanente y sin horizonte estabilizador.

La complementariedad no se manifiesta en una asociación donde prevalecen las esclusas internas, las fronteras definidas, ni reglas autonómicas entre cada conjunto de valores, a modo de que en nada contribuya a una sociedad molecular. La complementariedad corre y atraviesa de manera transversal a la sociedad, tocando aspectos de la vida económica, social, el medio ambiente, la ecología, la política, el poder, la ciencia, la tecnología, las instituciones, en fin toda una gama de esferas que articuladas conforman la sociedad.

La transversalidad no lastima, ni corta; por el contrario, asocia, a través de redes las numerosas burbujas de los múltiples ámbitos de la vida social; asimismo conforma un domo gigantesco donde podemos avistar las enormes preocupaciones e intervenciones de agentes económicos, actores políticos, asociaciones voluntarias, organismos no gubernamentales y grupos sociales actuando con celeridad por alimentar el proyecto de un "*desarrollo sustentable*"; del mismo modo en decisiones políticas para cuidar y conservar el medio ambiente; en incentivar la participación de la mujer en la política, en el gobierno y en las asociaciones; fomenta la solidaridad intergremial en favor de los derechos humanos, la ecología, los derechos ciudadanos y por la democracia.

La integración de los valores, económicos y humanos, en un mundo globalizado, con puntos identificados de poder concentrador y múltiples conflictos, está contribuyendo a renovar radicalmente la imaginación política, a devolverle su equilibrio a las acciones de gobierno, a descentralizar las decisiones burocráticas y está aportando una nueva lógica y una nueva cultura para preparar el futuro (**Rosnay del J. Op.cit**); por ello, las organizaciones de izquierda asumen un nuevo posicionamiento ante la realidad, a fin de no verse desplazados o alejados de las oportunidades novedosas que el conjunto de actores sociales están tejiendo para construir el reequilibrio social.

3.3. LA MUTACIÓN DE LA IZQUIERDA Y SU OPCIÓN POR LA DEMOCRACIA

Hemos afirmado que la globalidad ha impactado en los procesos económicos, políticos y culturales, provocando innovaciones y alteraciones en las formas comportamentales, en modas, en gustos, en las estructuras organizacionales, en los esquemas axiológicos, en las orientaciones culturales, en los cambios de actitudes y de mentalidad, en la política y la práctica de la misma, en las percepciones del mundo externo e incluso en las creencias.

La rearticulación del orden (desorden) social en Latinoamérica, no se ha dado de manera lineal, sino que paradojas y singularidades que se expresan en la sociedad, la cultura y la política, le dan un sello que la hace aparecer como una situación de crisis permanente y, algunas veces, se tornan difusa y ubicuitaria.

Crisis, por los abundantes conflictos que se desprenden de la reestructuración social; *difusa* en la medida que la incertidumbre predomina en muchos contornos de la vida social y política; *ubicuitaria*, por la manera de cómo se expresa en todas partes y pretende perpetuar lo que por naturaleza está expuesto a mutar.

Las alteraciones que se manifiestan en la realidad social, han venido reclamando y exigiendo a los sujetos sociales tradicionales, readecuar sus roles, reposicionarse ante la sociedad y tener en cuenta, en sus futuras acciones, el fenómeno de la mundialización, justamente por la integración de los estados y los mercados, por el sesgo ideológico que dan los agentes financieros a la conocida globalización y la multiincidencia recíproca de los espacios políticos, sociales y culturales, lo que en su conjunto le imprime un sello nuevo a la realidad social y política.

Los partidos de izquierda, sujetos políticos estructurados, se dan cuenta que el futuro es factible de agarrar, si tienen la capacidad de rearticularse en el moderno marco que el espacio público latinoamericano construye y que encierra una gama de hechos, donde podemos mencionar la pérdida, momentánea, de centralidad de la geometría política - izquierda y derecha -, la descentración de la política, la reducción de la capacidad de acción del Estado,

la pérdida de credibilidad de los partidos políticos y el abandono de la prioridad estratégica de abordar el poder por la vía armada.

Una de las primeras diligencias que acomete la izquierda es la de rehabilitar, progresivamente, la dicotomía izquierda y derecha, tratando, desde una perspectiva renovadora, de explicar que la distancia entre izquierda y derecha no es sólo de carácter ideológico, puesto que aceptarlo así sería una injusta simplificación; indican también programas contrapuestos respecto a muchos problemas cuya solución pertenece habitualmente a la acción política, contrastes de ideas, de intereses y de valoraciones sobre la dirección que habría que dar a la sociedad. (**Bobbio 1995**)

Una medida casi inmediata que se tomó, fue la de flexibilizar la pertenencia con los principios doctrinarios, como una decisión táctica, más no de carácter renunciante, debido a dos factores; uno era que el universo político, complejo y relacional, daba lugar a distintos colores y posturas ideológicas, que en un primer momento borraba la nitidez fronteriza entre la izquierda y la derecha y, se paraban sobre problemas claves de la sociedad de fin de siglo, como los ecológicos, de minorías étnicas y de género, arrojando un pluriverso difícil de armonizar bajo el paraguas organizacional de los partidos políticos.

Por otro lado, las minúsculas formas organizacionales que brotaban de la sociedad latinoamericana, ponían, sobre densa estela de la política, novedosas formas de asociación y de conflictos, destacándose las convergencias de corto plazo, que no son más que asociaciones que tienden a formar juntas una unidad superior a que poseían antes de converger.

¿Qué hacer ante esta nueva realidad?

Algunos se arrimaron al centro, pero acentuando una posición lejana a la diada derecha e izquierda, lo que en el lenguaje de Bobbio se conoce como *tercer incluido*, que significa una postura *tornasolada*, ya que adquiere el color del día, sin distinguirse de otros, por lo que se percibe como una indefinición ideológica que se opaca, se diluye y se aleja del compromiso, asumiéndose como fiel a la balanza entre la derecha y la izquierda, pero incolora en la

definición de un proyecto político. En esta nave se embarcaron políticos inmaduros que en mancuernas con empresarios y artistas, se lanzaron en la búsqueda del poder.

La izquierda comprometida, ante el desgajamiento que se daba en los núcleos organizados, optó por resituarse como *Tercer Incluyente*, cuya manifestación perceptible es la de una organización que supera, en la práctica y el discurso, a su anterior estadio; no niega su pasado, tampoco anula al otro, o adversario; sino que busca la mejor forma de superarlo, de sumar los aspectos positivos que se encuentran en su acervo de conocimiento y en su capital político acuñado por varios años; también aprendió del contrario pero con un afán de superar o mejorar lo ofertado por el enemigo público, con el objeto de ocupar una posición privilegiada en la nueva heterogeneidad social.

La posición de *Tercer Incluyente* provocó en los partidos de izquierda que no se estancaran en las discusiones estériles sobre la rigidez doctrinaria, que hasta ahora no le abonaba éxitos, ni adeptos a las organizaciones izquierdistas en los eventos electorales; pero los orillaba a una discusión rica en proponer alternativas a los problemas viejos, pero inscritos en una nueva realidad.

Las nuevas elucubraciones y debates hicieron que los partidos políticos situaran los problemas torales de la población en ese vacío dejado por los principios doctrinarios. Es decir, que la forma de asumir una actitud perseverante, un mayor compromiso y una férrea eticidad, posibilitó ensamblar el nuevo eje distintivo de las organizaciones políticas; además, el desafío asumido para hacerse de los recursos que coadyuven a contemplar una apertura a la participación ciudadana para consultar y tomar providencias, ha facilitado acercarse a la puerta que conduce a un sistema de valores abierto, plural e incluyente.

Antes de la renovación, los partidos de izquierda, que en el ayer no valoraban el significado de la democracia, por la concepción ilustrada y la connotación liberal-revisionista que tenían de ella, le apostaron mejor a la dictadura del proletariado, opción política que les garantizaba, según ellos, acabar con todos los vestigios del poder burgués. Con la regeneración, la percepción política fue cambiando, tuvieron que reconocer que esa concepción errónea que había

prevalecido al interior de las organizaciones políticas y guerrilleras, deterioró la pluralidad, el desarrollo de las minorías y desterró el disenso. Colateralmente provocó un eclipse sobre la figura del ciudadano y vulneró el derecho a disentir, de opinar y de participar libremente.

No se puede olvidar que el entorno latinoamericano, en la segunda mitad de la década de los ochenta, ofrecía al ciudadano, discursivamente, libre comercio, libre competencia, libertad de mercado y plena autonomía en las decisiones políticas electivas; daba la idea a la población de poder disfrutar una apertura, un nuevo horizonte, aun con todas las trabas y mediaciones que la globalidad arrastra en América Latina; El mensaje que los agentes económicos diseminaban contravenía los ofrecimientos partidistas y frenó los propósitos políticos de los partidos, golpeándolos hasta arrinconarlos a un estado crítico, depreciando a sus líderes y devaluando su oferta deliberante.

Ese espacio público que los partidos políticos dejaron vacío, fue aprovechado por empresarios, artistas, deportistas, etc., para aparecer en escena y ofertar, cabalgando sobre el "nuevo" discurso, una actuación novedosa, impolítica y al margen de los vicios tradicionales que comportaba el ejercicio de la política.

El "nuevo" discurso y los actores "emergentes" de la impolítica, fueron los dos obstáculos que a corto plazo debían superar los partidos de izquierda, aunque tuvieron un aliado poderoso que los ayudó a vencer esa adversidad, el tiempo.

A partir de 1988, momento en que comienzan a aparecer a la escena política los empresarios, artistas e improvisados, para conducir la administración pública, irrumpe el estado más crítico de la eclosión del Estado benefactor, beneficiando, en lo inmediato, a los *nuevos* gobernantes para instrumentalizar una serie de cambios, cuyo contenido es la negación de lo que se prometió en campaña; o sea, presentóse un desfase entre los valores que postulan y la práctica que realizan.

El incumplimiento de lo ofertado, llamó al desencanto y a la desaprobación social por parte de la ciudadanía; transcurrido apenas diez años, la tendencia desaprobatoria aumentó y casos de gobierno que arribaron con una popularidad imponderable, hoy día se encuentra en la mira de la crítica y en el ocaso, por

ejemplo: Fujimori en Perú y Menem en Argentina; de igual forma sucedió con Collor de Melo en Brasil y Abdalá Bucaram en Ecuador, sin mencionar los gobiernos en departamentos y alcaldías que se encuentran en manos de los improvisados y son blancos de la censura ciudadana.

En esos diez años, los partidos de izquierda reflexionaron, se aproximaron lo más que pudieron a la ciudadanía y detectaron un cuadro de subjetividades multiplicado; incluso, corroboraron que las diversas percepciones ciudadanas no eran producto de un desorden en la sociedad, obedecían a una heterogeneidad creciente en el ámbito social; también, descubrieron la existencia de muchos actores sociales que se entrecruzaban entre tradicionales, emergentes y renovados. Igualmente, Se dieron cuenta de que la ciudadanía se había hecho de una capacidad de reflexión social que le permitía, a los habitantes de un país, poseer y socializar información sobre lo que pasaba en su entorno y en otras latitudes; que le urgía participar en los espacios públicos para ampliar el ejercicio de la democracia y el respeto a la pluralidad, y que los sujetos, en un importante número, poseen una multidimensionalidad en las lógicas comportamentales, por ello sus acciones apuntan hacia diversas demandas, sin encasillarse en un solo perfil.

La vastedad de hallazgos y descubrimientos, metió a los dirigentes de los partidos de izquierda en un proceso aperturista, de consulta y renovación para emparejarse con la celeridad de los cambios que el entorno y la ciudadanía venían empujando, siendo la primera acción, invitar a ciudadanos solventes, en lo moral y lo político, para que ocuparan sus listas de candidatos, similar a una práctica de surtirse de "outsourcing" (3)

Las candidaturas externas fue la mejor muestra de disposición que los partidos izquierdistas pusieron sobre la mesa para cambiar; conjuntamente las alianzas con grupos de causa ciudadanas y organismos no gubernamentales, que se habían constituido en instancias de intermediación en el período 1988-1996, y hoy servían de fuente alimentadora de distintas experiencias, actualizando y renovando la agenda de las demandas.

Se insinúa una flexibilidad orgánica en los partidos políticos para convocar a otros grupos para ensamblar un arco convergente, donde los principios doctrinarios no desempeñen rol alguno, diferente a lo sucedido en la década de los sesenta y setenta; hoy se cimientan sobre los problemas básicos, destacando el desempleo, la inflación, la corrupción, la impunidad, las devaluaciones, la inseguridad pública y los servicios públicos, puntos de acuerdo que estructuran las convergencias democráticas.

En esta nueva fórmula se encadenaron políticos tradicionales, caso Rafael Caldera en Venezuela, quien al margen de COPEI, partido socialcristiano, arribó al poder; igualmente liderazgo heredados personificado con Eduardo Frei en Chile, quien tomado de la mano del partido socialista y la democracia cristiana, asumió la presidencia; sin embargo, existen convergencias novedosas y con un tinte más democrático, cristalizada en el movimiento Papá Egoró en Panamá, el Partido Revolucionario Democrático que llevó al gobierno a Ernesto Pérez Balladares en la República de Panamá; las instrumentalizadas por el FMLN en El Salvador en las elecciones de 1997; las que ha convocado el Frente Amplio en Uruguay desde 1992; la recién concertada por Frente del País Solidario - Frepaso- y Unión Crítica Radical en la Argentina para las elecciones de 1998 y la que puso en práctica el Partido de la Revolución Democrática en México en el proceso comicial de 1997.

Las convergencias democráticas son una respuesta a una situación adversa que impone razones totalizantes y valores heterónomos a una sociedad plural, segmentalizada y autorepresentada; Es una reacción consciente frente al estropicio institucional que la política tradicional y ortodoxa ha creado en las sociedades modernas, de ahí la imperiosa necesidad de que surjan hilos conectivos que armen una acción conjunta que pongan fin al deterioro organizacional. (**Salazar.R. 1997**)

3.3.1 LA IZQUIERDA EN LOS PROCESOS ELECTORALES

El ejercicio democrático de los partidos de izquierda en la nueva época, es significativo y tiene su mérito; no obstante, cada escenario nacional tiene su sello, justamente por considerar que el avance en las organizaciones

democráticas no es homogéneo, poco más o menos tiende hacia un desdoblamiento irregular; en algunos países la causa renovadora de la izquierda ha sido más aperturista, indicando una mayor credibilidad y confianza del electorado; en otros, se encuentran en proceso de recomposición, salvando algunos cotos de poder que los intransigentes aun mantienen y defiende con fuerza, y no faltan los que se muestran celosos ante las alianzas perentorias, porque ven en ellas la posibilidad de perder su perfil o autonomía. Veamos algunos casos

3.3.1.1 LA ALIANZA CONVERGENTE EN LAS ELECCIONES DE 1997

El comportamiento responsable ante el electorado, la información pública sobre su actuación, el tejido permanente de redes con otras asociaciones, grupos y fuerzas ciudadanas y mantenerse al margen de los escándalos de la corrupción, fue el sol que orientó el quehacer del FMLN, aunque hay que destacar, que algunas veces se intentó eclipsar la estrella orientadora por los actos que llevó a cabo Joaquín Villalobos ex efemalista quien optó por una opción social demócrata, en la coyuntura en que se reacomodaban los actores políticos y el ambiente que predominaba en la política aún no se encontraba suficientemente cargado de oxígeno tolerante.

Aunque el FMLN y otras fuerzas cívicas, asumieron la responsabilidad de construir un nuevo escenario público alejado del paraguas de las prácticas tradicionales; esta vez caminaron por un sendero menos escarpado, más expedito que el recorrido durante el proceso electoral de 1994. Ahora se apropiaron de un discurso renovado, con contenido ideológico incluyente y con una invitación a la cohabitación. *Lo nuevo* tuvo su significado en la construcción de un imán que persuadiera a la participación social, involucrando a toda la ciudadanía, principalmente con aquella que fue receptiva a la campaña personalizada que desarrollaron los militantes y simpatizantes de la convergencia, explorando con ello dos cosas; por un lado, sensibilizar mostrando la cara, dándole rostro a la oferta política e invitando a cimentar la nueva fuerza plebiscitaria convergente; por otro lado, develar la postura del

FMLN frente al gobierno, ante el modelo neoliberal; su actitud para con los grupos y fuerzas cívicas y ante el interlocutor del momento: ARENA.

La forma de plantarse ante los ciudadanos puso en evidencia que el FMLN no tenía nada que esconder, que sus lazos convergentes eran claros y sin componendas, siempre de frente a las exigencias ciudadanas; insinuaba que estaba dispuesto a retomar las demandas de los ciudadanos para enarbolarlas en la plataforma electiva, que no pretendía solucionar todo el saldo social que la guerra y el neoliberalismo habían dejado, pero sí concitaba a los ciudadanos, para que juntos trabajaran por encauzar cinco demandas esenciales: a/ que la canasta básica y los servicios públicos estén al alcance de los sectores mayoritarios; b/ Promoción de nuevas y más fuentes de empleo; C/ Impulsar la seguridad para toda la población; D/ Velar, a fin de que los funcionarios públicos sirvan real y eficientemente al pueblo; E/ Garantizar agua potable suficiente y libre de contaminación, a través de la promoción de la seguridad ambiental.

En la plataforma del FMLN, lo cardinal fue promover los cinco ejes, los cuales le daban un distintivo a la campaña electoral, puesto que esos ejes programáticos no puede ofertarlos el neoliberalismo, por estar impedido, pues es él el que excita estos problemas sociales. Cinco demandas que la ciudadanía impulsó para satisfacer las necesidades colectivas e individuales, y que el FMLN acogió en su pliego de lucha para dar respuesta a un espectro social atomizado, viciado en acciones y reclamaciones improntas que sólo le incumben a su individualidad, sin velar por los demás, pero que los ex insurgentes no excluyeron, antes por el contrario, los incorporaron a través de su trabajo personalizado y la sumatoria de sus reclamos a la plataforma política.

¿Qué diferencia tuvo la plataforma de 1994 a la de 1997?

La campaña realizada en 1994 puso énfasis en los aspectos políticos, tales como la reforma en los poderes, el fortalecimiento de las instituciones, la transparencia en los manejos de los recursos públicos, alto a la represión y defensa de los derechos humanos.

Gran parte del plan hizo caso a la tendencia comunicacionales de la globalización, o sea, no priorizar los espacios públicos, que se encuentran, según los nuevos constructores de imágenes electorales, devaluados, por lo que se tuvo que echar mano de los formatos, imágenes y gramáticas de la comunicación masiva para difundir la propuesta política, alejándolos, en cierto grado, de las mayorías marginadas; aún así se constituyó en segunda fuerza política.

Pese a los altibajos en la campaña anterior, la actividad político electiva de 1997, centró su atención en tres aspectos básicos que posibilitan a cualquier fuerza política a obtener el triunfo: una es la imperiosa necesidad de reconstruir una identidad social deteriorada por el desencanto ciudadano frente al desfase que existe entre los valores que postulan los partidos antes de las elecciones y las prácticas que realiza una vez que arriban al poder, mejor conocida como *ajuste de agenda*; dos, la instrumentación de mecanismos discursivos que vayan con el objetivo de controlar las preocupaciones sociales, incorporando las demandas ciudadanas en la plataforma política, introduciéndolas al discurso cotidiano, haciendo referencia a ellas y proponiendo formas para contrarrestar las preocupaciones y a la vez reducir los márgenes de incertidumbre que pesa sobre los ciudadanos; tres, asumir una ética de la responsabilidad que le permita constituirse en garante social en virtud de que bajo su administración buscará evitar efectos desagradables en cualquier política instrumentalizada, y en caso de ser inevitable, consultarla previamente.

Estos tres aspectos son indispensables para el ejercicio de la nueva política, para revalorizar y a la vez recuperar la credibilidad en los partidos, los gobiernos y las instituciones, en un momento transicional en que la atomización de los individuos, la devaluación de los ciudadanos, el deterioro de los partidos y la desesperanza llena de duda el panorama político-social.

La construcción de la identidad social, la búsqueda incesante por controlar las preocupaciones sociales, el nuevo discurso incluyente y la referencia a una nueva ética de la responsabilidad en el ejercicio de la administración pública, fue el cigüeñal que impulsó centrífugamente la socialización de ideas y acciones en forma de redes, visitas domiciliarias y despliegue de la fuerza de organización celular que tenía el FMLN; a la vez, rescató la coexistencia

cooperativa hacia al interior del partido y hacia afuera con otros grupos y movimientos sociales que se sitúan al "centro izquierda", permitiéndole extender las alas de la convergencia producida en 1997.

3.3.1.2 VOTOS Y CORRELACIÓN DE FUERZAS POLÍTICAS

La preferencia electoral se cargó, prácticamente, hacia dos polos, el FMLN y ARENA, definiendo la geometría político-electoral. Aunque algunos analistas prefieren no hablar de izquierda y derecha, es sugestivo la manera en que se colocó en el centro de la problemática nacional las preocupaciones sociales, y cómo los partidos políticos definieron su postura teniendo en cuenta la actitud reclamante de la sociedad y la necesidad de responder a un electorado severo.

Por un lado estaba ARENA, con una plataforma comicial que ponía énfasis en "más de lo mismo", persistiendo en la dirección neoliberal, sin dejar ver claramente qué hacer con los excluidos; por otra banda se colocaba el FMLN, con un discurso cargado de autocompromiso para apoyar la coexistencia cooperativa con las fuerzas convergentes y cooptar de mejor forma las demandas ciudadanas; La ética del compromiso que se asumió ante el electorado fue la mejor carta para aparecer como garantizador político; esto es, ofrecer responsable y oportunamente, una opinión u opción estructurada sobre las inquietudes de la ciudadanía, fundamentalmente en los asuntos que a ella le preocupan.

Bien sabido es, que la escrupulosidad asumida ante la política, drena los canales obstruido en la comunicación entre gobernantes y gobernados, democratiza la información, invita a la participación y convoca a gran parte de la opinión cívica a buscar soluciones colectivas. Así, las elecciones de 1997, permitieron a la ciudadanía distinguir claramente las dos alas de la política salvadoreña, los saldos del neoliberalismo que administró ARENA y los reclamos del FMLN por democratizar las decisiones públicas.

Las cifras emitidas por el Tribunal Supremo Electoral dicen que el FMLN obtuvo el 34.27% frente a 35.40%, un punto porcentual por debajo del partido oficial; no obstante, hay que resaltar que la capital de la república San Salvador, quedó

bajo la incumbencia del FMLN, cuyo candidato, el médico Héctor Silva, es el Alcalde; asimismo, las alcaldías más importantes del país quedaron bajo el sello del FMLN.

Otros datos ayudan a la lectura política, donde el FMLN repunta casi diez puntos con respecto a las elecciones de 1994, saltando a la mesa del análisis la interrogante ¿de dónde salieron esos votantes, si la abstención mantiene su capital político adormecido en una cifra que rebasa el 50% del electorado?

Explicemos la estructuración en las fuerzas políticas. El FMLN cuenta con un voto duro o cautivo, proveniente de los militantes, simpatizantes y colaboradores en la época de la guerra, quienes conforman el primer círculo; un segundo círculo lo integran los votantes insumisos, esto es, actores que actúan con el pensamiento puesto en el porvenir, aunque no promueven un modelo de sociedad alternativo, su afán y lucha se centra en una crítica permanente y certera contra la injusticia, el deterioro ambiental, por el control del mercado a través de un Estado regulatorio, la defensa de las minorías étnicas y los derechos plenos de la mujer.

En el tercer círculo se encuentran los votos agregados, que no devienen del grueso de la abstención, sino de actores desgajados, quienes tienen las siguientes características: no son identificables por su acuerpamiento en un espacio determinado, actúa alejado del arco de solidaridades y se comportan con acciones individualizadas contra los cambios que le afectan directamente.

Su expectativa se centra en todo aquello que le favorece, que le atañe y de solución impronta, de ahí que la campaña personalizada del FMLN, los compromisos de campaña asumidos para corregir aspectos en los servicios y seguridad públicas, en el empleo, en el control de los precios de la canasta básica y la anticorrupción, tocó las fibras de su sensibilidad, su interés particular y el botón de su voluntad para decidir apoyar al candidato Silva en San Salvador.

Para el caso de ARENA, el voto duro disminuye, principalmente en aquellos sectores ultra conservadores, los de la opción militar, quienes se refugiaron en los partidos de minoría residual, representados en el Partido Demócrata

Cristiano (PDC) y el de Conciliación Nacional (PCN), debido a que en la negociación de los Acuerdos de Paz, los militares fueron minimizados, su rol en la transición fue controlado a través de candados, algunos legales, otros por la presión de la ciudadanía, reduciéndole su radio de acción.

Los desgajados e insumisos no apreciaron la oferta de ARENA, reduciendo de manera substancial el capital político del partido en el gobierno.

La tesis que se maneja sobre el descalabro de ARENA tiene varias aristas, veámosla; por un lado, se explica por la forma en que ha manejado la política económica, principalmente en lo que compete a la atención que presta el gobierno a la macroeconomía, dejando en el olvido los aspectos microeconómicos, como son los salarios, el empleo, la ineficacia para controlar los precios y mejorar los servicios públicos, la cual ha impactado negativamente en los sectores medios en extinción, y los populares, debido a que las privatizaciones, los recortes presupuestales y la reducción del gasto público le restó capacidad para gobernar con un pleno control.

El saldo de una aplicación ortodoxa de las recetas neoliberales en El Salvador, sin mediar una reflexión para readecuar políticas o instrumentar programas, arrojó cifras alarmantes en renglones de seguridad pública, desempleo, corrupción e incremento en las tasas impositivas, generando en la ciudadanía un descontento que se manifestó en una desaprobación social, cuya expresión empírica es el llamado voto de castigo.

El voto de castigo contra ARENA no debe analizarse como una acción reactiva, de respuesta carente de reflexión. Es un castigo meditado, oportuno y aplicado en el preciso momento en que el gobierno de Calderón Sol, a través de las elecciones, busca convalidar su programa de gobierno, corroborar que la vía escogida es la adecuada y que las recetas fondomonetaristas son las medidas idóneas para enfrentar la crisis.

Ante una oportunidad excepcional, como es el evento político electoral, donde la sociedad civil cuenta con la plena decisión de juzgar y censurar al gobierno, sin necesidad de confrontar de manera beligerante, los salvadoreños votaron en contra de lo que se viene haciendo, como un acto de reprobación y de llamado

de atención para que la cosa pública se administre de modo diferente; no obstante, ARENA no lo percibió así y se mantuvo ejerciendo el gobierno de igual manera.

Pese a ello, existe una preocupación en el ambiente político, por la posibilidad de que, según los cálculos electorales y los enroques posteriores en la Asamblea Legislativa, pueda suceder una alianza táctica entre PDC y PCN con ARENA, a fin de mediatizar la acción legisladora del FMLN. Es probable, aunque los pronunciamientos de los dirigentes de los partidos residuales afirmen que no va a suceder así. El tiempo definirá si ese nubarrón se traduce en diluvio, el cual es uno de los riesgos de la democracia.

El FMLN avanzó significativamente, cuadrándose en un sitio que le asegura un 34%, ARENA de esta manera, ocupa un 35% y las minorías parlamentarias se reparten escaños; un ajedrez digno para una democracia representativa, donde cada uno tiene la cuota que le asignó la voluntad popular. Ahora veremos que tan congruentes son con lo ofertado y, ojalá no tengan que hacer un ajuste en la agenda por imposición o condicionalidad de las fuerzas del neoliberalismo.

3.3.1.3 EL P.R.D, EN LAS ELECCIONES INTERMEDIAS DE MÉXICO(1997)

México, país que mantiene una estructura política y de gobierno centralista, con un peso preponderante del Poder Ejecutivo fincado sobre una relación corporativista de muchos años, busca redefinir su perfil político en el ocaso del siglo XX.

Aunque el caso mexicano no es el más ilustrativo para realizar análisis comparativos con los demás países latinoamericanos, por la peculiaridad de su desarrollo político y la rara costumbre de ir a contramano de la historia política de América Latina; sin embargo, el proceso electoral de 1997 fue un modelo referencial para los partidos de oposición que aspiran a gobernar.

Esta afirmación tiene su sustento en los episodios vividos durante las tres últimas décadas; mientras el dominio de las dictaduras militares se extendió por el continente, México ofrecía las ventajas de una extraña "democracia" a los

ojos perplejos de los viajeros malpartidos. Tiempo después, el resto de los países latinoamericanos padeció la inestabilidad institucional propia de los cambios de régimen, el país seguía siendo gobernado por el mismo partido y bajo el mismo sistema. Finalmente, cuando América Latina comenzó a completar una década de "transiciones" a la democracia, recién entonces los mexicanos arrancaban, accidentalmente, con la suya. (**Camou, A.1997**)

El despegue de la fuerza democratizadora en México ha sido difícil, por las implicaciones que ocasionan el desplazamiento de una maquinaria absolutista, controladora de los conflictos por medios legales e ilegales, ejercitadora del poder y que no consiente contrapesos políticos, arrojando un saldo elevado en aspectos humanos, financieros, políticos e institucionales, a causa de que se le ha apostado a un proceso de desmontaje gradual que vaya eliminando, paulatinamente, el exceso de presidencialismo y restringiendo los espacios al partido estatal en el gobierno (Partido Revolucionario Institucional) PRI.

Indudablemente, el caso mexicano tienen un déficit de democracia y por ende, una deficiencia en el manejo de la gobernabilidad, aunque México gozó de cierta estabilidad, ésta no fue permanente ni sensata, se obtuvo, parcialmente, bajo un fuerte dominio del Estado y una izquierda opositora disminuida y con escasos espacios para maniobrar.

Mientras el Estado benefactor tuvo vigencia y acción atalayadora, el PRI en el gobierno no tuvo contrapesos reales, administraba a sus anchas los recursos financieros del Estado, controlaba los tres poderes y era dueño absoluto de la situación que predominaba en el país; a la oposición, se le dio trato de fuerza residual, algunas veces le permitía expresarse, en otras ocasiones, la silenciaban de la manera que usualmente ejercía el poder el PRI, a través de la censura, el hostigamiento o el destierro.

La anchura que tuvo el PRI fue embriagadora, por ello no se preocuparon por construir un nuevo partido político, más bien se dedicaron a administrar los recursos orgánicos que heredaron de los arreglos políticos que hicieron Plutarco Elías Calles y Lázaro Cárdenas, de ahí que la inercia fuera su marcapasos; el eslogan de gobierno fue su bandera ideológica y el presidente en turno su líder y guía, fuente de donde emanaba los nuevos recursos ideológicos.

Un partido que se mueve bajo una lógica discontinua, va acumulando un déficit de credibilidad, de ideología y de militantes, pero el PRI no percibió este fenómeno, dado que el autoengaño creciente lo obcecó y creyó que el imaginario político de buena parte de la sociedad mexicana, en el sentido de percibir al PRI como depositario "normal" de la voluntad popular (**Camou, A.op.cit.**), era respaldo y pertenencia militante que obtenía de la mayoría de la población.

Algo que vale la pena resaltar, es lo riesgoso que es vivir bajo la ilusión de los imaginarios colectivos; mientras las lógicas comportamentales se ciñen a ese imaginario, no hay peligro, puesto que el gobierno en turno puede manejar situaciones adversas, pero si el escenario macro introduce nuevas tendencias, nuevos factores desequilibrantes que influyen en los comportamientos individuales y colectivos (como sucede con la globalización), entonces estamos ante un volcán que puede convertir los imaginarios colectivos en algo explosivos o en generadores de comportamientos desenfrenados, inestables e incrédulos, que pueden restar, repentinamente, el apoyo que daban a un partido u organización social.

Eso sucedió al PRI. Mientras tanto, se desataba un proceso de descomposición que revelaba las causas verdaderas de las múltiples crisis económicas recurrentes, el interés que mediaba los asesinatos políticos, el objetivo de las descalificaciones discursivas contra la oposición y la resistencia al cambio de grupos en el Poder.

Para paliar el caos político vivido entre 1994-1995, el gobierno recurría a un discurso añejo, que apela a la resistencia del mexicano para sacrificarse, soportar el hambre, los bajos salarios y el desempleo que se desprendía de la "última" crisis; la convocatoria no tuvo aceptación y fue rechazada por los partidos de oposición, organismos no gubernamentales y movimientos cívicos.

El ambiente se sobrepolitizó en el periodo 1994-1997, la capacidad social de reflexión creció, la crítica encontró en la antidemocracia el centro neurálgico del PRI y en el programa económico de gobierno la insensatez, de ahí que surgieran ofertas contrapuestas al partido de Estado, hasta ir entrelazando

núcleos identitarios entre obreros, estudiantes, amas de casas, empleados y microempresarios, atando cordones convergentes que pudiesen, en las elecciones de 1997, cortocircuitar el sistema de control que ejercía el PRI.

La oposición se encontraba en el Partido de Acción Nacional (PAN) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD), ambos colocados en el centro, sin definirse ni de izquierda ni derecha, pero identificados por el electorado: el Pan a la derecha y el PRD a la izquierda.

El PRD encontró una situación inédita para la elección de 1997, que consistió en que la sociedad civil no era la misma, ahora había asumido nuevos retos y descubierto que la amenaza de guerra y de fuga de capital que se manejó en el discurso de Ernesto Zedillo para las elecciones de 1994, fue un sofisma que se develó una vez que arribó al Poder el candidato del PRI, al cumplirse todo lo contrario, crisis recurrente, devaluación y nuevamente el pedido a resistir el periodo de emergencia.

Ese potencial de la sociedad civil y la valentía por votar en contra de lo ya conocido, fue el condicionante para que PRD se viera obligado a desabrigarse de ese discurso protestatorio, del lamento por el fraude y el señalamiento descalificatorio al contrincante. Innovó un prototipo agencial, basado en conducir las demandas más sentidas y reclamadas para que sean temas de debate en las esferas públicas, sobresaliendo la reducción del impuesto al valor agregado (IVA), alto a la ola de inseguridad pública, la carencia de servicios públicos y el destierro de la corrupción.

No ofreció un modelo alternativo de sociedad, pero sí una humanización del modelo económico vigente; la instrumentación de variables sociales que ofrezcan a la población más y mejores condiciones para vivir; una participación ciudadana en la fiscalización, la supervisión y en la toma de decisiones en la cosa pública.

La sociedad, deseosa de participar, de que se le tenga en cuenta, de que su opinión valga y de que se le reconozca su presencia en el espacio público, decidió respaldar la oferta del PRD. No depositó su confianza de manera

absoluta; más bien aceptó el reto, la invitación que el Partido de la Revolución Democrática les hizo para sumarse en un esfuerzo mancomunado por gobernar.

Por el caudal de votos significativos que la ciudadanía depositó en el PRD, el partido se vio favorecido y logró arribar a la administración de espacios estratégicos, entre los que destacan la capital del país, municipalidades en varios estados y escaños parlamentarios en las dos cámaras, demostrándose con este acto social, que la mentalidad de los mexicanos había cambiado. La ciudadanía ya no le teme a la propaganda tradicional que por muchos años se utilizó para descalificar a la opción de izquierda; tampoco se atemoriza por rumores infundados, ni se asusta por asumir una corresponsabilidad; antes por el contrario, la reta, la asume y se suma para actuar de manera conjunta en tareas de gobierno.

Los espacios ganados por la izquierda, representan para México una vía de recuperación para acortar el camino hacia la democratización, en la medida que evita un colapso social, fenómeno muy presente en sociedades que tienen la característica de gobierno a un partido de Estado que centraliza, de manera absoluta, el Poder; asimismo fuerza a los actores políticos ligados al PRI a aceptar la configuración de un nuevo espacio público que invita a la competencia y desalienta el corporativismo, el clientelismo y el amparo político a que se estaba acostumbrado.

Con las características inéditas del proceso electivo de 1997, no se alcanzó la democracia plena; tampoco se puede afirmar que los vicios y prácticas políticas desaparecieron, pero sí se acotaron los espacios de maniobra política desleal; la vigilancia ciudadana es creciente y la capacidad de crítica de los electores cada día es más implacable, sea contra el Partido de la Revolución Democrática, el Partido Revolucionario Institucional o el Partido de Acción Nacional.

Lo anterior apunta hacia la estructuración de un proceso nuevo en la historia de México, demandando una relectura bajo una lente crítica renovada y libre de prejuicios, pues los acontecimientos que se desencadenan de 1994 a 1996,

son numerosos, algunos mínimamente perceptibles en la inmediatez por ser parte de la cotidianidad política, pero revelador a mediano plazo; otros actos son de mayor significación, destacando el levantamiento Zapatista, el asesinato contra el candidato a la presidencia del PRI, el homicidio contra el secretario general del mismo partido, que unidos a los efectos económicos y sociales de una crisis que creaba más pobreza, exclusión y desequilibrios entre los diversos grupos de la sociedad mexicana, desnudaba la endeblez de las promesas de progreso y prosperidad que habían justificado la aceptación de las políticas de cambio estructural que propuso el gobierno de Salinas de Gortari. **(Cavarozzi y Barenzstenin, 1997)**

La relectura reflexiva puede ofrecer una mayor claridad o revelar vetas que nos aproximen a descubrir por qué avanzó la izquierda y que tan contundente es la evolución que registra, aunque algunos analistas, **(J.A. Crespo, S. Sarmiento, R. Zamarripa, 4)** afirman que el apoyo que recibió el PRD se debe a una decisión ciudadana de castigo contra el PRI, o, a una acción reactiva frente a la crisis económica e institucional por la que atraviesa México. Esta apreciación se resiste a reconocer que en una cadena de actos, dentro de un eslabonamiento de circunstancias, puede ser históricamente significativo la decisión colectiva por cambiar de opción política, por alterar el orden impuesto, así que la sincronización espontánea de voluntades es muestra de una mayor concientización, fragmentada, pero inducida por la expectativa de algo mejor o por la idea del cambio; ahora bien, si recordamos que la parte más importante de la existencia humana descansa sobre los actos, esta acción colectiva lleva un mensaje de querer algo distinto y hacer las cosas mejor.

Si se agrega que la actuación de los hombres es producción, reproducción y comunicación; que la acción crea poder y se opone al poder; asimismo es el ejercicio cotidiano de los hombres para construir la sociedad y algunas veces hace historia; y que ésta sociedad es el resultado de una multiplicidad de actos y actores distintos, es irreverente desconocer que existen varias lógicas comportamentales que buscan, a través de la acción convergente, desmontar el estado de situaciones adversas y caducas que persisten en el sistema político mexicano.

El ramillete de acciones contra el PRI-Gobierno no es un acto espontáneo, tampoco una acción endopática; obedece a un crecimiento cívico de la sociedad mexicana, quien se ha visto engañada, manipulada y reprimida por parte del gobierno. Esos actos provenientes del gobierno, han provocado reacciones, momentos de reflexión, intercambio de opiniones entre los actores sociales excluidos, hasta llegar a un estado de toma de conciencia, a un reparo apegado a la realidad, a su entorno a su cotidianidad, precisamente porque la conciencia no es nada en sí, sino que es siempre conciencia de algo (**Luckmann, T.1996**) y no un recurso prefabricado en un discurso opositorista y descontextuado.

Sobre la base de lo anterior, se puede concluir que el voto de la ciudadanía no fue una acción de castigo contra el PRI, pensarlo de esa manera es quitarle su valor y significancia decisional que ha ganado o cultivado el ciudadano; el voto por el PRD fue un acto por construir algo nuevo, por desconocer las actuaciones arbitrarias y con la fe de reconstruir a México y así retar de mejor manera el futuro.

¿Qué espera la ciudadanía del PRD y de qué modo puede participar en la reconstrucción de México?

Para dar respuesta a tan gigantesca interrogante, sería muy sugerente aprovechar las incursiones interpretativas que generosamente ha realizado Marcelo Cavarozzi sobre el caso mexicano, donde destaca, entre muchas observaciones, las siguientes:

A/ La ciudadanía busca desmontar la represidentialización que Salinas de Gortari puso en marcha para instrumentar su política económica aperturista y cristalizar el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá.

B/ Recomposición de la política como vector organizacional de la vida institucional del país, a partir de la desestructuración del núcleo concentrador de poder que Salinas impuso.

C/ El requilibramiento del poder del Estado a partir de una reforma Constitucional que dé pleno poder autónomo al órgano Judicial, al Legislativo y el Ejecutivo.

D/ Revertir, hasta donde sea posible, el trasvasamiento de Poder que Salinas de Gortari realizó a partir de las privatizaciones, las cuales concentraron el poder económico y decisonal en pocos actores empresariales, en detrimento de la mayoría de los productores, fabricantes y partidos políticos.

E/Impulsar una despresidencialización, acotando los poderes del Ejecutivo, el ejercicio de las partidas presupuestales secretas y creando contrapesos en las cámaras.

F/ Finalmente, que el órgano legislativo y los partidos políticos, debatan sobre los problemas torales del país y la factible vía para rearticular un proyecto de crecimiento económico y desarrollo social, que posibilite generar consenso entre ellos, certidumbre en la mayoría de los ciudadanos y previsibilidad en los actores políticos y sociales que componen el mosaico mexicano. (**Cavarozzi y Berensztain, op.cit.**)

3.4/ EL SUJETO INSUMISO: PORTADOR DE LA ESTAFETA DEMOCRATIZADORA EN AMERICA LATINA

América Latina en la antesala del siglo XXI, muestra al mundo la capacidad de autogestión que tiene para revertir tendencia, que por muchos años, le eran desfavorables; por esto percibimos, en los últimos tres lustros, la capacidad constructiva de la sociedad civil para diseñar, armar y echar a andar un andamiaje político-democrático, sin prisa ni lentitudes, pero sí acorde a un horario político que le permita arribar a la frontera del próximo siglo con una voluntad esperanzadora que posibilite reducir las incertidumbres que abrigan el panorama político-social del subcontinente.

A simple vista, pareciera que son múltiples los actores políticos que están haciendo viable estos nuevos escenarios, sin embargo, se asoma un nuevo

sujeto que reúne, representa y construye una nueva lógica de comportamiento colectivo, que puede ser observada y leída bajo una lente innovada, apegada a la realidad social contemporánea.

Si reconocemos que se está viviendo un proceso inédito en la cultura, en la recomposición de los tejidos sociales, en la forma de hacer y practicar la política, en la nueva sociabilidad y por ende en la percepción de su entorno; es lógico que busquemos nuevos planteamientos teóricos que nos permitan interpretar lo novedoso que arroja la realidad social, a fin de no eclipsar, con interpretaciones tradicionales, las aristas renovadoras que la democratización política trae consigo.

Desde el punto de vista sociológico, es vital explorar el sentido y la orientación que los actores que intervienen en la construcción del nuevo reequilibrio social, dan a su acción colectiva y dentro de esta égida descubrí el **Sujeto Insumiso**, agente activo que a través de sus acciones está generando desenlaces en el terreno político.

¿Quién es el Insumiso?

En el arcoiris comportamental que registra América Latina, nos encontramos con un sujeto que rompe la apatía y el marasmo en que se encuentran los demás sujetos sociales, busca articular, de una forma *sui generis* a otros agentes que mantienen una acción reivindicativa, libertaria y dispuesta a tejer la malla que conjunte los esfuerzos, horizontales y transversales, para reformar el Estado, pero un Estado amplio, cobertor y controlador de las normas colectivas que permitan a todos los sujetos convivir en un espacio público legislado y equitativo.

En este escenario existe una limitación teórica para explicar el comportamiento de los insumiso, pues la teoría social todavía no profundiza sobre el nuevo sujeto; pese a ello, hacemos el esfuerzo por ampliar el cuadrante conceptualizador, sobre la base de lo que observamos y la urgencia de tipificar una acción colectiva que es significativa para política y los politólogos.

En un formato idealizado que hemos diseñado para describir cada una de las acciones colectivas que van construyendo los sujetos involucrados en la prefiguración de la democracia ampliada, podemos decir que los *Insumisos* es un segmento social que reclama su derecho a la propia creación de sus valores, al autodiseño proyectivo alcanzado en su proceso de concientización y, encima encuentran un sector importante de la población, y del propio Poder, que respeta la prioridad de su conciencia personal sobre las razones de Estado (**Pino, P. y Arnau.T, 1995**). Parafraseando a Edgar Morin, se puede afirmar que es una comuna que irrumpe como una fuerza político social que aspira a otra vida, a otra sociedad, a otra política. Pretende recuperar el sentido libertario del derecho de todos a la libertad.

Esta apreciación sobre qué son los insumisos, nos hace pensar que esta vía, la insumisión, es transitada por un grupo de actores que tienen conciencia de la crisis en que vivimos, la singularidad que asume la política y la pluralidad irreversible que proyecta la sociedad; se dan cuenta de que existe una diferenciación social y axiológica cada día más compleja, que cada grupo diseña su alternativa de comportamiento en función de sus aspiraciones y anhelos, sin que este diseño proyectivo diferenciado vulnere el derecho de otros, ya que ver a otros diferente no admite negarles la igualdad ante un Estado de derecho.

En este *Sujeto Insumiso* vemos la claridad meridiana de aceptar, por convicción, que la sociedad plural no se puede negar, que los diversos grupos sociales tendrán el libre ejercicio de elegir su forma de representatividad, su cuadro axiológico político que aumente y extienda una cultura política más elástica, incorporativa y tolerante, de ahí que su visión social de este mundo es: *pluralidad, tolerancia, respeto y libre forma de asociación*.

Son cuatro los elementos que constituyen el patrimonio político y lo operan a manera de ideal político. No es novedoso, ni ajeno a nuestra conciencia, porque lo hemos leído en innumerables ocasiones en las Constituciones políticas de cada país latinoamericano; la única diferencia es que el *Sujeto Insumiso* lo hace suyo, lo practica, lo ejercita cotidianamente en la relación con otros sujetos o grupos sociales, lo expresa en cada reunión y lo difunde oportunamente para cubrir una necesidad de ejercitación democrática.

De los sujetos hasta ahora vistos, es el único que tiene preclara la voluntad de poder, y pretende construirlo con la configuración de un proyecto autónomo, libre de toda imposición ideológica totalizante y de un esquema imperativo de representación. Por esto tiene la osadía de crear sus propios valores, sin sojuzgamiento alguno, libre de toda supeditación, reclamando con ello igualdad de trato, de oportunidades y de decisión autónoma para erigirse en quídam activo de la nueva democracia.

Asumen el derecho a la insumisión cuando: no les es asequible forjar y socializar sus valores; en el momento que los espacios públicos son acotados para que no pueda manifestarse y, en el punto que le impiden su desarrollo como constructor de su propio futuro; entonces, hace crecer en su conciencia la facultad de insubordinarse contra el sometimiento, revelándose la naturaleza insurgente del insumiso.

Su naturaleza tiene una motivación nietzscheana, una esencia anti-totalizante, desintegradora de reduccionismos "clasistas" y contraria al exclusivismo protagónico e histórico del sujeto único, que en nombre de todos busca las formas y mecanismos de solución a problemáticas que nos atañe a todos.

De su existencia nace la perspectiva de constituir su identidad y fabricar una red asociativa con otros sujetos, sin negar que las formas del ejercicio del poder en la sociedad tienden a articularse en una matriz con un referente estatal. Esto da pie para explorar nuevas formas de hacer sociedad, y de hacer política, a partir de una combinatoria de la "guerra de posiciones" gramsciana con la "microfísica del Poder" foucaultiana, reconociendo una multiplicidad de "puntos de ruptura" del orden establecido, Lo cual contribuiría a otorgar un estatuto político a formas de intervención social que se ubican fuera del espacio convencional de la política (Estado, partidos políticos), y que persiguen la realización de transformaciones democráticas desde la vida cotidiana, haciendo surgir alternativas en los distintos rincones societales. **(Ibáñez Izquierdo.A.1995)**

No pretendamos, por su naturaleza, ver al sujeto insumiso cristalizado en una acción totalizante, tampoco focalizado en un segmento homogeneizado en la

sociedad. La totalización la hacen los observadores y experimentadores, a través de la categoría: Los insumisos.

Es un sujeto "casa común" que invita a la acción insumisa cohabitada en el terreno político, cultural y social; tiene presente que la insumisión es una facultad compartida por todo aquel que se encuentra sometido, por ello le asiste el derecho a rebelarse, por la fuerza, por la movilización organizada o por las armas, según sea el caso. En palabras de Touraine, es un sujeto sin rostro, tiene mil caras que trascienden una movilización de nuevo tipo contra los aparatos de integración globalizantes y de manipulación tecnocrática.

Devienen de un aprendizaje obtenido en la escuela del "socialismo real", donde las totalizaciones clasistas - proletaria y/o partido- impidieron la cristalización de sus ideales y anhelos. Ante ello han aprendido a ser plurales, abiertos y tolerantes, respetando las diferencias que existen entre los actores, sin menoscabo de su condición de sujeto.

La apertura, en la concepción de la lucha y de la acción política, está fincada en la rebelión althusseriana, de entender que un pluralismo de contradicciones que son de origen distinto, coyuntural y estructural, se reflejaría en núcleos, lo que implica que la concientización no va ser homogénea, tampoco se manifestará en una acción colectiva arrasadora, invocando lo sucedido en la década de los setenta en Nicaragua o El Salvador, sino en focos explosivos insumisos que tratarán de romper, eslabón por eslabón, la cadena de la opresión. Estos circuitos explosivos tendrán comunicación por los éxitos o fracasos, por los espacios ocupados, por las reivindicaciones logradas, por las formas de lucha, por la gama de posibilidades de cristalizar aspiraciones, haciendo asequible un proceso global de reversión de valores que teja el entramado de la base de la futura sociedad.

Esos eslabonamientos señalan que la vinculación de actores insumisos se da en las filas de campesinos, obreros, estudiantes, intelectuales, indios, mujeres, religiosos y demás individuos que optan por esta decisión trascendental, sin someterse a las coordenadas tradicionales de derecha o izquierda, revolucionario o reaccionario, muros ideologizados que separaron por mucho tiempo las alianzas interclasistas.

Se le atribuye una cualidad específica de poder remontar la crisis de la política, de tener la capacidad de rearmar el cuadro axiológico, de agrupar a los segmentos más significativos y ofrecer una salida a la incertidumbre política y organizacional; tiene la capacidad de articular sin excluir a ningún sujeto social, de defender su espacio público sin detrimento de los otros sujetos, de proponer una nueva ética en la forma de hacer política y dotar de capacidad política al ciudadano.

Decimos capacidad política en el tiempo que se auto-atribuye el derecho de ser activo, participe y crítico, permitiéndole a los investigadores conocer el grado de desarrollo político de una sociedad. Capacidad política implica la noción de crecimiento del potencial humano para poder llevar a la práctica las normas políticas establecidas explícita o implícitamente en las Constituciones o en las declaraciones de los dirigentes de sus movimientos nacionales.

La capacidad política traería a la discusión aspectos relevantes de la política, la eticidad de su ejercicio, los nuevos valores políticos y la naturaleza y alcance del desarrollo político de nuestros pueblos. Por tanto, esta capacidad crece y en la medida en que éste sujeto sea capaz de transformar su actitud tradicional de insumisión a la autoridad política y de forjar nuevas relaciones con sus gobernantes que se basen en el principio de mandato condicional periódico y en la obligación continua de ser responsables de la política que profesan y de su realización. (**Somjee.A.J., 1985**)

Un aspecto que ha coadyuvado a la estructuración orgánica de los insumisos, para que cada día sea más apreciable, es la revolución que se manifiesta en las comunicaciones, donde la rapidez de los sucesos y acontecimientos que suceden en otras latitudes mandan un mensaje sutil a los insumisos potenciales, mismo que se convierten en acciones sugeridas, acortando el tiempo en la información, en la organización de las múltiples formas de lucha, informa sobre la debilidad de los sistemas imperativos, aligera la capacidad de decisión de los sujetos potenciales y lleva la voz a todos los rincones de la sociedad donde pueden obtener eco en su lucha. Esto ha sido aprendido de manera rápida por movimientos indígenas, de intelectuales y de género que

aprovechando estas circunstancias informativas abren su compás de convocatoria y socializan hacia otros lugares sus demandas.

Los insumisos están actuando con el pensamiento puesto en el porvenir, tejiendo, reacomodando y jerarquizando demandas, acciones con otros sujetos insumisos que se núclean en movimientos indios, de género, vecinales, populares, etc., con la esperanza de estructurar una alianza convergente que coloque en línea protagónica a todos los insumisos, cada uno asumiendo su función y defendiendo su ideal que le permita armar un programa realizable en un momento favorable que desemboque en la reforma del Estado.

No se pretende que sea la panacea de la crisis de la política; tampoco el sujeto social esperado que reemplace a la antigua clase obrera. Es un sujeto que adquiere carácter multidimensional, lo mismo lucha por su nuclearidad significativa, que por otros epicentros humanos, aunque en su lucha existe un orden jerárquico, donde los valores democráticos guarda una preferencia.

Esa multidimensionalidad nos indica que existen diversos nichos donde se recrea el *sujeto insumiso*, lo detectamos en movimientos pacifistas, ecologistas, indios, vecinales, feministas, populares, de reivindicación política democrática, por la reforma del Estado, por el saber, por la autonomía cultural de los pueblos, territoriales, en síntesis, en una gama de acciones que conducen a la pretensión de moldear una nueva sociedad incluyente y tolerante.

Por esta razón, no esperemos que el *sujeto insumiso* abrigue la esperanza de todos, tampoco que se manifieste en una insumisión única y globalizada a unas reglas de juego del poder, sino que imaginamos, potencializando a este sujeto, una constelación de mediaciones (5) que (Pino P. y Arnau T. op.cit.) arriben a una convergencia de insumisos que abran paso a las esperanzas del pueblo.

Otra característica que llama la atención del *sujeto insumiso*, es que no maneja un modelo alternativo de sociedad, a diferencia de los movimientos armados de la década de los setenta y los partidos políticos tradicionales. Su aspiración y lucha se centra en una crítica certera y permanente contra la

injusticia, el deterioro ambiental, la destrucción del planeta, la libertad para educar, el apoyo a la ciencia, la regulatorio del mercado dentro de la sociedad, la autonomía de los pueblos indios, la inclusión de los marginados en los programas sociales y en la toma de decisiones colectivas a partir de la descentralización del poder.

El modelo alternativo de sociedad lo ha dejado para que cada sector, actor social y fuerza orgánica plantee sus necesidades, sus aspiraciones, sus posibilidades y capacidad de crear esa parte del modelo, sin imponer un esquema para todos, pero si una posibilidad para que todos lo construyamos.

Algunos insumisos se autodenominan marxistas renovadores, otros neomarxistas, hay quienes prefieren ser revolucionarios. No falta el que se califica de neosocialista; empero los hay también indios que reclaman su autenticidad y espacio para trabajar por sus comunidades, igualmente mujeres, ecologistas, campesinos sin tierra y buhoneros. En fin, son muchos actores los que conforman el mapa social para el análisis de las futuras convergencias en que puede estar involucrado el *sujeto insumiso*.

La construcción epistémica del *sujeto insumiso*, abarca a los movimientos indios de Bolivia, Colombia, Ecuador, Nicaragua, Guatemala y México; igualmente las asociaciones y grupos de intelectuales que investigan, denuncian y asesoran a gremios ciudadanos, defienden los derechos humanos, luchan por la reinstitucionalidad en las sociedades desmembradas, localizados en México, El Salvador, Panamá, Colombia, Perú, Brasil y Chile; a grupos vecinales que se organizan para luchar por la defensa de su territorialidad; a convergencia democrática que han fundado la Unión Cívica Radical y el Frente del País Solidario (Frepasso) en la Argentina, el Frente Amplio en Uruguay; el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua; al Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador, al Partido de la Revolución Democrática en México; Causa **R** en Venezuela; Movimiento Campesino Sin Tierra en Brasil; el Movimiento Papá Egoró en Panamá; los Comités Cívicos en Bolivia; la URNG en Guatemala (6), grupos cívicos que vigilan los procesos electorales y educan a la ciudadanía con nuevos valores que ensanchan la cultura política de nuestros pueblos, mujeres, ecologistas y

sector informal de la economía del mercado, incluso son parte de los insumisos.

¿Qué buscan los Insumisos?

Los insumisos provienen de un origen de mayoría indefinida que remite a dispersos sujetos y pueblos, diferentes entre sí por lo que a derechos y demandas se refiere, pero apto para sumarse a otros, sin cortes ortodoxos o exclusivistas, ni subordinando demandas en función de favoritismo grupal. Quiere decir, que ven imprescindible la construcción de un puente que una las ínsulas insumisas para la reconstrucción democrática, y una vez arribada a ella, derrumbar el puente y remplazarlo por canales efectivos de comunicación entre los sectores que integran el mosaico de la nación.

Con la activación del diálogo y el estímulo al consenso, se recupera el contenido de todos y cada uno de los grupos sociales que integran una región o un país, igualmente, se abre la ventana matricial de la democracia y mueve las puertas de la política para que a través de ella tengan acceso los debates sobre el nuevo Estado, las autonomías, los reclamos de género y la distribución de los espacios políticos.

Así se fisura la política y se revierte la tendencia homologadora que la ciudadanización pretende imponer a los indios, mujeres y minorías étnicas, ya que muchos derechos individuales se pierden en esta densa nube de la ciudadanía política. Lucha por reconocer aspectos particulares de cada sector y que se legisle sobre ello, a fin de que un indio no pierda la autónoma determinación individual, la capacidad de optar libremente entre la pertenencia voluntaria a una comunidad o etnia, de elegir sus autoridades tradicionales, defender su cultura y tradiciones. Que las mujeres luchen por alterar el rol productivo y reproductivo asignado desde hace años, sin que estas reivindicaciones individuales dañen los derechos colectivos, complementos y pilares coadyuvantes de los valores individuales.

Buscan sentar las bases de un nuevo pacto social articulador y respetuoso, que al ser puesto en práctica inmediatamente se legitime e institucionalice al verse

representados todos los colores y tamaños de las ciudadanía nacionales. Pacto que se erige sobre la urgencia de reconsiderar a la política como eje central para organizar y regular la sociedad futura.

El pacto social, por su carácter interdefinitorio, involucra en el proceso de renovación a la democracia formal, obligando a que se de un cambio en las "reglas del juego" vigentes y por qué no en el "juego" mismo, hasta organizarse un "nuevo juego" y "nuevas reglas de juego" para que los actores hacedores de las políticas puedan escenificar el próximo evento.

Indudablemente que el "nuevo pacto" va a definir el nuevo espectro social de la nación; las normas colectivas que armonizarán, hasta lo admisible, los conflictos (porque éstos no se extingue, sino que se le ofrecen mejores condiciones para dirimir intereses y espacios), se asignarán nuevas formas de competencia y sanciones, y quienes vulneren el cuerpo normativo serán sancionados.

Esta nueva organicidad institucional va a definir el nuevo Estado, la nueva nación y por consiguiente la reconceptualización de la soberanía y autodeterminación de cada país latinoamericano.

De esta manera tiene presente eliminar la forma de representatividad exclusiva, eclipsando la partidocracia, el sindicalismo obligatorio y la opción única. Busca abrir el abanico de opciones de acuerdo en los sectores que se encuentran representados en el "nuevo pacto", dando pie a que nazcan y crezcan nuevas mediaciones susceptibles de defender y representar a segmentos que la crearon, sin ir más allá de lo que verdaderamente pueden hacer por sus representados.

Optar por la multiplicidad de mediaciones abre la posibilidad de constituir horizontalidad en la soberanía social, donde, bajo el manto de una normatividad consensuada y supervisada por el *nuevo Estado*, puedan seleccionar candidatos, elegir, ser elegidos, consumir lo que deseen, hablar, criticar, buscar formas de asociación y de representación en función de sus intereses y necesidades.

Guardan la esperanza de que el conjunto de mediaciones puedan actuar individual y colectivamente, de acuerdo con la oportunidad y carácter del evento, cabiendo la posibilidad de encontrar puntos convergentes y, ahuyentando la posibilidad de una imposición por parte de un sujeto social. Del mismo modo, buscan la articulación de demandas e intereses colectivos que vayan definiendo la convergencia como una construcción colectiva y no una opción para los demás creada desde arriba.

Por esta razón creemos que el sujeto insumiso es el que más y mejor se acerca a la posibilidad de armar una convergencia, por su estructuración, fruto de la asociación de inconformes conscientes, que lo convierten por naturaleza en agente magnetizador.

Teniendo presente el fundamento de su naturaleza, nos es más fácil entender su lógica comportamental colectiva, la cual va zanjando el cauce de la convergencia para entrelazar las constelaciones insumisas que aparezcan en el escenario político para reconstruir la política y democracia de los pueblos de América Latina.

NOTAS

(1) La decisión de unir dos conceptos aparentemente distintos y contradictorios, surgió de las sugerencias hechas por Edgar Morin en su reciente visita a la Cd. de México (26 y 27 de mayo de 1997); así también de las lecturas de James N. Rosenau: " ^Fragmegrative^ Challenges to National Security" en Terry I. Heyns (ed): Understanding U.S. Strategy: A Reader, National Defense University, Washington, D.C., 1983,pp.65-82. Y Giddens, quien considera a la universalización como un proceso no unitario, sino una compleja serie de cambios con resultados mixtos y, a menudo, contradictorios... Las influencias universalizadoras fragmentan además de unificar, crean nuevas formas de estratificación y, a menudo provocan consecuencias opuestas en regiones o localidades distintas."Más allá de la izquierda y la derecha", editorial Cátedra, España, 1994.pp.87-88.

2/ La mediaciones modulares son formas organizacionales que se articulan con los partidos políticos cuando se trata de un evento global o trascendental (macro), sin perder su perspectiva, ni perfil netamente ciudadano, por ejemplo los grupos cívicos o agrupamientos constituidos por activistas que actúan a la ribera del partido, o grupos de lucha cívicos que se denominan ciudadanía popular o ciudadanizando la acción política

3/ *El outsourcing*: en el lenguaje empresarial se entiende como fuente externa de almacenamiento, de logística, de distribución y aprovisionamiento; en la política como fuente ciudadana para alimentar, con candidatos, a los partidos políticos en eventos electorales; algunos otros especialistas le llaman *outsiders*.

4/ Hacemos referencia a los editorialistas y columnistas del periódico Reforma de la Cd. de México, quienes han analizado, entre julio y octubre de 1997 el proceso electoral en México.

5/ La constelación de mediaciones se plantea en la circunstancia que enfrentamos hoy día, donde se observa claramente una tendencia recuperadora contra la despolitización que vivieron casi todas las sociedades latinoamericanas; sin embargo, la única forma de incidir en el Poder, en todas sus dimensiones, es a través de mediaciones orgánicas que aglutinen, si no a todos los ciudadanos, sí a grupos sociales que, sumados, nos brinden la oportunidad de ver a toda la sociedad representada, capaz de ponerse de acuerdo para un solo fin, respetando la autonomía de cada mediación orgánica, respecto a su relación intragrupal, sin menoscabo del convenio y el reto asumido colectivamente.

6/ La referencia se apoya en los trabajos de investigación sobre grupos vecinales insumisas que realizaron: María Luisa Ramos Rollon, en Venezuela, "De las protestas a las propuestas"; también Tomás Villasante (Coordinador) de "Las Ciudades que hablan", trabajo en seis metrópolis latinoamericanas; además, la labor investigativa que realizan Orlando Fals Borda, Eduardo Pizarro Leongómez en Colombia; Julio Cotler en Perú; Pablo González Casanova, Sergio Aguayo, Jorge Alonso, Jorge Cadena y Héctor Díaz Polanco en México; Xabier Gorostiaga y Orlando Nuñez en Nicaragua; Marco Gandásegüi en Panamá; los

movimientos indios en México, CRIC en Colombia, Mapuches en Chile, Kataristas en Bolivia y minorías negras en el pacífico colombiano.

CITAS

BOBBIO NORBERTO (1995) *DERECHA E IZQUIERDA: Razones y significados de una distinción política*; Ed. Taurus España.

CAMOU ANTONIO (1997) *GOBERNABILIDAD Y DEMOCRACIA EN UNA TRANSICIÓN INCIERTA*, en México en el desfiladero: los años de Salinas; Ed. Flacso/ Juan Pablo Editor, México.pp.37-58.

CAVAROZZI MARCELO (1997) (Coord) *MÉXICO EN EL DESFILADERO: LOS AÑOS DE SALINAS*; Ed. Flacso/Juan Pablo Editor, México.

DABAS ELINA Y NAJMANOVICH DENISE (1995) (Comp.) *REDES: EL LENGUAJE DE LOS VÍNCULOS: hacia la reconstrucción y el fortalecimiento de la sociedad civil*; Ed. Paidós, Argentina.

GIDDENS ANTHONY (1994) *_MÁS ALLÁ DE LA IZQUIERDA Y LA DERECHA_*; Ed. Cátedra, España.

HEILBRONER ROBERT (1996). *VISIONES DEL FUTURO*; Ed, Paidós, España.

IBÁÑEZ IZQUIERDO ALFONSO (1995) *"MODERNIDAD Y POSMODERNIDAD EN LA POLÍTICA"*, en Posmodernidad en el mundo contemporáneo; Ed. Iteso, México. pp.83-96.

LUCKMANN THOMAS (1996) *TEORÍA DE LA ACCIÓN*. Ed. Paidós, España.

MORIN ADGAR (1995) *SOCIOLOGÍA*, Ed. Tecnos, España.

MOYERS BILL. (Comp.) (1996) *FIN DE SIGLO*; Ed. McGrawHill, México.

PINO P. CARMEN Y ARNAU T. ALFONSO (1995) *_VIVIR: UN JUEGO DE INSUMISIÓN. Hacia una cultura intersubjetiva de la igualdad*; Ed. Siglo XXI, España.

ROSENAU JAMES (1997) "*DEMASIADAS COSAS A LA VEZ. La teoría de la complejidad y los asuntos mundiales*", en Revista Nueva Sociedad, No 148, marzo-abril. Pp70-83.

ROSNAY DE JOEL (1995). *EL HOMBRE SIMBIÓTICO*; Ed. Cátedra, España.

SALAZAR P. ROBINSON (1997) "*DESGAJADOS E INSUMISOS: dos actores en la política latinoamericana*", en Revista Espiral, No 8 (enero - abril. Pp.47-71.

SALAZAR P. ROBINSON Y PRECIADO JAIME (1997) "*LOS ACTORES, EL CONFLICTO Y LA POLÍTICA EN MÉXICO*"; en Revista Memoria, No 98 (abril de Pp.37-40)

SALAZAR P. ROBINSON (1997) "*CONVERGENCIAS DEMOCRÁTICAS Y GOBERNABILIDAD*", en Revista Coppal, Segunda época (enero-junio). Pp17-26.

SALAZAR P. ROBINSON (1996) *LAS CONVERGENCIAS DEMOCRÁTICAS EN AMERICA LATINA FINALES DE SIGLO*; tesis de maestría, Universidad de Guadalajara, CUCSH.

SOMJEE, A.H. (1985) "*CAPACIDAD POLÍTICA EN SOCIEDADES EN DESARROLLO*", en "La democracia en los países en desarrollo, William A. Douglas (comp.), Ed, Libro libre, Costa Rica, C.A. pp.203-221.

WAGAR WARREN (1991) *BREVE HISTORIA DEL FUTURO*; Ed. Cátedra, España.

CAPÍTULO/4

LOS NUEVOS DESAFÍOS DE LAS FUERZAS EX INSURGENTES EN EL ENTORNO LATINOAMERICANO 2000

La cosmopolitización generada por la globalización ha provocado arreglos y desarreglos en muchos rincones y espacios de la vida social, alterando situaciones y removiendo escombros en ámbitos casi olvidados por los científicos sociales, destacando el despertar reivindicativo de lo local o regional como un buen principio de gestión pública; también ha dado lugar a la resurrección de identidades grupales sobre demandas étnicas, barriales, de género y religiosas, mismas que han desatado conflictos que se derivan de agresiones entre miembros de comunidades (sexuales, religiosas, étnicas, nacionales y sociales), sólo por su pertenencia, real o supuesta a una comunidad, revelando una crisis profunda de las identidades y el ocaso de un estado monolítico. (1)

Otro aspecto que no se puede soslayar es la angustia social que se vive, debido al ramillete de paradojas que afloran de la mundialización, donde, por un lado, aparece la abundancia, el desarrollo tecnológico, la comunicación expedita con todo el mundo de manera horizontal, vertical y transversal; el comercio ágil y voluminoso entre todos los mercados y la cooperación internacional entre gobiernos.

En contrasentido, se asoma una sociedad con franjas muy representativas de individuos desencantados por la unilateralidad del patrón de desarrollo globalizador, cuyo camino lo va llenando de espectadores que ven lejos la posibilidad de alcanzar una equidad social y perdiendo la fe en una sociedad que en vez de protegerlos y reconocerles un lugar como ser social, lo margina, lo excluye y lo aproxima al abismo de la melancolía, donde no importa el presente ni el futuro; tampoco luchar tiene un significado en su vida, de ahí que escojan una vida insular como la mejor opción que los aparta del tornado modernizador.

Ante un cuadro próximo al caos, con aristas propias para un análisis lacaniano por el horizonte vacío, la clausura de las ventanas que reciben el sol del futuro, la proliferación de métodos de evasión, la disolución de identidades, la depreciación de la persona como agente social y las frustraciones por no colocarse dentro del escenario social, resurgen actores que asimilan el cambio, pero de manera propositiva, alentados por encontrar el resquicio donde se pueda reconciliar las particularidades socioculturales de las localidades, regiones y países con la vocación universalista de la globalización, en base en una construcción social de inteligencia que permita dar respuesta societal y enrolarse de manera dinámica a la producción y difusión del conocimiento global que requieren los procesos productivos en todos los niveles de la economía. **(Calderón, Hopenhayne y Ottone, 1996)**

Un escenario abigarrado de elementos nuevos, propositivos y desafiantes, combinados con voluntades encriptada en el sótano de la melancolía, la fobia y la violencia, arroja un saldo positivo, en la medida que evaluamos, desde un territorio optimista, que una conciencia activa es superior a diez actuaciones encorsetadas. En una correlación de diez a uno, invita a reconocer la existencia de una fuerza reveladora de cambios importantes en la vida política, social y cultural de América Latina; no obstante, se tiene que justipreciar los modelos organizacionales existentes, para explorar si son los adecuados para albergar al conjunto de actores que tratan de navegar en la corriente del cambio.

Sin ningún ánimo descalificadorio, pero sí exigente para que cumplan con los propósitos que los nuevos actores sociales buscan, es indispensable conocer el perfil, sentido y desenvolvimiento que vienen teniendo las organizaciones, sobre todo las de carácter social y político, a finales del segundo milenio, con objeto de acoplar, teóricamente, las orientaciones de los agentes sociales dentro de un modelo organizacional flexible, incluyente y multidimensional, capaz de acoger a diferentes actores que luchan por reposicionarse en el nuevo escenario.

4.1 Desafío uno: ***La relación Sujeto- Organización***

El entorno en que se desenvuelve el sujeto, no es creado por éste, sino que le preexiste, está predado, por tanto, la actuación del sujeto es similar a la de un

intruso que asiste a una circunstancia, pero su presencia en el entorno no es pasiva, sino que al tener presencia y ocupar un lugar en el entorno, comienza a estructurar una red de relaciones e intercambios con otros sujetos, a fin de mantenerse vivo y le permitan subsistir y existir; esto es, construir y mantener su propia identidad, y transformar, moldear el entorno de acuerdo a sus necesidades, anhelos y emociones.

Se presenta así una bidireccionalidad que el sujeto estructura en el entorno y se enmarca en dos terrenos amplios, *el entorno próximo*, que es el que me pertenece, el relacional, donde se dan y presentan los intercambios, las actividades interactivas que le permiten saber quien es, con quien se relaciona, la afectación de esas relaciones en su conciencia, en su yo; en resumen, es el centro subjetivo del propio sujeto.

El otro terreno, es el *entorno remoto o lejano*, cuya característica es la circunstancia que envuelve, preexiste antes que el sujeto, que le afecta sin que él, en una primera instancia, sé de cuenta, pero también es afectada por la actuación del sujeto.

Como se puede observar, la actuación del sujeto en el entorno es sumamente compleja, no perceptible de manera empírica, de ahí que el criterio diferenciador que usamos sea absolutamente subjetivo.

Visto de esta manera, el entorno se nos presenta como un conjunto complejo donde el sujeto puede hacerse de algunos elementos para subsistir, cubrir sus necesidades básicas, crecer, reproducirse y actuar de manera relacional con otros sujetos que preexistían con el entorno y con los que van allegando; no obstante, el sujeto tiene la posibilidad de integrarse, de acoplarse y realizar acciones pertinentes, de acuerdo a sus aspiraciones y tendencias, que fisura el entorno y hasta moldean algunas franjas para someterlas a su ambición y exigencias.

La capacidad de elección y decisión sobre el entorno, o en algunas zonas de él, son un asomo del ejercicio del poder que potencialmente puede ejercitar el sujeto, aunque vale la pena señalar, que el entorno no actúa pasivamente, muchas veces se resiste o cierra las puertas al sujeto al intentar supeditarlos,

aunque finalmente el sujeto se imponga, principalmente en lo que atañe a los aspectos que requiere para su subsistencia. Para garantizar el éxito de su acción, el sujeto echa mano a sus recursos para seleccionar el área de necesidades y los nichos donde se encuentran los satisfactores, previendo el riesgo de la presencia de la competencia de otros sujetos; la valoración más exacta que pueda hacer de la circunstancia en que se desenvuelve y las formas de comportamiento que debe asumir, son las claves de acceso para manejar hábilmente el poder, de lo contrario, fracasaría, y el entorno se impondría sobre él.

La relación entre sujeto y entorno es dialéctica, recíproca y complementaria a la vez; se requieren los dos, forman una unidad de contrarios, en la medida que el sujeto satisface sus necesidades del seno del entorno: sin embargo, éste se realimenta de las acciones que el sujeto produce y lleva a cabo; el entorno se resiste a la subordinación, pero permite, en el ejercicio del poder, que el sujeto crezca; además, las acciones que fisura el cuerpo del entorno no lo lesionan, ni lo limitan, antes por el contrario, las requiere para aumentar su complejidad, rearmar la red de articulaciones y ofrecer un abanico de opciones múltiples al (los) sujeto(s).

Como se puede observar, el poder que se deriva de la relación sujeto entorno, debe buscarse en lo más íntimo del sujeto, en su naturaleza viva y en la necesidad de prolongar su existencia, de sobrevivir y vivir, sin exterminar la fuente de energía. Entonces se asoma a la ventana del análisis, una nueva forma de interpretar el poder, donde el sometimiento de un *inferior* bajo las ordenes de un *superior* no cabe, por llevar en sus entrañas el peso de la concepción teocrática del poder dividido y superior. Tampoco el poder que se teoriza tras los telones de la dominación weberiana, donde una de las partes acepta que el otro puede y debe regular la relación, controlar el proceso relacional, sin permitir que el subordinado adopte o asuma en algún momento de la relación un control del poder.

El sujeto que ejerce el poder en el contexto del entorno, en el análisis que pretendemos exponer, no lo construye sometiendo, destruyendo, eliminando o desapareciendo al otro; sobre todo busca asociarlo a una relación duradera que le garantice obtener del entorno los elementos que él requiere para seguir

viviendo y desarrollándose. Si atenta contra el entorno de una manera irracional, lo más seguro es que desaparezca tanto él como su entorno; en cambio, si obtiene del entorno los insumos para vivir y crecer, está viviendo una relación recíproca, creciente e indispensable para los dos, dado que ambos se necesitan, se retroalimentan y crecen en la medida de sus actuaciones.

Ahora bien, el sujeto no puede establecer la relación con el entorno de manera individual, pues así estaría en desventaja y la incertidumbre lo envolvería hasta asfixiarlo. Sociológicamente, el sujeto para ejercer el poder, precisa de la cooperación, cuya esencia es asociar dos o más agentes que comprometen sus objetivos y accionar en el logro de una meta común, sin el menor asomo de mezquindad. La asociación de intereses es la premisa básica para montar una organización que coadyuve a la voluntad de los sujetos por reducir la incertidumbre, que no es más que un ejercicio del poder.

Exploremos de manera más amplia esta relación de la cooperación-organización-incertidumbre-poder.

El hombre, por naturaleza, es un ser asociativo, que busca tejer permanentemente una urdimbre que le posibilite establecer una acción relacional, misma que lo va a conducir a edificar una sociabilidad con su entorno y por ende con otros sujetos.

La sociabilidad es un escenario amplio donde el sujeto crece, construye su identidad, reconoce la de otros y convive con todas ellas. La conciencia que se va desarrollando en este devenir, no es una conciencia vacía, sino llena de contenido, cuyo eje rector son los objetivos y metas que él se fija en su dinámica de crecimiento; de ahí que la intencionalidad de sus actos, la memoria que guarda, los logros obtenidos y la secuencia interrelacionada de los actos (Vivencias) le van dotando de sentido su accionar y su papel en la sociedad.

De manera aislada, el sujeto prácticamente se ve imposibilitado de adecuar el entorno a sus necesidades, pues sus fuerzas, capacidades, destrezas y habilidades no pueden detener la fuerza de una circunstancia que algunas veces se presenta con signos contrarios a las pretensiones del sujeto, de ahí surge la necesidad del sujeto por asociarse, de buscar formas y medios de cooperación

con otro sujetos para eliminar o bajar la intensidad de la luz que irradia un panorama incierto.

La cooperación, en el estricto sentido que maneja Robert Axelrod (2) requiere de interacciones estables, secuenciales, colaboracionistas, solidarias y escalonadas, a fin de suplir necesidades, acoplar entornos y atenuar contingencias.

¿Por qué se abraza casi siempre el concepto incertidumbre cuando se habla de organización y cooperación?

La respuesta que tenemos es, que todo sujeto que se articula con otro para asociarse, interactuar, cooperar y llevar a cabo una serie de actos secuenciales, se inscribe en una realidad, que no es más que un complejo de lo probable y lo incierto, pero donde lo incierto (al hacerse presente) transforma y reorienta lo probable: la regularidad se enfrenta al azar, el conocimiento a la incertidumbre, la estructura al evento, el orden a la libertad; negarlo significaría optar por ideas preconcebidas que proporcionan seguridad y permiten largos discursos anclados en la imaginación propia de quienes se resisten a enfrentar la realidad. (***Ibarra Colado E., 1990***)

En el campo de esta concepción teórica novedosa se inscribe el análisis y eje conectivo del sujeto-organización-incertidumbre y poder.

El poder, no se deja ver cuando la asociación del sujeto es analizada bajo el manto de la tradición teórica convencional, cuyos ejes analíticos conllevan a proponer acciones y políticas para el futuro, derivadas de un presente artificial y programado a la usanza tecnocrática, escondiendo la intención de poder y control que buscan para darse certidumbre a sí mismos.

Sin embargo, a la luz de una teoría crítica y apoyados en las lecciones de Edgar Morin (3), podemos asumir que la organización es una unidad social deliberadamente constituida para alcanzar fines específicos compartidos por sus integrantes. Se auto-organizan para enfrentar la compleja imbricación que existe entre hombres y estructuras, entre voluntad de actuar y restricciones a la actuación, y que el poder es la esencia incuestionable de toda organización.

Ahora bien, entendida así, la organización es un espacio estructurado donde se llevan a cabo relaciones de poder entre los actores que se controlan y en la estrategia que elaboran para enfrentar el entorno. La estrategia se compone de signos codificados que representan la realidad percibida, los medios y los instrumentos requeridos para su transformación y el futuro deseado. (*Ibarra Colado, op.cit.*) Decodificar el grupo de signos y representaciones que se asoman en la estrategia, nos pone en una situación ventajosa para develar el poder oculto o la intención del poder.

Por lo anterior, el reto de los nuevos sujetos políticos en estructuración (fuerza ex insurgentes) es saber otorgarle el lugar al poder dentro de la organización, dentro del nuevo partido, dentro de la sociedad, porque el elemento articulador que posee el poder, indispensable para navegar en las relaciones sociales es innegable, más en una sociedad altamente competitiva en lo político y la política.

4.2 Desafío dos: *La inserción de los cuerpos políticos en el entorno de hoy*

Muchas páginas se han escrito sobre la crisis de los partidos políticos como instancias de representación e intermediación, (4) también sobre la eficacia y eficiencia bastante discutible de estas organizaciones en el desarrollo de la democracia; no obstante, no pretendemos rehacer lo ya investigado por otros, tampoco repetir lo que en su tiempo escribimos recientemente (5); la intención va más allá, o sea, pararnos sobre los hombros de las investigaciones ya realizadas y proyectar la vista hacia el futuro, con objeto de poder construir una circunstancia de lo posible, que en este caso sería, cómo se insertarían los partidos políticos en el nuevo entorno.

El reto mayor que se erige sobre el camino por donde circulan los cuerpos políticos en América es la apertura macrosocial que viven los pueblos del subcontinente, los cuales se han visto involucrados, consciente e inconscientemente, por la fuerza de la globalización y la mundialización que signa a este mundo contemporáneo.

El involucramiento los coloca en una situación en que las fuerzas internacionales del mercado agregan una pieza más a su articulación mundial de regiones económicas, intercambio comercial, comunicación virtual y organismos internacionales, que hacen de América Latina una región vulnerable ante los vientos de crisis que azotan una región del mundo, o ventajosa, si los capitales financieros desean invertir en ella; de todas manera, esta porción de América se inserta en el mundo, pero su inscripción no es gratuita, sino que tiene un costo real, cuyas expresiones materiales son la cadena de desestructuración y estructuración que se están dando en los ámbitos económicos, laborales, sindicales, grupales y gremiales.

La desestructuración es el desmontaje de un andamiaje de actos secuenciales, de tradiciones y costumbres, de identidades que se encontraban aferradas, por otras que van traslapándose, mutando a una multidimensionalidad donde todos los hombres participan al mismo tiempo de muy diversas identidades la vez, provocando que las identidades rebasen las fronteras locales y regionales, hasta repositonarse en espacios más amplios como los escenarios nacionales y hasta veces mundiales.

La desestructuración de todo el conjunto social no conlleva al caos, debido a que consubstancialmente se ve acompañada por una nueva reestructuración, cuyos ejes en construcción apuntan, en este caso, hacia nuevas formas organizacionales más acorde con los tiempos de globalidad y mundialización que vivimos; organizaciones que vayan abandonando su naturaleza jerárquica, rígida y ortodoxa, fundamentada en principios doctrinarios, para que den paso a una pluralidad de actores e ideas, de demandas y oficios que la hagan tolerante hacia adentro y abarcativa hacia afuera.

Ahora bien, si tenemos en cuenta que los cuerpos políticos (partidos) surgen para cumplir una función de representación social cuando las sociedades han crecido en demasía y la operatividad política de la consulta y la toma de decisión colectiva se dificulta, es obvio reconocer que su aparición se da en un orden posterior a la sociedad; surgen como una respuesta a una demanda ciudadana para operar el quehacer político y delimitar de mejor manera los ámbitos en la sociedad; entonces es obvio que su existencia esté en función de

lo que pide y requiere la sociedad, que es distinto a lo que vienen haciendo en la actualidad, donde la sociedad se convierte en abrevadero de los cuerpos políticos estructurados, sin que se le tenga en cuenta para la selección de sus candidatos, programas de gobierno y muchos menos para la toma de decisión en la política pública.

Lo que olvidan muchas veces las organizaciones partidarias es que si la sociedad deposita su confianza en los cuerpos políticos para que la representen, gestionen sus demandas, trasladen su voz a los recintos de gobierno y defiendan los intereses de sus representados, los partidos políticos van adquiriendo una credibilidad que lo afianza como cuerpos de representación social legítimamente constituidos y reconocidos por la sociedad.

Pero si la sociedad va abandonando poco a poco la credibilidad, va llenando las ánforas de la desesperanza con apatía, desinterés político, abstencionismo y desafiliación partidaria, entonces nos estamos asomando a una crisis institucional de los partidos políticos, dado que no han podido readecuarse con los nuevos momentos y tiempos que la sociedad muestra en su avance y desarrollo.

Por ello, podemos afirmar que los cuerpos políticos que existen hoy día, no han asimilado aún la apertura macrosocial, tampoco se han resituado en una realidad que dejó de ser exclusivamente nacional y se constituyó en parte de un megasistema que recibe y da insumos de todo orden al mundo.

Tampoco se han puesto a reflexionar sobre el futuro, en el corto y mediano plazo, más bien actúan bajo el paraguas del presente, la impronta, la inmediatez, dejando de lado las preocupaciones que trae consigo la política, cuya esencia es adelantarse al presente para poder ofrecer directrices mejores a la sociedad. Sin embargo, mientras los partidos le dedican, la mayor parte de su tiempo, a las discusiones sobre la reforma electoral, la imparcialidad de los órganos dictaminadores, la repartición equitativa de los fondos financieros y en impugnaciones entre ellos; la sociedad viaja por otros senderos.

No se han dado cuenta, y si tienen conocimiento de ello no lo socializan, que el escenario que se está construyendo para el año 2000, presenta franjas inéditas

en amplios sectores de la sociedad; también amplias zonas degradadas económica, social y culturalmente que se desencantan de los partidos políticos, pero hay otras que van revelando el futuro, aproximándose a él a través de las percepciones que van teniendo de las últimas tendencias, extrapolándolas de un rincón social a otro, mezcladas con la esperanza, las acciones colectivas que construyen día tras día, con el ejercicio articulacional de sus demandas con otros actores, gestionando antes diversas instancias los satisfactores requeridos para sobrevivir y organizarse mejor, traslapando intereses, otras veces identidades, con el objetivo común de edificar una democracia ampliada como la denominaba Bobbio, (**Bobbio, 1977**) que les de acceso a reinventar la realidad.

Lo real es que la ciudadanía no encuentra una tiene con los partidos políticos, quizá una de las razones es porque los cuerpos políticos estructurados se han organizado en los últimos 15 años para buscar o empujar la transición, abandonando su función de representación social, lo que ha provocado que se levante un muro infranqueable entre las organizaciones partidistas y la sociedad civil.

Por esa razón, la sociedad civil, entendida como el conjunto de asociaciones, comunidades y grupos de todo tipo que se organizan y ejercen sus funciones con independencia del Estado, (**Villoro, L. 1997**) han decidido abrirse camino por sus medios, también han incrementado sus formas de conjuntarse y actuar colectivamente en ámbitos que los partidos políticos tienen abandonados desde hace más de diez años, como es el caso de las luchas de género, participación en los asuntos públicos y de gobierno, deterioro ecológico, seguridad pública, contra el abuso de los niños, igualdad y oportunidades para los discapacitados, respeto de convivencia a los homosexuales, entre otras más.

La actuación decidida de la sociedad civil ha ampliado el mapa actoral, tanto así que compiten en algunos espacios que antes eran exclusivos de los partidos políticos, de ahí que en la pluralidad que se dibuja sobre el entorno latinoamericano, sea semejante a un arcoiris, donde distintos colores, ideas, grupos y asociaciones, tejen acciones y construyen una nueva realidad, mucho más compleja que la concebida por los cuerpos políticos estructurados.

En este espectro complejo, pero esperanzador, los partidos políticos tienen un lugar, aunque hay que reconocer que no son los únicos, deberán aprender a convivir, respetar y agruparse con otras expresiones orgánicas de la sociedad civil; son indispensables en el mundo político, bajo una condición, que inicien desde ya una acción refundacional, cuyo vértice apunte a readecuar sus estructuras internas, a redefinir sus principios, a aprender a vivir en una megasfera política con otros actores, sin descalificación alguna, y mucho menos a resistirse a una acción conjunta sin que tengan que argumentar que los principios doctrinarios se lo impiden.

A los partidos políticos le hace falta que se modularicen, o sea, que formen muchas organizaciones de estudios y análisis con relativa independencia, sin que sean apartidistas o antipartidistas, pero que puedan crear un contexto para los propios partidos desde una perspectiva intelectual, racional, donde no todos deban ser candidatos o militantes, sino más bien una especie de cuerpo articulacional que acoge iniciativas, apoya y suma acciones que lleven un sentido social, de recuperación para los desposeídos y de gobernabilidad en las instituciones.

Si los partidos políticos asumieran una posición clara, con respecto a que lo más importante es articular, agregar intereses y preocupaciones en un nivel político municipal, estatal, regional y nacional; que son parte de un todo y no un todo; que los adversarios legítimos se combaten en la arena política y no en la descalificación, porque tarde o temprano tendrán que negociar, conciliar, llegar a acuerdos o consensual asuntos públicos; que el diálogo abierto, sin cortapisas, de frente a la sociedad no es un escándalo, sino un proceso de aprendizaje entre ellos que elevará la cultura política, (**Salazar L., 1997**) entonces estaríamos ante un reposicionamiento de los partidos ante la nueva sociedad 2000.

Es en este arcoiris social donde vemos la necesidad de que los partidos políticos se reestructuren, que reconozcan la existencia de una sociedad plural que desea ser representada, pero los atavismos doctrinarios impiden que la ciudadanía acuda a ellos, porque con lo primero que tropiezan es un decálogo doctrinal que los obliga a aceptar condiciones ideológicas que no comparten, de lo contrario,

la dirigencia partidista se reservan el derecho de admisión para aceptar un nuevo elemento en sus filas. Es una atmósfera encriptada, donde no se acepta al desigual, sino al igual, al que se somete, al que no reclama, al que obedece y cumple ordenes de la dirigencia. Son partidos que pretenden que los individuos renuncien a sus derechos, a sus valores y se apropien de los que el partido le ofrece en sus libretos programáticos, con el objeto de que lo socialicen, lo transporten a su vida pública y privada, reproduzcan la ideología del partido, pero el militante, el agregado, queda sin ningún derecho, aplazando o supeditando su demanda a las prioridades del partido.

Por lo anterior, hasta ahora, los partidos políticos no se han podido insertar en el nuevo entorno, tienen dificultades muy complejas que no han agendado, aunque aspiran a gobernar en las elecciones 1999-2000 en casi todos los países de América Latina, pero no sabemos cómo pretenden convencer a la sociedad de que son la mejor opción; quizá recurran a la formula convergente que les ha dado resultados en los últimos procesos electorales, pero se olvidan que éstas fueron propicias por la depreciación de la política y los desgajamientos sociales, (**Salazar R. 1996**), lo que les permitió que abrevaran en muchos movimientos cívicos y organismos no gubernamentales para ofertar un frente democrático; no obstante, las fricciones que se dieron, unos meses después de las elecciones, entre las elites de los partidos y los dirigentes populares, sentaron un precedente para las próximas coaliciones, donde los partidos tendrán que ser más flexibles, ceder candidaturas a dirigentes populares y barriales, aceptar una cuota de representación a las mujeres, incorporar demandas de actores marginados como homosexuales y discapacitados, guardar las exigencias doctrinarias y armar un programa incluyente con todos lo actores que se incorporen y de otros potencialmente a sumarse en el futuro. Si olvidan esta lección, tropezaran nuevamente con la misma piedra: la ortodoxia intolerante.

4.3/ Desafío tres: **el pluralismo construido desde abajo**

Parándonos en el punto convergente de las dos avenidas teóricas construidas por Edgar Morin y la dupla Berger y Luckmann, podemos situarnos mejor ante los asomos de pluralidad de la sociedad contemporánea, y explicar cómo se da y de que manera se manifiesta.

La sociedad latinoamericana es multinuclear, o sea, que no tiene cuerpo ni rostro de homogeneidad, dado que en ella se dan cita múltiples grupos e individuos, que viven sus vidas de diferentes maneras, con distintas visiones del entorno inmediato y del mundo, con diversos cuerpos axiológicos, con pertenencia diferenciada y organizadas de acuerdo a sus convicciones e intereses. Todo esto indica que estamos ante un espectro social hipercomplejo, que corresponde al debilitamiento o desaparición de los principios rígidos de jerarquización, de homogeneidad y estandarización que pretendían en el pasado encapsular a la sociedad en un solo signo.

El advenimiento de la secularización en los ámbitos religioso, político, ideológico y cultural, ha facilitado la emergencia de personas modernas, que creen que se puede conducir su vida y demás aspiraciones individuales y sociales, prescindiendo de lo absoluto y remplazándolo con la creatividad, la inventiva, lo posible y lo alcanzable, cuyos resultados son el policentrismo o multinuclearismo en la organización, en la creación de valores y en la toma de decisiones.

Anota Morin (**Morin.E. 1995**) que estas sociedades hipercomplejas son producto del relajamiento de las jerarquías, de la descentralización de las decisiones y de la desmultiplicación de los valores autoritarios, dando paso a una multiplicidad de roles, acciones y de intereses, que si bien no son soluciones para los grandes problemas que enfrenta la sociedad, son un mar que invita a zambullirse en él, para que los sujetos multinucleares, busquen información, aprendan a convivir con otros distintos y a la vez ejercitarse en un plano nuevo donde tienen que aprender, desarrollarse y evolucionar. No tiene miedo al caos, ni le asusta la catástrofe, sino que busca en lo inverosímil, en lo desconocido, formulas para construir una circunstancia de lo posible. Esa es la característica de la sociedad contemporánea.

En esa misma orientación se encuentran las aportaciones de la dupla científica, quienes marcan cuatro puntos que sirven de fuente a la pluralidad social, como son **a/** el agotamiento de los sistemas de valores y las reservas de sentido como patrimonio común de todos los miembros de la sociedad, **b/** el individuo

crece en un mundo en el que no existen valores comunes que determine la acción en las distintas esferas de la vida, **c/** aunque el individuo crece en una comunidad de vida que lo incorpora en un sistema de sentido supraordinal, no cabe suponer que éste sea el sistema de sentido de sus contemporáneos y **d/** los valores que porta el individuo moderno le ayudan a comportarse frente a otras personas y otros grupos que tienen distintas visiones de la vida. (**Berger P. Luckmann T. 1997**)

Cómo podemos observar, la sociedad ha tomado una fuerza multinuclear que la relaja, la expande, la multiplica en complejidad, en acciones colectivas, en representaciones culturales, en imaginarios colectivos y en infinitudes de intereses que deben de situarse en un plano racional de convivencia y tolerancia; quien no conozca o reconozca esa realidad social, está asignado a vivir al margen de ella, si se resitúa dentro de ella, podrá no sólo comprender, sino actuar y establecer una articulación relacional que lo posibilite insertarse y ser parte de ella.

La fuerza multinuclear no deviene de una orden sobrenatural, tampoco de un trasvasamiento que se hace de la sociedad política a la sociedad civil. Ella resulta de dos vertientes, por un lado, la modernidad, que rompe los diques de lo absoluto, lo homogéneo, los principios cartesianos y la visión unilateral del mundo; (*Jamenson.F, Berger P. Luckmann t. Vattimo.G. Giddens.A.*) (6); y por otro, la crisis de sentido que emanan de las instituciones, cuando estas no funcionan y abandonan su rol de liberar a los individuos de la necesidad de reinventar el mundo y de reorientarse en él.

Si las instituciones están creadas para proporcionar programas para el manejo de la interacción social y proporcionan modelos probados a los que la gente puede recurrir para orientar su conducta y se desenvuelva en los muchos campos de la vida social, (**Berger y Luckmann, op.cit.**) es claro que deben evolucionar de acuerdo a las expectativas de los individuos; pero si se presenta un desfase entre estos dos bloques sociales, si cada uno aspira a cosas distintas y algunas veces chocan, por supuesto que no se encuentran actuando bajo una misma racionalidad de provecho social; entonces se produce una crisis institucional, por la sencilla razón de que no producen, ni transmiten sentido, por lo que la sociedad tendrá el reto de construir nuevas instituciones que la

acompañen en sus aspiraciones y le ofrezcan mejores orientaciones para convivir en la nueva realidad hipercompleja.

Ante el vacío institucional, los sujetos emergentes, (ong, nuevos movimientos sociales, movimientos de género, pro derechos humanos, vivienda digna, mutuarios, jubilados, étnicos entre otros) han buscado una manera eficaz de reinstaurar la convivencia y a la vez rehacer algunos espacios de la vida pública que le otorguen una capacidad para reinsertarse en la sociedad y adecuarse a los cambios globales, siendo uno de los principales la ampliación de los terrenos de la política, atreviéndose a tocar asuntos que eran anteriormente considerado personales o privados como esfera de movilización pública, sociales y legítimas, (**Howard Winant, 1989**) provocando con esto que el espacio público se ampliara, que recibiera a otros sujetos que no sólo eran los partidos políticos, sino también a cuerpos sociales estructurados y en proceso de estructuración que demandaban nuevo ejercicio político, mecanismos más democráticos en la toma de decisiones, nueva agenda de problemas y mecanismos novedosos para buscar solución.

Así se reconstituye la sociedad plural; asimismo los sujetos que la recrean adquieren nombre propio, autonomía accional, forjan su cuadro axiológico a partir de la percepción que tienen de su mundo de vida, de la sociedad y del futuro; se ganan un espacio que no es regalado, sino construido a través de sus demandas, movilizaciones, articulaciones, convergencias y redes sociales, que dan cuerpo a una nueva forma de interacción, socialización y convivencia tolerante; en fin, es un nuevo escenario con sujetos emergentes que se insertan como constructores y no como advenedizos que se trasladan de un lado a otro.

La pluralidad social no ha sido elaborada por los partidos políticos, tampoco es exclusividad de los sujetos emergentes, pero sin han contribuido significativamente éstos últimos en su diseño y orientación, de ahí que sea imprescindible que las organizaciones partidarias vean como *socios* a los otros sujetos, que aprendan a convivir, a establecer alianzas de carácter horizontal, sin supeditación alguna, porque están en igualdad de condiciones, pero una vez que los partidos resuelvan asumir su responsabilidad social, se aventuren a

refuncionar, a incorporar los nuevos valores de la democracia practicada por los sujetos emergentes o de *los de abajo*, entonces se encontraran resituado en la plataforma propicia para reinstitucionalizarse y así generar y difundir sentido a la sociedad multinuclear, de lo contrario, transitará por una carretera que lo conducirá a su desaparición.

4.4/ Desafío cuatro: **la irrupción comunitaria**

Mientras permaneció en escena la visión homogénea de Estado - nación, cuya manifestación más incoherente era (y en algunos casos es aún) la existencia de una unidad nacional, cobijada bajo el manto de la cultura nacional uniforme y de donde era casi imposible existir fuera de ese domo cultural impuesto desde arriba, sometiendo a todas las comunidades y microzonas a ese imperativo dominante y dependiente de las decisiones estatales, fue casi imposible, para las muchas minorías diseminadas por todos los estados nacionales, reivindicar, a través de acciones colectivas, sus valores, tradiciones, costumbres, derecho tradicional, formas asociativas, elección de autoridades, defensa de su autonomía y pleno ejercicio de sus libertades.

Enarbolar una agenda de demandas con estas características, era ponerse al frente de un movimiento antinacionalista, subversivo, desintegrador o separatista, por lo cual se tenía que atener a las consecuencias represivas del Estado y del ejercito nacional.

Fue largo el camino que tuvo que recorrerse para que las comunidades ocuparan un sitio preponderante en la vida nacional de cada país latinoamericano; no obstante, el tránsito no estuvo libre de obstáculos, puesto que las vicisitudes, los desencantos y los aplazamientos de acciones colectivas estuvieron ligados a los ritmos que marca el tiempo histórico y a la sincronización de cada actor y movimiento con el tiempo social, dado que en innumerables ocasiones, el tiempo histórico no cuadraba con el tiempo social, porque un fenómeno de larga duración como es la marginación o exclusión de las minorías, no estuvo acompañada por una organización y una acción pensada desde los inicios de fenómeno, lo que desequilibraba lo histórico con lo social.

Fue con la aparición de las irrupciones cortocircuitantes en forma de redes las que fueron dando forma y sentido a las acciones colectivas, arrojando mejores resultados que los obtenidos por las organizaciones tradicionales, tales como los partidos políticos regionales o nacionales, hasta posibilitar que el tiempo social estuviese más cercano a las actuaciones colectivas, permitiendo a los actores emergentes desplazarse en la red de complejidades hasta otear nuevos horizontes en la lucha y construir sus espacios políticos para ejercer el poder local.

Bajo esta concepción, las comunidades emergen como expresión de una nación escondida, vedada, que hasta hoy no le habían permitido revelarse como entidad unidiversitiva, multicultural y multiétnica, pero esta vez anunciaban, con su comportamiento colectivo, que estábamos a las puertas de una nueva definición social de la nación, alejada de la visión de los grupos en el poder, pero muy cercana a las vivencias, a la cotidianidad y a las esperanzas de los grupos mayoritarios.

Esto nos dice que la nueva nación, la que está en proceso de construcción y por ende de definición, es un proyecto nacional que guarda en su interior diversos proyectos de nación, por tanto, las comunidades asumen un papel coprotagonico en esta tarea de definición de lo nacional.

La nueva nación tiene tres aristas, lo social, lo territorial y lo cultural, donde la primera es amplia, abarcativa e incluyente; la segunda es única y no ha variado; en cambio la tercera es diversa, rica y generativa, crece, se expande y agencia cambios substanciales en la vida social; reproduce y siembra nuevas identidades, pero esta vez no con referencia a la nación, sino de los códigos y símbolos que son parte de su entorno inmediato, o sea, reivindicando lo local.

Visto de esta manera y apoyándonos en la teoría de Villoro, tenemos que la comunidad es una relación social que se inspira en un sentimiento tradicional, de pertenencia que aspira, con su actuación colectiva, a construir un todo. El todo no es una esfera ajena a los actores (individuales) que la integran, sino un bien común que atañe a él y a su comunidad, de ahí que actor y comunidad sea una sola entidad social, indivisible, pero guardando su autonomía cada uno, que

trasladado al vocabulario de Morin (metaconceptos que guardan contradicción) es una relación, *independintegrativa*.

La autonomía está ligada a otras libertades, por lo tanto no puede someter ni transgredir, pero sí escoger el momento apropiado y el lugar idóneo donde pueda contribuir más y mejor a la comunidad, derivándose de aquí una concepción distinta del poder, alejada de las imposiciones de voluntad particular, pero muy cercana a la colaboración, la cooperación y bienestar comunitario. **(Villoro, 1997,op.cit)**

La aparición de la comunidad en la política, altera el ajedrez organizacional de los partidos políticos, puesto que aparece en escena un actor nuevo, distinto y difícil de encasillar en el modelo organizativo de los cuerpos políticos estructurados, dado que el interés de la comunidad está en todos y todos se interesan en el interés comunitario, eliminando así el conflicto potencial y latente en toda organización social por sobreponer un interés particular sobre los demás. Otro lado novedoso, es que el deseo personal no va más allá de la aspiración colectiva, puesto que lo deseable por el todo se muestra como el horizonte hacia donde debe dirigir la acción el actor, de ahí que esta trenza actor-comunidad de pie a una moralidad social colectiva, reproducida por tradición y costumbre, que actúa como punto de equilibrio interno en la comunidad.

Son atributos que no portan los partidos políticos, debido que son parte de una emergente cultura política estructurada desde abajo, sin ningún paradigma teórico, pero sustentada en el ejercicio social cotidiano, la interacción horizontal, el respeto mutuo y el beneficio colectivo.

¿ Cómo acoplar los intereses partidistas, erigidos sobre la concepción hegemónica, la jerarquía vertical y los principios doctrinarios, con la cultura y el ejercicio democrático de las comunidades, que vienen planteando formas inéditas de convivencia, de articulación de intereses, de bien común y de nación? Es una tarea difícil, pero interesante, porque deja lugar para hacer una lectura *intersticial* en el magno libro de la sociedad compleja contemporánea, que nos conduzca a descubrir en cada rincón y resquicio los elementos generativos de una sociedad que se está alimentando de las comunidades;

diríamos en términos políticos, una sociedad que se quiere democratizar, pero que el tranvía de la democracia pasa por las comunidades, la redefinición de la nación y la incorporación de los valores que porta la cultura política de las múltiples comunidades.

4.5/ Desafío cinco: **La nueva cultura política**

La cultura política es reconocida como el universo simbólico asociado al ejercicio y las estructuras de poder en cualquier sociedad, de ahí que esté asociada con las subjetividades que los hombres y las mujeres tienen de la sociedad en su conjunto, de su percepción del entorno inmediato, de la visión que tienen de su vida cotidiana, los anhelos y las utopías que incentivan los comportamientos colectivos, su juicio sobre el gobierno, las instituciones y la democracia.

Como se observa, los elementos constituyentes de la cultura política son los circuitos que conectan el ámbito político con lo social, y que a su vez, cumplen el papel de vehículos que trasladan a la sociedad civil hacia la esfera de lo político, con el objeto de conservar, reproducir y ampliar el poder o, por el contrario, resistirse a él, limitarlo o enfrentarlo. **(Ramírez Sáiz. J.M. 1994)** Pero no sólo eso, sino también posibilitan a la sociedad a compenetrarse en el ambiente político, mismo que se configura como un espacio de aprendizaje para todos los actores sociales que en él intervienen.

Aprender, conocer y comportarse en los contornos de la política, hace que los hombres y las mujeres se inicien en el cuadrante de lo público, ejerciten su vocación participativa, manifiesten sus demandas, tejan la urdimbre de comportamientos colectivos y se decidan a tomar decisiones trascendentales para su vida y la del grupo a que pertenecen.

El aprendizaje que se deriva de toda esta gama de decisiones y acciones, va engrosando la cultura política de la sociedad civil, hasta que invade el espacio de lo social, y es aquí donde ese universo simbólico con valores, prácticas, aspiraciones y proyectos específicos y vocación participativa se condensa en una densa nube que conocemos como cultura política.

El desarrollo de la cultura política no se presenta de manera uniforme, dado que la heterogeneidad social, las oportunidades políticas, los ambientes de socialización y las formas de aprehender las partículas constituyentes de ella no se da de manera lineal, puesto que al *aerosolizarse* la cultura política en el ámbito de lo social cada individuo, grupo o segmento social tiene una manera particular de apropiarse de los valores y símbolos; de vincularse a los proyectos y las movilizaciones; de tomar iniciativas e intervenir en los asuntos públicos; razón por lo cual los desniveles se asoman a la ventana de la sociedad.

Ahora bien, la cultura política emergente, la que están estructurando los sujetos insumisos, parten de tres troncales; **los símbolos, los valores y las prácticas.**

Toda acción colectiva contiene un significado socialmente compartido, ya sea con respecto al poder, a la autoafirmación como grupo, para dar a conocer un conjunto de demandas, socializar un ideario político, hacer público un proyecto social o una denuncia que atañe a muchos. El significado tiene un acervo de imágenes, símbolos y valores que la comunidad o colectivo ha ido edificando a través de su aprendizaje en el espacio público, de ahí que personajes, leyendas, imágenes y símbolos son los nuevos resortes impulsores que la sociedad civil y los sujetos insumisos recurren para estimular su conocimiento político, aumentar su capacidad analítica de la sociedad y la política, argumentar mejor sus demandas y actuar de manera eficaz y con mayor posibilidad de alcanzar el éxito.

Una prueba de ello, son los símbolos e imágenes que prevalecen en los movimientos de mayor presencia política en América Latina, casos como el subcomandante Marcos en México, Rigoberta Menchú en Guatemala, Causa R e Irene Sáenz, ex reina de belleza incursionando en la política en Venezuela, el movimiento Pachakutik en Ecuador, el movimiento Conciencia de Patria (Condepa) agenciado por Carlos Palenque y su esposa indígena aymará la Comadre Remedios, el Movimiento Sin Tierra en Brasil, entre otros; aunado a los anteriores, surgen figuras locales y regionales, ligadas a la gestión pública, antihéroes contra la corrupción, la vejación, defensores de los derechos humanos, de la ecología, los derechos de la mujer, etc. (7) todos ellos son

portadores de una nueva forma de practicar la política, fuera de los cuerpos políticos tradicionales como son los partidos.

Los valores tienen que ver con las creencias, las normas, las reglas y las convicciones que funcionan como elemento adhesivo al interior del grupo o colectivo; asimismo es núcleo matricial de donde parten los principios que regulan las relaciones con el exterior, ya sea con otros grupos, con el gobierno, con los partidos políticos y todo aquello que integra el espacio público.

Los valores asumidos, son las ideas fuerza que da cuerpo y conciencia a la actuación colectiva del grupo en el ámbito de la política, de ahí que su noción de democracia, de participación, de poder, de cooperación y de tolerancia esté fundamentada en sus vivencias, en su acervo de vida, de los acontecimientos cotidianos y de los acuerdos intra e intergrupales, lo que la hace que sea distinta y distante de la cultura política tradicional, practicada por los partidos políticos.

Las prácticas, son conductas, hábitos, costumbres que conforman la red de interacciones que se dan en el interior del colectivo y en sus relaciones con otras asociaciones; el conjunto de ellas suma la experiencia colectiva, misma que estructura la memoria histórica del grupo, que con su actuación, alimenta significativamente la cultura política del todo social.

El conjunto de actos cotidianos van definiendo en el transcurso de la vida del colectivo su identidad, el sentido de su acción, las formas de cooperación, el perfil organizacional, la autonomía frente a los demás, la toma de decisiones individuales y colectivas, la forma como se construye y controla el liderazgo, los linderos de la responsabilidad, las gestiones públicas, la delegación de facultades y la tolerancia, que una vez configurados como cultura política del grupo, van a penetrar con fuerza en el universo simbólico nacional, hasta provocar fisuras en la cultura política tradicional que practican los demás cuerpos políticos legendarios.

En síntesis, se puede decir que la nueva cultura política revaloriza la cotidianidad, dado que de ahí surgen los proyectos y aspiraciones reivindicativa;

resalta la consulta, el diálogo y los acuerdos para incidir en la toma de decisiones y en los asuntos públicos; construye cuerpo simbólico para reafirmar la identidad e intereses colectivos y renueva la utopía para que guarde un correlato con los símbolos, las demandas, las acciones y la vida de otros grupos en situación semejante.

Así, se llega a la conclusión, que la matriz de la nueva cultura política, la alimentada por los actores emergentes, la que cada día gana mayores espacios en la esfera macrosocial, la que fisura el ambiente político y a la política misma, crece con rapidez pero en una dirección distinta a la que los partidos políticos aspiran; sin embargo, es una luz de esperanza para las fuerzas ex insurgentes para que se acerquen al nuevo tragaluz que esta frente al horizonte democrático de América Latina.

4.6 / Desafío seis: **La ampliación del Espacio Público**

El espacio público, durante décadas estuvo reservado a las tareas estatales, prácticamente era un rehén del gobierno y los partidos políticos, de ahí que muchas de las actividades que hoy día se encuentran a la luz del quehacer público, se hallaran en las zonas de reserva del espacio privado.

Con la reducción del Estado, la desatención de éste creció, principalmente en lo que atañe a obras públicas, por ello los servicios públicos se deterioraron, la inseguridad creció sin medida y la responsabilidad estatal se esfumó, pues hoy día toda acción política y social del Estado es procesada bajo el paradigma costo-beneficio, de ahí que sí no hay margen de ganancia, no se hace nada.

El comportamiento estatal bajo la racionalidad del mercado, lo fue orillando a senderos que lo distanciaban de la ciudadanía y lo inhabilitaban como fuente de legitimidad y credibilidad popular, por ello, amplias franjas sociales decidieron ocupar ese espacio vacío que el Estado abandonó y lo llenaron de contenido, con acciones reivindicativas, formas asociativas, gestión local y elaboración de políticas públicas a través de su capital social: la participación ciudadana.

El ramillete de acciones sociales permitió que el espacio público se convirtiera en un medio privilegiado para la formación de identidades colectivas, laboratorio de nuevos actores emergentes, centro nucleico para deliberar sobre problemas que se tenían escondidos, como los abusos contra la mujer, maltrato a los niños, libertad de opción sexual, juntas vecinales para restaurar la seguridad pública, etc., dándose de esta manera una apropiación de la historia, de su presente, hasta situarse en una posición ventajosa para otear el futuro inmediato.

La ampliación del espacio público, no sólo en la dimensión que aborda diversas temáticas, sino en los agentes que lo estructuran y lo desarrollan, es consubstancial a una nueva cultura política en proceso de construcción y a una nueva forma de practicar la democracia; por eso, visto así, es un dique para los partidos políticos tradicionales que pretender encarnar todas las aspiraciones ciudadanas, pero obstruyen la accesibilidad a los nuevos actores que han contribuido a ampliarlo y reconstruirlo.

Pues bien, lo público, como construcción social, no es obra de un cuerpo político, sino de muchos, por ello la ciudadanía le disputa a los partidos políticos la potestad que quieren ejercer sobre el espacio público, puesto que la ampliación, en gran medida, se debe a su gestión y crecimiento cívico y no a una dádiva que el Estado o los partidos le han arrojado.

El gran desafío es saber articularse en ese nuevo y amplio espacio público; hay lugar para todos, asimismo hay nuevos temas y debates, que los partidos políticos, hasta ahora, no han agendado en sus prioridades, pero la ciudadanía sí y las está sacando adelante a través de sus movilizaciones y forma peculiar de actuar, por ello, los partidos políticos, tradicionales y emergentes, tendrán que remplazar sus puertas de acceso y colocar otras, sin cerraduras, más bien con amplias bisagras, muy aceitadas, para que a través de ella transiten otros cuerpos políticos, grandes y diminutos, pero todos con membresía de miembro fundador del espacio público ampliado.

NOTAS:

1/Denis Duclos, sociólogo y director de investigaciones del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS) y escritor del *Le Monde Diplomatique*, escribe sobre éste fenómeno de "**los crímenes de odio**" en sociedades complejas; ver entrega del 15 de febrero 1998.p.p. 8 y 9. Edición mexicana.

2/ Robert Axelrod: La Evolución de la cooperación, Alianza editorial, 1984; retomamos del autor los aspectos que configuran la teoría de la cooperación.

3/ Edgar Morin: el paradigma perdido, sobre la idea de la teoría abierta, cuyos ejes de la auto-organización y la lógica de la complejidad nos dan una visión sobre cómo el hombre enfrenta los diversos problemas de la vida.

4/ Sobre la crisis de los partidos políticos han escrito Norbert Lechner, Marcelo Cavarozzi, Leonardo Valdés, Cesar Cancino, Fernando Mires entre otros

5/ Me refiero a la tesis de maestría sobre Las Convergencias democráticas en América Latina a finales de siglo, 1994-2000. Elaborada por Robinson Salazar P. Univ. de Guadalajara, CUSCH, 1996.

6/ Berger P. Luckmann T. Modernidad, pluralismo y crisis de sentido; Giddens: Consecuencias de la modernidad; Jamelson F: El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado; Vattimo: El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna; .

7/ Sobre los nuevos actores que alimentan la cultura política en América latina, fue tema de discusión en el 49 encuentro de Americanistas, realizado en la PUCE, Quito, Ecuador del 8 al 12 de julio de 1997.

CITAS

BERGER P. LUCKMANN T. (1997) *MODERNIDAD, PLURALISMO Y CRISIS DE SENTIDO*: la orientación del hombre moderno, Ed. Paidós, España.

BOBBIO NORBERTO. (1997) *¿QUÉ SOCIALISMO?* Ed. Plaza y Janés, España.

CALDERON F; HOPENHAYEN M; OTTONE E. (1996) *ESA ESQUIVA MODERNIDAD*, Ed. Nueva Sociedad, Venezuela.

HOWARD WINANT. (1989) *The other side of the process*: racial formation in contemporary Brazil, ponencia LASA.

IBARRA COLADO EDUARDO. (1990) "*COMPLEJIDAD ORGANIZACIONAL O LA CONQUISTA DE LO INCIERTO*", en Organización y sociedad: el vínculo estratégico. Ed. UAM/I, México, 1990.

MORIN EDGAR (1995) *SOCIOLOGÍA*, Ed. Tecnos, España

RAMÍREZ SÁIZ JUAN MANUEL (1994) *CULTURA POLÍTICA Y EDUCACIÓN CÍVICA DEL MOVIMIENTO URBANO POPULAR*, en Cultura política y Educación Cívica (Coord) Jorge Alonso, Ed. Unam / Porrúa, México

SALAZAR LUIS (1997) *NOS QUEDAMOS AL MARGEN*, entrevista en Suplemento Enfoque, 21 dic. 1997.

SALAZAR P. ROBINSON (1996) *Las convergencias democráticas a finales de siglo*, tesis de maestría, Universidad de Guadalajara, Cucsh.

VILLORO LUIS (1997) *EL PODER Y EL VALOR*: fundamentos de una ética política, Ed. F.C.E., México.

CAPÍTULO/ 5

LA OPCIÓN MODULAR PARA LAS FUERZAS EX INSURGENTES EN CENTROAMERICA

5.1 PUNTO DE PARTIDA

Proponer una opción orgánica de tipo modular en Centro América, no es una afán innovador que se levanta sobre una pretensión protagonista, ni el interés de descalificar los que hasta ahora se viene haciendo; más bien es un intento reflexivo por encontrar un cauce apropiado a las múltiples fuerzas de aguas sociales que se desbordan, por no encontrar una expresión partidista que aglutine, de forma y guíe las diversas expresiones y demandas de la sociedad civil.

Centroamérica, como otras regiones de Latinoamérica, tiene su horario político; también un número de problemas, que algunos analistas han agendado en el apartado de la democracia; sin embargo, los caminos por donde va a recorrer la democracia no son el mismo que está ahora transitando, por ejemplo, Chile, Argentina o Brasil, puesto que cada país ha estructurado una cantidad de actores, mismos que construyen muchas lógicas de acción colectivas que van encaminadas hacia la edificación de la democracia; asimismo las expectativas, las ambiciones, los intereses, el imaginario colectivo, y la idea de democracia no es igual para toda América Latina; sino que, cada pueblo, de acuerdo a su historia, las luchas que ha desarrollado para llegar al sitio en que hoy día se encuentra, la tradición de sus grupos y comunidades en el ámbito político y cultural, las formas asociativas que han prevalecido y el grado de consolidación de las instituciones democráticas, son en, su conjunto, la plataforma para orientar hacia dónde y qué tipo de organización hay que crear para aspirar a un democracia ampliada.

Teniendo en cuenta los aspectos mencionados y apoyándonos en las elaboraciones teóricas de los transitólogos latinoamericanistas, encontramos que en el subcontinente florecen tres tipos de democratizaciones, a saber: las fundacionales, las transicionales y las extensionistas.

La fundacional, que es la que nos interesa destacar, aparece en aquellos espacios donde los procesos democráticos se encontraban desvertebrados, inhabilitados, ya sea por la existencia de un gobierno militar, o una persistente guerra civil, tal como se vivió en Nicaragua, Guatemala y El Salvador.

En situaciones como la de Centroamérica, la pacificación nacional se comporta como la base que permite construir el edificio democrático, toda vez que en una guerra, los actores no se diversifican, sino que se desmultiplican, se momifican, hasta el grado de convertirse en una muralla que insiste en no aceptar, ni permitir una convivencia con el opositor, llenando el campo de batalla de intransigencia política y destierro del diálogo.

Por ello, una vez iniciado el proceso de pacificación, las compuertas del diálogo se abren, las posibilidades de crecimiento y multiplicación de los actores crecen, los espacios donde se van a conflictuar se amplían, hasta convertirse en una arena común de disputas futuras, sin tener la necesidad de eliminarse, ni descalificarse, sino de competir para posicionarse mejor en el amplio espacio de la sociedad.

Partiendo de esos supuestos, la pacificación es concebida como el núcleo matricial que permite la germinación nuevos actores; es una fuerza que presiona a todos los actores involucrados para que compitan en la arena democrática; crea una atmósfera que emite mensajes de reconciliación, dado que después de la guerra no hubo ganadores, sino un virtual empate entre los actores en conflicto; y da a entender a la sociedad que se generó un cambio social global, donde todos, absolutamente todos, deben ubicarse detrás de la línea de partida, a fin de que se de comienzo a una nueva carrera política.

En cambio, en los procesos transicionales, no existe un cambio social global, tampoco una ruptura en la continuidad política; más bien mediaciones políticas a través de acuerdos y negociaciones para que un régimen militar abandone, sin asumirse derrotado, el poder. Al momento que se convoca a una elección, el proceso transicional se diluye y da paso al de las extensiones democráticas, cuyo ejercicio es más profundo y radicales que los dos anteriores. ¿ Por qué?

Por ser un proceso más complejo de instalación progresiva y gradual para construir instituciones democráticas, retomando las iniciativas de los anteriores procesos; aunque hay que aclarar que el desplazamiento transicional no es lineal, tampoco está exento de retrocesos, en su seno se tejen acciones de conflictos, resistencias y enclaves, sin embargo el avance da a entender que no hay regreso al punto inicial, aunque algunas fuerzas políticas así lo quieran o aspiren a ello, pero la participación decidida de los insumisos, los sujetos con mayor aspiraciones democráticas lo van a impedir, de ahí que el gobierno, los parlamentos y demás instituciones legitimadoras del cambio, tendrán que dar su brazo a torcer ante la fuerza que imponen los de abajo.

5.2 QUÉ HA PASADO EN CENTROAMÉRICA

En los tres países que estamos investigando, no hay un paralelo que nos posibilite comparar, puesto que cada uno lleva un grado de desarrollo distinto; mientras en Nicaragua el FSLN se debate entre la continuidad ortodoxa y la apertura democrática; el FMLN en El Salvador, transita por el ancho camino de las convergencias, alianzas amplias con partidos de tendencia social cristiana, movimientos ciudadanos y asociaciones locales; en cambio, la URNG ha sido más cauta, mide los tiempos políticos y trata de sincronizar su reloj con el de otras agrupaciones, asociaciones y movimientos cívicos y étnicos, a fin de poder armar un partido dúctil, alejado de la ortodoxia y aprendiendo de las experiencias ajenas, principalmente del FSLN y el FMLN.

Un aspecto en común, es que los tres países han cursado el grueso de las asignaturas: a/ el conflicto bélico desactivado, con algunas escaramuzas residuales, b/ las fuerzas políticas se han resituado tras la línea de partida para la competencia política; c/ la descalificación es cosa del ayer, d/ la reproducción de los actores está a la orden del día, e/ hay un acuerdo entre los actores políticos de resolver el impasse ético-simbólico, en lo que se refiere a las violaciones de derechos humanos y crímenes de guerra, f/ los actores involucrados en la reconstrucción nacional evita complicidad con enclaves de actores que se resisten al cambio y desean que el estado de las cosas permanezcan en el caos, g/ muestran disposición por superar los enclaves culturales que tienen que ver con la corrupción, el chantaje, la promoción de la

ingobernabilidad, la negociación a través de amenazas con volver a la guerra y prácticas neocorporativistas que anulan la edificación de instituciones democráticas, aunque todo esto es parte de la cultura política, hay signos de nuevos ingredientes simbólicos agregados que la rejuvenecen.

Ahora bien, este avance significativo, en lo que respecta al horizonte fundacional, está requiriendo de nuevas y novedosas formas asociativas, que abran los espacios públicos a todos los actores que quieran y desean participar en la construcción democrática; no obstante, la opción del partido político no seduce a los actores minoritarios, que sumados son muchos; tampoco llena las expectativas de algunos cuerpos políticos que se cuajaron en el transcurso de la guerra y aún persiste en la fase pos paz, actuando por cuenta propia y no como furgón partidista.

Si tomamos como elemento referencial las elecciones, en El Salvador (1997) y Nicaragua (1998), tenemos que en los dos escenarios hubo un abstencionismo preocupante, signo de rechazo a los partidos políticos; en la Costa Atlántica en Nicaragua, según las expresiones de los analistas oriundos del lugar nos dan a conocer que las asociaciones locales y el pueblo en general rechazan el bipartidismo FSLN - Partido Liberal Constitucionalista; asimismo se sitúan en el plano político competitivo formando grupos políticos como Yátama, Alianza Costeña y Partido Indígena Multiétnico, que además de lograr un número importante de votos y representantes, claman por la oportunidad de armar nuevas organizaciones políticas.

En el caso de Guatemala, la rearticulación actoral en el periodo pos paz es alarmante para los analistas y los partidos políticos, dado que día con día se anuncia una nueva asociación, principalmente emergidas de las comunidades maya, xinca y garifunas; no escapan las mujeres y desplazados de la guerra, que reclaman un espacio y se asumen como sujetos de derecho, articulando demandas para sus grupos de pertenencia.

La URNG fue, en el proceso de pacificación, uno de los actores protagónicos; sin embargo, en la recién etapa de pos paz, no ha podido homogeneizar en un núcleo asociativo a todos los actores que de una u otra manera se encontraban

inmerso en la guerra, debido a que la paz liberó a los actores políticos, amplió el espacio público, desentrañó una multitudinaria de demandas, el abanico de opciones se extendió y surgieron muchos puntos de vista sobre el futuro de Guatemala; de ahí que grupos locales, comunitarios, barriales, indígenas, de género, han abierto las compuertas de sus demandas y se abigarran el escenario político nacional.

El conjunto de demandas se mueve en un ambiente sobrepolitizado que va desde las exigencias de dignidad, igualdad de la persona, justicia social; pasando por la democracia, la participación ciudadana, equidad de género, consenso y respeto al disenso, hasta sentarse en una plataforma de respeto a los derechos humanos, pluralismo, pluriculturalidad y respeto a la diversidad.

En este ambiente se recrean dos tipos de grupos, tradicionales y emergentes, cada uno buscando un espacio y una tribuna para darse a conocer y contribuir en la construcción democrática; aquí se juntan las aguas de muchos ríos humanos y la URNG está, hasta el momento, comprendiendo que el espacio de la oposición no es exclusivamente de ella, sino una esquina convergente de muchas vías, de ahí que pretendan armar un partido diferente, contrariamente a los partidos tradicionales, porque tienen, dicen ellos, una importante acumulación de fuerzas humanas, de cuadros, activistas, base social y mística de lucha. **(URNG.1997)**

Otra fuerza orgánica en proceso de constitución, además de la URNG, es el Frente Democrático Nueva Guatemala, movimiento cívico, social y político, que se autodenomina democrático, pluralista, multisectorial, pluricultural y de amplia base popular, integrado por hombres y mujeres mayas, xincas, garifunas y ladinos. **(FGDNG, 1997)** No se enfrenta a la URNG, se articula en la lucha común, sin ser lo mismo, pero también tiene la firme decisión de empujar el proceso fundacional en el territorio guatemalteco. Además, en medio de los dos se acomoda una fuerza novedosa, los kukuj Ajpop, **(Nakuj Ajpop.1995)** como un ensayo de participación política del pueblo maya, exigiendo ser sujetos de derechos y ser parte de la extensa tela de participación social que se está tejiendo en Guatemala.

Ante este escenario social, veamos ahora cual es la distancia que existe entre los partidos políticos y la ciudadanía; por desgracia, no contamos con los recursos cuantificables para decir que tanto es en términos aritméticos o medicionales; no obstante, las dos últimas elecciones, en El Salvador (marzo de 1997) y en Nicaragua (marzo de 1998), son dos termómetros que nos aproximan a la realidad, aun cuando una de ellas, la nicaragüense, fue regional, los resultados arrojados por el proceso algo nos dicen, veámoslo.

El 16 de marzo de 1997, El Salvador reafirmaba su disposición por construir instituciones democráticas, esta vez acudían a las urnas para elegir autoridades municipales y representantes legislativos; anteriormente lo habían hecho para elegir presidente, con la novedad, que por primera vez el FMLN actuaba como actor político en los comicios.

El rostro de El Salvador estuvo cubierto por 14 partidos políticos y tres alianzas interpartidistas; esto se traduce en 19 ofertas electorales.

Para un país con 5.5 millones de habitantes, desgastado por la guerra y ansioso por recuperar el sentido social de las instituciones, con una emergencia actoral multiplicadora y una dinámica propia para ampliar el espacio público, un cuadro de 19 propuestas electorales, sin contar los miles de agrupaciones, asociaciones y grupos de gestión y acción ciudadana, parece excesivo, puesto que durante la guerra, los actores más importantes fueron el ejército y el FMLN.

¿Qué hacían esos partidos cuando la guerra se encontraba en sus momentos más críticos?

¿Qué aportaron para que la paz se firmara?

¿Cuál fue su aportación para arribar al proceso fundacional que vive la transición salvadoreña?

Los antecedentes que registramos son dos, siendo uno de ellos el esfuerzo que sumaron 59 organizaciones políticas y sociales, bajo la égida de la Iglesia Católica, para convocar a un Debate Nacional que orientara las acciones futura hacia la paz y conciliación de los actores conflictuados, llevándose a cabo los días 3 y 4 de septiembre de 1988. En este evento no asistieron ARENA y la

Democracia Cristiana, pero la sumatoria de actores fue numerosa, acordando lo siguiente:

Exhortar a los partidos políticos a que incorporen en su plataforma de gobierno los puntos de consenso contenidos en el documento final del Debate nacional.

Hacer un llamado a las instituciones invitadas y que no participaron en el Debate Nacional, así como las otras fuerzas sociales que no se convocaron, para que favorezcan los acuerdos de consenso y se incorporen activamente al proceso del debate nacional por la Paz.

Encomendar al órgano permanente del Debate Nacional aprobado por la Asamblea Pública, que lleve a cabo las acciones necesarias que garanticen el cumplimiento de los puntos acordados en el debate nacional.

Solicitar al gobierno de El Salvador y al FDR/FMLN que atiendan con responsabilidad las resoluciones del documento final; asimismo atiendan a un llamado de cese el fuego y reactivación del diálogo por la paz.

A este llamado respondieron con oídos sordos la Democracia Cristiana y ARENA, los dos guardaban la esperanza de que el conflicto se resolviera por la vía militar, con una victoria para el Ejército Nacional; ante la negativa del gobierno, parte de los sectores ajenos al diálogo, el FMLN sorprendió con una propuesta de imbricación entre elecciones y paz, incitando a los electores a que votaran por los candidatos de Convergencia Democrática, fuese cualquiera el resultado, resultando novedoso el comportamiento de los insurgentes. Esto sucedió el 23 de enero de 1989.

El otro registro, fue la reunión en México, donde representantes del FMLN y dirigentes de los partidos políticos salvadoreños se reunieron el 20 y 21 de febrero de 1989, en la población de Oaxtepec, Morelos, contándose entre ellos ARENA, Convergencia Democrática Nacionalista, la Unidad Popular y el Partido Acción Renovadora. No se llegó a ningún consenso, pero se hicieron algunas recomendaciones públicas para que el gobierno y la insurgencia se aproximaran a un diálogo constructivo.

Arriesgándonos a equivocarnos, creemos que sólo ARENA y la Democracia Cristiana, antes de las elecciones de marzo de 1989, no tenía en ese momento una vocación pacifista; no obstante, los demás partidos optaban por la salida negociada, sin arriesgar todo su capital político, porque las dudas sobre una paz negociada eran muchas. Una vez que ARENA arribó al poder y el FMLN había llevado a cabo la ofensiva final para derrocar militarmente al enemigo, se demostró que la vía de la guerra de movimiento no era la adecuada, por lo que había que pasar a la guerra de posiciones, siendo un primer paso las negociaciones para construir la paz.

Con la ONU de por medio, delegaciones del FMLN y el Gobierno firmaron el primer protocolo el 4 de abril de 1990, dispuestas las partes de negociar, ceder parte de sus pretensiones y armar un edificio que albergara a los actores excluidos; aquí bajó la intensidad de las fuerzas de los demás partidos políticos, pues el peso de los arreglos políticos recayó en el FMLN y el Gobierno, pero no prohibió a los demás cuerpos políticos para que recapitalizaran sus acciones bajo el paraguas de la paz, de ahí que muchos de ellos se pintaran alegremente los rostros y ofertaron dignidad, estabilidad, democracia y libertad, sin tener un conocimiento profundo de cómo se construye, menos aceptar que es obra de un conjunto diversitivo que aspira a constituir un pluralismo tolerante.

En el cuadro siguiente se encuentran los partidos políticos y la ideología que dicen profesar

ALIANZA REPUBLICANA NACIONALISTA (ARENA)

Según su acta constitutiva de 1981, pero sus inicios fueron en octubre de 1979, como expresión anticomunista.

Principios: democráticos, republicano y representativo, para garantizar la consecución de la libertad. El individuo y la familia son la base de la sociedad.

Objetivos: defender las tradiciones occidentales ante los ataques ideológicos del comunismo y otras ideologías que pongan en peligro la vida institucional.

Ejes programáticos: nacionalismo, democracia y libertad

PARTIDO CONVERGENCIA DEMOCRÁTICA (CD)

Acta de constitución 1993

Surgido de la unión entre los Partidos Movimiento Popular Social Cristiano (MPSC), Partido Social Demócrata (PSD) y Unión Democrática Nacionalista (UDN), bajo la égida de Rubén Ignacio Zamora.

Principios: democrático, popular, nacionalista, pluralista y socialista.

Objetivos: la justicia social en un nuevo socialismo con rostro humanista, incluyente y cercano a la libertad y justicia. El Estado debe ser una institución social que garantice la soberanía nacional.

Estrategia: promover una participación incluyente, fortaleciendo a la sociedad civil y separar los poderes, a fin de crear un estado de derecho.

PARTIDO FRENTE FARABUNDO MARTÍ PARA LA LIBERACIÓN NACIONAL (FMLN)

Acta de constitución 1992, pero con una tradición de lucha popular y con un capital de doce años de lucha armada.

Principios: humanismo revolucionario y la promoción de la dignificación humana, la autodeterminación del individuo y la defensa de los derechos humanos, económicos, culturales, políticos y sociales.

Estrategia: construir una sociedad democrática, asegurar la vigencia de los derechos humanos y la reconstrucción del país.

PARTIDO MOVIMIENTO DE SOLIDARIDAD NACIONAL (MSN)

Se registra el 11 de enero de 1993 y nace como el tercer incluido, buscando colocarse en el punto intermedio entre la derecha y la izquierda.

Principios: justicia, verdad y amor a la sociedad, fundados en el cristianismo que Dios da a los hombres.

Cree en la libre empresa, la dignidad humana y la equidad social

Estrategia: fundar una sociedad humana, estable y creyente en dios.

PARTIDO MOVIMIENTO DE UNIDAD (MU)

Acta constitutiva de agosto de 1993. Surge de un núcleo de profesionales que se reúnen alrededor de Jorge Martínez Menéndez.

Principios: reconocimiento a la persona humana como la creación más perfecta de dios, la familia como base de la sociedad y el Estado como ente soberano.

Estrategia, forjar una sociedad que consolide la paz, reconcilie a los salvadoreños y garantizar un país próspero basándose en la inversión extranjera, libre empresa y apoyo a la inversión pública social.

PARTIDO CONCILIACIÓN NACIONAL (PCN)

Este partido aparece en el tinglado político en septiembre de 1991, ligándose ideológicamente a los principios que establece la Constitución nacional de 1950, de ahí que tenga una visión del Estado como promotor del desarrollo nacional, una fiscalización de los recursos públicos y una disciplina fiscal y monetaria para garantizar la estabilidad y el desarrollo de la nación.

PARTIDO DEMÓCRATA (PD)

Acta de constitución 1995

Principios: paz, libertad, igualdad de oportunidades y solidaridad, emanados del liberalismo social.

Objetivos: erradicar la pobreza, impulsar el desarrollo social, defender el medio ambiente y consolidar una cultura de trabajo.

PARTIDO DEMÓCRATA CRISTIANO (PDC)

Surge como respuesta al golpe de Estado de octubre de 1960, ligado ideológicamente a la Democracia Cristiana que actuaba en Venezuela, Costa Rica y Chile, constituyéndose como partido el 25 de noviembre de 1960.

Principios : doctrina social cristiana.

Objetivo: construir una democracia, restaurar la economía, impulsar una educación integral, abolición de la lucha de clases e instaurar el servicio civil.

PARTIDO LIBERAL DEMOCRÁTICO (PLD)

Acta constitutiva 1994, liderado por Kirio Waldo Salgado Mina.

Principios: defensa de los derechos humanos y garantías individuales; defensa de los derechos colectivos y vigencia de un orden Constitucional que regule la vida pública del país.

Objetivos: Construir un país con desarrollo económico y estabilidad política, evitando la intromisión de fuerzas políticas extremistas e imponiendo mecanismos de control a la administración pública.

PARTIDO RENOVACIÓN SOCIAL CRISTIANO (PRSC)

Acta de constitución, diciembre de 1995

Principios: Dignidad de la persona, el bien común, la solidaridad, la justicia social, la dignidad que da el trabajo, la participación y la democracia integral.

Objetivos: Construir una sociedad que rechace la corrupción, ame la paz, defienda el medio ambiente y participe en una economía competitiva.

PARTIDO PUEBLO LIBRE (PPL)

Acta constitutiva, febrero de 1993, conjuntado por militares en retiro y profesionales que se aglutinaron alrededor de la personalidad del Coronel Jesús Cáceres, quien se distingue por su oposición a la izquierda.

Principios: rechazo a toda imposición que atenta contra la armonía social y los derechos humanos.

Objetivos: democracia, bien común, impulso al desarrollo económico, político y social del país, promover una reforma a la educación, a la repartición de la tierra, defender la empresa privada e incentivar la inversión foránea.

PARTIDO PUEBLO UNIDO NUEVO TRATO (PUNTO)

Inscrito en abril de 1995, siendo su representante Francisco Ayala de Paz.

Principios: la organización de la sociedad mediante el respeto y el acatamiento de las normas legales vigentes.

Objetivos: exigir el respeto a la Constitución, fomentar la democracia, evitar la guerra y respetar la vida de las personas y defender la armonía social.

PARTIDO MOVIMIENTO AUTÉNTICO SOCIAL (MAS)

De reciente creación, diciembre de 1996, fundado por Luis A. Gómez Zárate, bajo los principios de la ideología democrática republicana, defendiendo la democracia representativa y respeto absoluto a la Constitución.

PARTIDO POPULAR REPUBLICANO (PPR)

Creado e inscrito en noviembre de 1996, con una composición de empresarios de la mediana y micro economía. Su líder más representativo es Ernesto Vilanova. Se autoproclama nacionalista y defensor de los sectores productivos. Rechaza la violencia como método para resolver los problemas y reconoce la convivencia pacífica de los pueblos.

El cuadro arroja unas cifras que se convierten en núcleos reflexivos, dado que el muchos partidos tienen una corta vida, o son experimentos electorales como son el MAS, MSN, MU, PPL, PD, Partido Laborista (que ha mutado de nombre) y el PUNTO, de ahí que sean cuerpos políticos en vía de estructuración y, por consiguiente, actores en proceso de crecimiento para ejercitar la nueva política de pos paz.

También, se observa una amalgama doctrinaria, que no distingue nítidamente a los partidos entre sí, la palabra democracia, respeto, dignidad pierde significado, al ser utilizada o usada indistintamente por los partidos políticos, sin cargarla de un contenido verdaderamente democrático, de ahí que la ciudadanía la perciba como un signo más del lenguaje político, pero sin ninguna significancia para ella.

La estrategia que ellos dan a conocer en sus planes programáticos, denota la ausencia de un horizonte preclaro que ellos desean alcanzar; tampoco se conocen los mecanismos y formas asociativas que instrumentarían para obtener logros en el ámbito de la democracia ampliada, participativa y pluralista.

Ahora bien, retomemos el evento electoral del 16 de marzo de 1997, con el objeto de analizar las cifras que arrojó el proceso electivo para autoridades municipales y representantes a la asamblea legislativa.

De los 14 partidos, cuatro no obtuvieron asambleístas ni autoridades municipales, o sea, que se situaron en el plano de partidos residuales, siendo ellos el PPL, MAS, MU, y MSN.

El PRSC es el que practica la mutación permanente, algunas veces ha aparecido como Unión Social Cristiana (USC) incluyendo en sus filas a los líderes de los extintos Movimiento de Solidaridad Nacional (MSN) y el Movimiento de Unidad (MU) obteniendo 3 diputados.

La mayoría se concentró en el Partido ARENA, 162 municipios y 28 diputados; le siguió el FMLN con 48 municipios y 27 diputados, y los demás cargos fueron

ocupados por las fuerzas convergentes en regiones y localidades que formaron el PDC y PD con 4 municipios y 1 diputados, FMIN-CD con 2 municipios y FMLN-MU con tres municipios.

Con esos resultados, La Asamblea Legislativa quedó conformada de la siguiente manera:

ARENA 28 miembros, FMLN 27, PCN 11, PDC 7, Convergencia Democrática 2, alianza PDC.PD 3, PRSC 3, PLD 2 y Movimiento Unidad 1, sumando un total de 84 diputados.

Si observamos la cartografía política nacional, se ve claramente que el contrapeso entre los dos partidos más representativos (ARENA-FMLN) es semejante a una balanza en punto de equilibrio, puesto que en los departamentos de Santa Ana, La Libertad, Usulután, Sonsonate, La Paz, Chalatenango, Cuscatlán, Ahuachapán, Morazán, San Vicente y Cabañas, empataron en número de diputados; en cambio en San Salvador la diferencia fue de uno, a favor de ARENA.

Entre los dos partidos mayoritarios, ARENA y FMLN, existe una distancia ideológica, casi polarizada, los gobiernistas (ARENA) y los ex insurgentes, pero ninguno de ellos dos puede decidir unilateralmente, pues tiene una neutralización política en el rival, de ahí que en cada acto político tengan de construir consensos entre ellos, a pesar de que ARENA cuenta con aliados tradicionales como son el PCN y el PDC, pero la suma no basta para tomar decisiones trascendentales, por ello se encuentran obligados a dialogar. Acordar y arribar a acuerdos políticos.

Un fenómeno que destaca en situaciones particulares como la salvadoreña, es que los dos partidos tuvieron, en el pasado reciente, un papel protagónico en la firma de la paz, de ahí que ambos deseen reconstruir el país, pero bajo racionalidades distintas; pero en medio de los dos, el verdadero poder para destrabar un equilibrio entre el FMLN y ARENA, lo tienen los partidos minoritarios, los cuales se constituyen en partidos estratégicos, pues su votación inclina la balanza para un lado u otro; en lo que corresponde a las alianzas, éstas no han permanecido fieles a sus acuerdos iniciales, puesto que se fisura al momento de asumir las responsabilidades legislativas y afloran,

obviamente, los intereses particulares y no los que se armonizaron al momento de su constitución.

Estos aspectos mencionados, hace que los partidos políticos se preocupen más por la política operativa de la asamblea que de las demandas que recogieron de la ciudadanía cuando se encontraban en campaña; que le den más importancia a los acuerdos interpartidistas para sacar una iniciativa de ley, que transportar la demanda de la sociedad o de sus electores a los recintos de la cámara; se aprecia entonces un divorcio entre ciudadanía y/o electores y representantes, que se refleja en las abstenciones.

La abstención, rondó por el 50%, dato que nos invita reflexionar con las siguientes premisas; en las elecciones de 1994, muchos electores esperaron que los partidos políticos y sus representantes elegidos, gestionaran sus demandas, caso que no sucedió, desatando una desaprobación social de los ciudadanos hacia los cuerpos políticos y un desencanto en sus representantes, porque sus expectativas en la nueva política de pos paz no habían sido satisfechas.

Otro aspecto que incide en la abstención es, que las autoridades y representantes elegidos popularmente, en campaña asumen una responsabilidad que más tarde olvidan cuando se dedican a ejercer el poder, generando con esta dualidad comportamental una desconfianza del elector para con ellos, síntoma que crece día con día, hasta llegar a crearse una atmósfera de falsa credibilidad en el otro; a todo esto, se le agrega, la desestructuración social que se vive en Centroamérica, donde males como inseguridad pública, desempleo, delincuencia organizada, entre otros desajustes, impácta en la subjetividad colectiva, convirtiendo a los individuos en seres aislados, incrédulos y pocos asociativos, pues ven a los otros como potencial agresores.

También está, de manera sugerente, la apreciación de Lechner, quien afirma que la ciudadanía latinoamericana cada día que pasa, se aparta más de los eventos electorales y de los acontecimientos políticos relevantes, debido a que la estrategia de modernización está forjando un desfase entre los cambios que se dan en la sociedad y las expectativas de los habitantes de ella, pues a pesar de que los gobernantes dicen que la economía crece, las exportaciones aumentan, el déficit fiscal es controlado y las inversiones extranjeras están

llegando, pues no se nota en su entorno inmediato, porque los problemas persisten y las carencias van en crecimiento vertiginoso.

Sin embargo, la ciudadanía muestra un crecimiento político que va más allá de los límites que tienen los partidos, puesto que está preclara sobre lo que son los partidos políticos, qué papel deben desempeñar en la sociedad, que tan cerca se encuentran de la problemática que ellos viven y enfrentan cotidianamente y cuales son sus responsabilidades. Los tres cuadros nos ilustran sobre la distancia entre los cuerpos políticos y la sociedad

Nivel de confianza en las instituciones en 1997*
(En porcentajes)

	<i>Mucha</i>	<i>Algo</i>	<i>Poca</i>	<i>Nada</i>	
					l
					ç
					l
					€
					s
					i
					è
					(
					è
					t
					c
					l
					i
					c
					è
	36.6	20.3	18.6	20.5	M
					€
					c

				i C S
				C E
				C C r L r i C E C i C r F
35.5	30.6	20.9	9.2	[[F
29.6	25.4	24.4	13.3	A I C E I C í E S
20.0	27.4	31.3	17.5	F M C
19.1	26.9	30.6	20.9	F

14.7

21.9

28.5

31.3

A
E
S
A
S
ε
r
k
l
ε
ε

12.1

25.5

32.4

20.8

L
ε
Ç
i
S
l
ε
t
i
v
ε

12.3

18.8

31.2

32.5

F
r
ε
S
i
C
ε
r
C
i
ε
C
C

10.6

19.8

32.0

24.4

r
t
e

s
l
f
r
e
r
e

c
e

J
L
S
t
i
c
i
e
F
e
r
t
i
c
c
s

F
C
l
i

Recolectar la basura	24.7
Reparar calles y plazas	22.2
Mejorar alumbrado público	18.6
Mejorar los mercados	13.9
Introducir agua	6.4
Mejorar documentación	3.0
Todo lo anterior	4.7
Otras cosas	4.8
No sabe	1.7

Son elocuentes las respuestas de la ciudadanía, distinguen con facilidad las responsabilidades legislativas con respecto a la de los gobiernos locales, incluso, por temas y demandas; no obstante, los partidos se encuentran desorganizados y la manera como actúan, los hace transitar por una vía paralela a la que recorren los habitantes de El Salvador, de ahí que partidos y sociedad, no encuentran el momento de colocar un durmiente que comunique las dos paralelas por donde ellos caminan; un cambio en los partidos, sería la oportunidad para desdivorciar a estos dos cuerpos sociales; optar por una fórmula modular, puede ser una alternativa que asocie a los dos contingentes que la democracia necesita, de lo contrario, la incertidumbre puede crecer y obnubilar el horizonte político del pequeño país centroamericano.

Si nos trasladamos al vecino país de Nicaragua, donde acaban de realizarse unos comicios electorales regionales, en la Costa Atlántica, el panorama no es alentador. Para elegir 90 miembros de las regiones autónomas de la costa, Región Autónoma del Atlántico Norte (RAAN) y Región Autónoma del Atlántico Sur (RAAS), participaron 18 partidos o formulas electorales:

PARTIDOS	No de candidatos
Camino Cristiano Nicaragüense	87
Frente Sandinista de Liberación Nacional	90
Partido Movimiento de Unidad Revolucionaria	74
Partido Liberal Constitucionalista	86

Partido Unionista Centroamericano	70
Alianza Costeña	90
Partido Movimiento de Unidad Costeña	45
Partido Indígena Multiétnico	90
Partido Regional Nueva Alternativa	45
Partido Autónomo Raas	32
Miskitos Asla Takanka Nicaragua RA	24
Ex Combatientes por la Autonomía de la Costa Atlántica	3
Movimiento Indígena al Rescate	45
Yapty Tasba Masraka Nanih Asla Takanka	33
Movimiento Juntos Hacia el Dos mil	6
Movimiento Liberal Regional	25
Indigenous Movement Seven Tender Leaves	36

Con un abanico amplio, de opciones múltiples, el voto se desagregó, notándose más en los partidos regionales autonomistas, quienes decidieron participar aislados, sin ningún asomo de convergencia, que en caso de haberlo hecho, les hubiese redituado mejores resultados; sin embargo, las pugnas, los intereses grupales, los afanes protagonistas, la cultura política descalificatoria que pesa en los grupos y cuerpos políticos de Nicaragua y la desconfianza en el otro, fue la fuerza que empujó a todos a confiar en sí mismos y no en otros iguales.

Resultado, el partido en el gobierno, el liberal constitucionalista, obtuvo 43 concejales, el Frente Sandinista 26, Yátama 12, Partido Indígena Multiétnico 7 y la Alianza Costeña 2, para un total de 90 representantes al gobierno regional del Atlántico.

Interpretando esos datos en función de las elecciones anteriores, tenemos que el Partido en el gobierno, alcanzó un apoyo que está por debajo del 25% del total de electores; el FSLN un 12%, lo que significa una disminución de seis concejales, con respecto a 1994, que puestas esas cifras en la balanza de los análisis retrospectivos, el FSLN ha venido perdiendo fuerza y representantes en la región atlántica desde 1990, ya que en 1994, 1996 y 1998, el decrecimiento es notable.

Frente a esta crisis partidista, las asociaciones y grupos regionales repuntan, no como desearían algunos habitantes de la región, pero el repunte del Movimiento Yátama, tercera fuerza electoral con 12 concejales, seguidos por el Partido Indígena Multiétnico con 7 y la Alianza Costeña con 2, sitúan a 21 representantes en un universo de 90. Ahora bien, ni el Partido Liberal en el gobierno, ni el FSLN puede llevar a cabo una iniciativa de manera unilateral, dado que se encuentran imposibilitados por el número de concejales que tienen en su haber; sin embargo, se fortalece la opción aliancista; esto es, que deberán realizar esfuerzos que conlleven a consensos, acuerdos y actos convergentes con los partidos minoritarios, que esta vez son los nacientes en la región.

Si los grupos y asociaciones regionales se hubiesen decidido a instrumentar una alianza convergente, el resultado les habría beneficiado con un mayor caudal de votos y la abstención no se vanagloriara con un porcentaje cercano al 50%. Las opiniones de los electores, en sondeos realizados una vez habían votado, fueron que no optaron por los partidos regionales porque no ofrecían una alternativa conjunta que garantizara una victoria, lo que quiere decir que los costeños no vieron a los mini partidos como opción, pero le apuestan a un polo de atracción que los asocie, los mancomune en un programa auténtico, factible de aplicar y que se cumpla, porque de promesas están cansados.

Lo preocupante, para los analistas y los partidarios del FSLN y el partido en el gobierno, es que hubo un rechazo al bipartidismo; los costeños no están interesados en las pugnas interpartidistas, porque tanto el FSLN y el Partido Liberal Constitucionalistas, ven a la región atlántica como un abrevadero para sacar recursos, pero no han implementado un programa que llene las expectativas de los habitantes de la costa atlántica, quienes se sienten ajenos a lo que acontece en la zona central y occidental.

Un caso que llama la atención, es que una vez transcurrido el proceso electoral, se dio a conocer el acuerdo general a que había llegado la IX Asamblea General de Pueblos Indígenas y Comunidades Étnicas de la Costa Atlántica, efectuada entre el 20 y 26 de febrero de 1998, en Puerto Cabezas, cuyo punto medular es

la creación de un nuevo Gobierno Ejecutivo en julio de este año, con la facultad de tener su propia Constitución.

En esta asamblea estuvieron reunidos 386 representantes de comunidades indígenas nicaragüenses, así como delegados de Honduras y de los Estados Unidos, donde se acordó la constitución del gobierno, sin que tenga que ver con una acción separatista, algo confuso, porque contraviene lo establecido en el artículo 6 de la Constitución de la República, donde dice que Nicaragua es un Estado soberano, independiente, unitario e indivisible; además, el artículo 89 declara que las comunidades indígenas de la Costa Atlántica, son parte indisoluble del pueblo nicaragüense y gozan de los mismos derechos y tienen las mismas obligaciones.

El Consejo de Ancianos, máxima autoridad que reconocen las dos regiones de la Costa Atlántica, afirman que no se puede concebir un plan de desarrollo para el Caribe al margen de las comunidades indígenas, y que en ese sentido el Gobierno Ejecutivo de la Costa Atlántica será más representativo y consciente de la problemática local; asimismo, cabría la posibilidad de poner en práctica la Ley de Autonomía que se aprobó en el Gobierno Sandinista, misma que no se ha aplicado en su integridad, por ello los reclamos y la multiplicación de actores que exigen lo mismo, pero por distintas rutas.

La exigencia de los costeños ha desatado una polémica entre juristas y algunos especialistas, pero hasta ahora, los partidos políticos no se han decidido a polemizar, por un lado, cuidando las formas y tratando de no confrontar a los pobladores del lugar, quienes no simpatizan con los partidos originarios del centro y occidente; por otro, el FSLN se encuentra en medio de una tormenta derivadas de la última Asamblea, donde se reeligió a Daniel Ortega Saavedra como Secretario general del partido, sin ofrecer una alternativa de cambio, marginando a las fuerzas renovadoras que sí cuentan con propuestas coherentes para hacer de la organización una instancia incluyente y desafiante ante los numerosos problemas que trae el tercer milenio.

En síntesis, el FSLN y el FMLN, cada uno en sus respectivos países, tiene un desafío monumental, recuperar la confianza de la sociedad civil y convertirse en recipiente depositario de la credibilidad y voluntad ciudadana, labor que no

cuaja en un plazo inmediato, ya que, la confianza es un proceso paulatino que se va constituyendo cuando el interlocutor muestra un cúmulo de virtudes cívicas que lo sitúan como una organización receptora, tolerante, flexible, incluyente y democrática.

Si en estos dos partidos existen, como le denomina Manuel Garretón, enclaves de actores, que no son más que agentes políticos del régimen anterior; y enclaves culturales que se traducen en hábitos y costumbres envolventes de actos de favoritismo, corrupción y encubrimiento grupal, es claro para todos los analistas políticos que el distanciamiento partido - ciudadanía cada día va a ser mayor; pero si los dirigentes, los asesores estratégicos y los representantes de cabeza de grupo, aceptan que hay la necesidad de romper esos enclaves para arribar a un plano de aceptabilidad, que los resitúa en una mejor posición para profundizar la democracia, no hay una salida mejor que iniciar una refundación del partido, principalmente para el FSLN y, una readecuación de espacios internos y derrumbamientos de esclusas para el FMLN, y así colocarse en otro plano recepcional de la voluntad popular.

La cuna para llevar a cabo estas iniciativas refundacional por un lado y readecuativa por otro, (Caso de Nicaragua y El Salvador), está en la circunstancia de hoy, debido a la transformación que está sufriendo el Estado-Nación como ente agrupador de identidades, pues la doble eclosión que hace mella en su cuerpo, por arriba lo golpea la globalización, y por abajo la multiplicación de identidades, relegan a un segundo plano el interés nacional, por ello importa más el indio, la mujer, el excluido y el pobre, que la nación misma.

¿Qué significa esto para los partidos de los ex insurgentes?

Que deben centrar su atención en las demandas de los agentes multiplicadores de identidades; asimismo acompañarlos a que recuperen el espacio público para que puedan ejercer la ciudadanía de género, étnica, homosexual, etc., misma que el Estado, antes de la eclosión, les reconocía y resolvía en la medida de sus posibilidades, pero ahora le toca a los partidos de nuevo cuño, los modulares, de convertirse en vehículos que transporten demandas múltiples y diversas, dejando en reserva perentoria, los oficios para defender la nación, la soberanía

y la autodeterminación. No significa esto que la nación desapareció, lo que sucede es que no existe en el imaginario colectivo, se está recuajando en las subjetividades de los nuevos actores, por ello no es más importante, por ahora, que sus identidades particulares y eso deben entender los partidos.

El otro reto, bastante mayúsculo, es el de colocarse en un sitio accesible para los pobres, porque este segmento social, bastante amplio y en crecimiento permanente, no se siente representado, convirtiéndose en un capital social anónimo, sin pertenencia orgánica, sin aspiraciones políticas, desencantado de los partidos y de las instituciones públicas.

Los pobres se han convertido en una categoría social, pero no en un actor político, por ello no tienen representantes ni se sienten representados; sin embargo, en Nicaragua, El Salvador y Guatemala, el 50% de la población, sin temor a equivocarnos, se encuentran clasificados en los rangos de pobreza y extrema pobreza; la marginación es alarmante, y es en ese gran núcleo social donde se fermenta la actitud abstencionista y el rechazo a los partidos políticos; también es vivero de desencanto y desesperación social, de ahí que sean presa fácil de conductas antisociales y algunas veces generadores de malestar convivencial.

La reflexión que acabamos de hacer, no es para señalar o criticar a los partidos ex insurgentes como órganos inmóviles, puesto que ellos a su vez de igual forma se vienen planteando formulas para resolver la complejidad que enfrentan y viven; tenemos el caso del FMLN, que a pesar de convivir con una presión interna por las fricciones entre las dos fuerzas que prevalecen en su seno, la ortodoxa y los moderados, busca salidas novedosas a la crisis de los partidos, principalmente de cara a las elecciones de marzo de 1999.

Uno de los avances que ponen a la vista de la luz pública es el compromiso, como virtud cívica, de presentar en los próximos comicios una formula hombre-mujer, que reconoce un 50% de su representatividad para las candidaturas en todos los ordenes, en lo que corresponde a la política de alianzas y coaliciones, ofertaron a la mediana y pequeña empresa cargos en la administración y se tiene un avance significativo con el Partido Unión Social Cristiano (USC) y

Convergencia Democrática (CD) para una convergencia estratégica que los coloque con grandes posibilidades de triunfo, pero, principalmente, que se conviertan en un polo de atracción de fuerzas minoritarias y residuales, para imantar a todos los actores que se encuentran sin representación, y asociarlos en un programa articulacional, equitativo e incluyente, propio de una fórmula política que genera confianza y llena el ambiente de un aroma de éxito.

En cambio el reto guatemalteco está a la vuelta de la esquina, todavía no se han acomodado las fichas del ajedrez político en el escenario de pos paz, cuando ya se acercaron las elecciones del 7 de junio de 1998, sorprendiendo a la URNG el evento político, debido a que la actividad refundacional en que se ha visto envuelta por transformarse en partido político, el seguimiento al cumplimiento de los acuerdos de paz, la definición de líneas políticas, las negociaciones internas, la elaboración de los programas políticos de cara a la sociedad, etc., lo agobian y prácticamente lo marginaron de las elecciones donde se eligieron 30 alcaldes.

Las dos fuerzas que se asomaron con aires protagónicos, son el Partido de Avanzada Nacional (PAN) con 22 alcaldes, La Democracia Cristiana con 3 y el Frente Republicano Guatemalteco (FRG) con 2; no obstante, el Frente Democrático Nueva Guatemala (FDNG), cuerpo político convergente, muy cercano a la URNG sin ser totalmente URNG, participó con 25 candidatos en igual número de municipios, pero sólo obtuvo 1 alcaldía.

El FDNG, que en los últimos tres años ha capitalizado a un número importante de grupos y asociaciones políticas y sociales, ha tendido la mano a la URNG y esta vez la invitó a que se sumara a sus actividades proselitistas, con la intención de fisurar un ambiente homogeneizado por el PAN, partido en el gobierno, y ofertar un programa político distinto, quizá no con la intención de ganar en estas elecciones, pero si sembrando una semilla de trabajo político para los comicios generales de 1999.

La alianza no se dio como se había previsto, aunque hubo sectores de la URNG que demostraron su vocación convergente, plural e incluyente y aceptaron la invitación que hizo el FDNG. Lo que se presentó fue un ejercicio democrático al

interior de la URNG y el FDNG en la etapa pre electoral, sirviendo de plataforma pedagógica, propia de aprendizaje para futuras acciones de convencimiento ante la ciudadanía.

Las elecciones del 7 de junio fue la primera prueba de lo que será la URNG ante el pueblo, ya no con las armas, sino con el poder de las palabras, el uso de la razón y los argumentos político-sociales; aunque los resultados a simple vista parecen un revés, dado que en las elecciones para elegir al Rector de la Universidad San Carlos, el candidato de la URNG perdió; de igual manera sucedió en la elección para alcaldes.

¿Qué está pasando con la URNG y el FDNG?

Analistas guatemaltecos(1) plantean que la URNG está pagando el costo de la conversión; esto es, que la ciudadanía guatemalteca aún no asimila el cambio sufrido en la organización política, menos ha podido cuajar el cuadro de esperanzas que una vez fijó en los insurgentes y que ahora debe ratificar ante el naciente partido. Otros afirman que la URNG no ha podido penetrar en la sala de las subjetividades colectivas de los guatemaltecos, puesto que su discurso tiene un peso significativo del ayer, donde la confrontación del otro se da en un plano de guerra verbal.

Dentro de ese cuadro de especulaciones, hay verdades que se erigen como pilares para una reflexión seria, como el caso que explica las elecciones de la siguiente manera. La URNG no ganó las elecciones, eso es una verdad, pero quien señala con insistencia la novel participación de los ex insurgentes no lo hace desde una posición de análisis objetivo, sino montado en la obsesión de descalificar a un partido de recién creación, señalando que la izquierda no tiene cabida en la sociedad guatemalteca.

Estamos claros que la izquierda pública y recientemente incorporada, debe mejorar su imagen dentro de la sociedad y retejer el vínculo con los distintos sectores sociales; pero a su vez graduamos la lente con que analizamos el proceso electoral del 7 de junio, y logramos ver la abstención creció enormemente. Un caso es el Municipio de Palencia, Departamento de

Guatemala, donde se eligió al alcalde con un abstencionismo de 74.72, o sea, que una minoría representada en un 25.37% tomó la decisión por todos.

Este hecho, que no es aislado, debe alertar a todos los partidos, incluidos la URNG y al FDNG, para que en las próximas elecciones generales no suceda lo mismo, porque la ciudadanía, a pesar de no votar, está activa, por lo que algunos cuerpos políticos tendrán que innovar con formulas convergentes para ganar su voluntad electora.

Es un llamado de atención a la Unión del Centro Nacional, al Movimiento de Liberación Nacional; asimismo el Partido Libertador Progresista y al FDNG para que en un futuro armen la urdimbre electoral en sus planillas, con el ánimo de que los partidos pequeños ocupen un espacio en la lid política; además, significa que la URNG no tiene la mesa servida, tendrá que apresurar el paso, abrirse al diálogo y tejer redes con otras fuerzas políticas, sin marginar a los grupos étnicos, de género, comerciantes y ante todo de pobres que no tienen representantes en los cargos de gobierno ni en el órgano legislativo.

5.3 CARACTERÍSTICAS DE LA MODULARIDAD

Tomando en cuenta las preocupaciones externadas por los dirigentes y cuadros políticos de las fuerzas ex insurgentes, en lo que atañen a la necesidad de reformular sus organizaciones, tenemos una base que podrían traducirse en principios básicos para la discusión y la toma de decisión colectiva.

En lo que podríamos denominar *acuerdo conjunto*, los tres cuerpos políticos han manifestado que no pueden continuar planteando, en su discurso, ni en su plataforma de lucha, la defensa de una planificación centralizada; tampoco, la abolición de la propiedad privada ni limitar las libertades individuales en favor de una soberanía popular que asumiría el Estado revolucionario. Antes por el contrario, en su renovación discursiva y terminológica, se buscará construir un discurso que haga énfasis en la acción correctiva sobre el mercado, la profundización de la democracia, el reordenamiento de las instituciones y la instauración de un estado de derecho, como arco cobijador del nuevo imaginario colectivo.

¿Cuál sería el punto de partida para construir la modularidad?

Enumeremos cada una de las partes constituyentes de este modelo organizacional, donde la función y el engranaje de cada una de las piezas, nos va orientando hacia una racionalidad comportamental y colectiva distinta a la que hoy prevalece y que haga caso a las demandas ciudadanas, sin descuidar los escenarios futuros que la fuerza globalizadora va imponiendo a los cuerpos políticos. Veámoslo.

1/ *La construcción de un nuevo imaginario colectivo*

Si repasamos la historia de los procesos políticos de América Latina, éstos han sido muy singulares, debido a que casi todos, tienen las características de ser movimientos abarcativos que resumen lo social y lo político, de ahí que para agenciar las acciones colectivas de los múltiples actores, hubiera la necesidad de construir un imaginario social o un tipo de sociedad futura que ocupara el lugar de lo que llamamos la utopía colectiva.

La utopía colectiva es una construcción social, que invita a la participación a todos los miembros activos de una sociedad, llámese fuerzas ex insurgentes, indígenas, mujeres, pobres y excluidos, para que de manera abierta y mediante el diálogo expongan las pre construcciones que tienen en sus mentes, las socialicen sin temor ni cortapisas, con el objeto de encontrar proximidades en sus aspiraciones políticas, sociales y culturales con otros cuerpos políticos inscritos en la realidad social.

Como punto de partida, el ideal social vendría a ser un nuevo paradigma que operaría como arma reveladora de la realidad una vez que los partidos modulares lo hayan estructurado, teniendo en cuenta que no va ser una negación tajante de los modelos desarrollistas, dependentistas y revolucionarios, sino una apropiación de los aspectos positivos que en ellos prevalecieron, pero esta vez articulado bajo una nueva forma de problematizar lo que acontece en el campo político y en lo social.

Indudablemente, que este nuevo paradigma no va a tratar de ejercitar una teoría que estructure un proceso político, menos a dirigir al elenco de actores

para que se sumen al proyecto futuro que conduce a un nuevo estadio de la sociedad; creer en eso es una irracionalidad política, puesto que los procesos políticos de hoy en día no se comportan de manera automática, sino que se mueven en función de aspiraciones, demandas, ideales y de reposicionamiento en el espacio público.

De lo que sí estamos seguro es que los diversos grupos, asociaciones y movimientos sociales, están esperando el momento propicio para discutir y estructurar el tipo ideal de sociedad, cuya característica sea la de un macro espacio incluyente, tolerante y de buen ejercicio democrático; hasta ahora, ni la democracia liberal, ni la economía neoliberal, tampoco la agonizante religión han planteado un imaginario ideal, de ahí que algunos analistas políticos, entre ellos los llamados transitólogos, son los que vienen remando hacia ese puerto.

En el caso centroamericano, el imaginario ideal es menos complicado que en otros países, dado que el proceso de democratización que viven las tres naciones en mención, Nicaragua, el Salvador y Guatemala, está marcado por una etapa de fundación, cuya peculiaridad es la de no haber tenido procesos democráticos en su vida de república; además, no existe un núcleo básico de instituciones que apuntalen a la naciente democracia y, por su reciente pasado de guerra y firma de la paz, los actores políticos se encuentran mutando; o sea, reposicionándose en el nuevo escenario de pos paz.

Los tres países tienen en su haber un handicap, el estar de acuerdo todos los actores en que la pacificación nacional es la plataforma que va a soportar el edificio de la democratización, cuya cartografía política está cruzada por muchos actores y cuerpos políticos que no van a eliminarse entre sí, sino a conflictuarse, como es de esperarse, en un espacio común.

Ahora bien, el nuevo imaginario colectivo tiene un antecedente significativo para muchos de los actores que participaron en la guerra, que es el mismo el ideal social que se manejó durante el conflicto por parte de los ex insurgentes; éste no se diluye, es recuperable, en tanto que la misma pacificación nacional fue parte de esa aspiración política, puesto que con ella se logró reconocimiento a grupos y asociaciones que en el pasado reciente no tenían un espacio en la vida

pública. La mujer es reconocida como un sujeto de derechos, los indígenas plasmaron parte de sus ideales autonómicos, los guerrilleros, en algunos casos, son parte de las fuerzas policiales, las demandas de tierra están en proceso y los crímenes de guerra están sobre la mesa de negociaciones y bajo la vigilancia internacional.

Entonces tenemos que sí se operó un cambio social global, aunque en el terreno político no hubo vencedores ni perdedores, pues el empate virtual fue lo que encaminó a los actores en conflictos a la firma de la paz.

Ahora bien, ¿después de todo esto que viene?

Si reflexionamos sobre el avance que ha tenido el proceso de fundación democrática, podríamos afirmar que el grueso de las asignaturas pendientes se han cursado favorablemente, esto no quiere decir que la transición avanza sin obstáculo alguno; hay problemas, pero son salvables, ya que los muros que se erigen para contener el rumbo de la democratización son remanentes del pasado, que se resisten a fenecer o a perder feudos de reciclaje político.

Los enclaves autoritarios de actores, como le denomina Garretón, son evidentes, se expresan en grupos ultra conservadores que mantuvieron privilegios en el régimen autoritario y pretenden prolongarlos en la etapa de pos paz, por ello se apoyan en grupos paramilitares, en opiniones públicas que censuran todo lo que hacen los ex combatientes, en críticas a las demandas indígenas y claman por un imperio de la ley sobre los reclamos ciudadanos.

También hay enclaves ético-simbólico que pretenden, a toda costa, esconder los delitos de violación, de derechos humanos y secuestros que se dieron en el pasado de guerra y se oponen a cualquier enjuiciamiento, reclamando una situación especial de olvido ante todo lo agraviado, pero la pregunta es ¿podrá olvidar todo, si más de un tercio de las familias salvadoreñas y más de la mitad de las nicaragüenses tienen un muerto en su haber?

Los más difíciles de superar, son los enclaves de tipo cultural, donde hábitos y costumbres de corporativismo, intimidación, caudillismo, corrupción y fraude, son comportamientos cotidianos, tanto en grupos sociales de partidos de

ideología liberal o conservadora, como en núcleos ex insurgentes, quienes han construido un universo con valores, prácticas y aspiraciones que no cuadran con la realidad de hoy, sin embargo existen y están presente en la vida política de cada uno de estos países.

Frente a este espectro socio-político, los ex insurgentes son favorecidos por otra coyuntura, la cual es el estallido de estado-nación, mismo que está dejando de ser una unidad monolítica que da albergue a todos los actores de un país, para convertirse en una entidad unidiversitiva y pluralista, donde predominan las identidades grupales que están más interesadas en sus demandas, en sus necesidades, en su mundo inmediato que en la nación.

La nación, tal como está concebida y diseñada, no puede responder a las expectativas de los indios, de la mujer, de los excluidos, ni de los pobres; la nación de hoy no satisface las exigencias de una ciudadanía de género, menos entiende el reclamo autonómico de los indígenas, por eso está en crisis y se diluye como imaginario global en las mentes de los actores políticos. Si los partidos modulares iniciaran un proceso de consulta, discusión y reflexión sobre la nación que requerimos y la sociedad que esperamos, es posible que reúnan las premisas suficientes, que articuladas bajo una concepción plural e incluyente, podría arrojar el nuevo imaginario colectivo.

Un imaginario colectivo que dibuje una sociedad donde sea posible ejercer sus derechos las distintas ciudadanías que existen; una sociedad que se preocupe por los pobres; que no los mire como una categoría de análisis que manipulan en los centros universitarios, sino como un actor que quiere ser representado y ser representante a su vez; un tipo ideal de sociedad que empuje a la nación a reconstituirse; que presione a la nación para que deje de ser el todo homogéneo negador de la multiplicidad de asociaciones y grupos sociales; que exija un nuevo Estado tan grande como los nuevos retos y desafíos que trae consigo los cambios tecnológicos, económicos y científicos, pero a su vez, pequeño para darse cuenta de las soluciones que reclaman los problemas locales, comunitarios y vecinales.

Ese imaginario que oteamos, puede ser la idea esclarecedora sobre el futuro del Estado-nación, sin que se niegue totalmente al Estado-nación vigente, pero si

se puede insertar cosas novedosas que den pie a una renovada nación que invita a la pluralidad y a la coexistencia tolerante, donde exista el respeto para todos, el reconocimiento a las autonomías locales y el acuerdo entre quienes la integran para que no se desarticule la nación ante cualquier problema, sino que pueda ser resuelto a través del consenso y el diálogo.

2 Una nueva racionalidad comportamental

Para que los partidos modulares puedan intervenir en el diseño y confección del imaginario colectivo, deberán asumir, en su comportamiento, una nueva racionalidad, en la medida que esta es concebida como la capacidad reflexiva de auto observarse a sí mismo en el entorno y observar a los otros, con la certeza de poderse ver como algo distinto y a su vez similar, en algunos casos, con otros cuerpos políticos.

Es un ejercicio de monitoreo reflexivo de la acción mediante el cual los agentes prestan atención al flujo constante de la vida social; observan su propia conducta y los actos de los otros (**Cohen Ira, 1996**) así como las significancias y significaciones sociales, culturales y políticas que se han construido socialmente.

Mediante este descubrimiento, detectan cuantos y cuales son los sujetos políticos estructurados y en proceso de estructuración que realizan prácticas similares, que tienen demandas comunes, que buscan el mismo ideal, encontrando de esa manera los traslapes identitarios que puedan articularse en un arco convergente. Es pues la nueva racionalidad, el punto de encuentro entre dos o más cuerpos políticos que existen en una misma realidad, pero que hasta hoy no había sido posible enlazar. Pero si los partidos modulares la asumen, podrían coadyuvar a resolver el déficit de racionalidad que existe en el medio político, como también a apropiarse de una conciencia práctica que ayudaría a resolver problemas de alianzas, convergencias y acuerdos entre distintos grupos y asociaciones que están interesados en la profundización de la democracia.

Para que la racionalidad comportamental sea apreciada por los individuos que habitan el área centroamericana, los partidos tienen un desafío especial:

combinar la aceptación de la apertura económica con la búsqueda de una reconstrucción de la sociedad, donde encuentren la respuesta eficaz y la capacidad de comprender la necesidad de combinar *los objetivos económicos con los objetivos sociales en el marco de la globalidad*. (Touraine A, 1998)

Para ello, hay que reconocer que la globalidad, como movimiento económico, de integración de mercados y de regiones del mundo, es algo irreversible y que escapa de las manos de los gobiernos locales y nacionales; no obstante, sí se pueden realizar algunas acciones que traten de aproximar los objetivos económicos del magno proceso globalizador con las aspiraciones y necesidades sociales que reclaman inmensas franjas humanas de la sociedad. Para esto, hay que diseñar una política interoperable entre los agentes del mercado y un intervencionismo regulador del Estado en materia social.

No es un llamado a la añoranza del excesivo intervencionismo estatal de años atrás; sino una recuperación franca de lo que debe ser el estado ante el nuevo escenario que se dibuja actualmente, puesto que en los últimos lustros, su capacidad reguladora y redistributiva se ha visto menguada, por situarse en la misma lógica del mercado y *encorsetarse* por los reclamos que le han hecho los agentes económicos para que saque manos de las actividades económicas.

Mientras el Estado se *encorsetó*, las capacidades de movilización de los distintos grupos y asociaciones crecieron, ocupando el lugar que el Estado abandonó, liberándose de esta manera un ramillete de acciones colectivas que muchas veces enfrentan al Estado, en otras se posicionan en la misma vía y hasta se cruzan en actividades, obstaculizándose mutuamente para la consecución de un objetivo común.

Ante la situación de acción liberadas, los partidos modulares están con la ventaja de aprovechar las iniciativas ciudadanas e involucrarlas en actividades de gestión social que conduzcan a aminorar la brecha entre ricos y pobres y a revertir las tendencias a la exclusión social que cada vez abarca amplios sectores de la población.

Claro está, que para ello se debe trabajar en una fórmula que permita afianzar una visión de desarrollo y de instrumentación de políticas públicas que

transforme radicalmente la actual relación entre Estado-mercado y sociedad civil, recuperando, en esta nueva etapa relacional, las funciones claves del Estado en una economía de mercado, fortaleciendo las capacidades de participación y acción de la propia gente.

Pero, la pregunta es ¿cómo hacerlo?

Es una deseabilidad hablar de participación ciudadana en los procesos de desarrollo y en la elaboración de políticas públicas; sin embargo, desde la postura del Estado actual y el ejercicio de gobierno, no cabe esa posibilidad, porque su visión holística de la sociedad y su concepción de la economía, les ata las manos, debido a que no reconocen la utilidad de los actores sociales en la gestión pública; pero en la esquina de la modularidad hay un resquicio que si advierte esa contingencia, dado que el espacio público es lugar de encuentro de múltiples formas de participación ciudadana, y los partidos asisten a él a realizar su proselitismo; al mismo tiempo, ahí conviven sus bases; en ese espacio divulgan sus ideas, sus programas de gobierno, por tanto, es allí donde se aparece la bisagra ideal para unir las dos intenciones participativas: la modularidad partidista y la acción ciudadana.

Entonces vemos que es desde terrenos mismos de la sociedad civil donde se genera la participación ciudadana, en cuanto vigilan, actúan y se integran a movilizaciones que llevan un objetivo común o de beneficio social; la actuación brinda un lazo de confianza en sí misma, la hace sentirse capaz de transformar su entorno inmediato, entrelazar esfuerzos mancomunados que vayan tejiendo una trenza de solidaridad entre los actores de distintas agrupaciones; asimismo, crece la auto-estima y el respeto por los demás, en la medida que construyen relaciones de reciprocidad y consensos.

La suma de la auto-estima, la solidaridad, el respeto y la capacidad inventiva, se le denomina capital social, que, aunque es intangible, es cantera de iniciativas eficaces y clave para innovar una forma de desarrollo más humana y sostenible, en la medida en que a través de él se pone el acento principalmente en las relaciones entre la gente y se mejora la capacidad de tomar decisiones por parte de la colectividad.

Fortalecer las capacidades gestivas de la ciudadanía y apoyar su accionar colectivo, por parte de los partidos modulares, es construir un puente de cogestión entre estos dos núcleos sociales, pero a la vez, es una articulación de lo público con lo privado, a manera que frecuentemente, aspectos de la vida privada, particularmente de género, se empataran con la agenda pública. De todas manera, la activación de la participación ciudadana es una oportunidad de fortalecimiento que tiene el Estado en la era globalizada y un soporte para atar el vínculo entre Estado y Sociedad.

¿En qué ayuda a la democratización la participación ciudadana?

La participación ciudadana, además de ser un soporte que presta su plataforma para la unión de los objetivos de económicos y sociales; se le agrega el ingrediente de ser un núcleo generativo de una cultura democrática, en cuanto es un universo simbólico de normas comunes que orientan la práctica ciudadana en la vida cotidiana, hasta conformar un cuerpo organizado de reglas que sirven de base para las acciones colectivas futuras. Siendo así, la construcción de una ciudadanía nacional requerirá de mecanismos de integración directa de la población en políticas públicas, ya sea emanadas del gobierno o instrumentadas por la sociedad civil, bajo una óptica de ser actor en su realidad y transformar su espacio inmediato.

Además, los partidos modulares, requieren de agentes políticos que se involucren en las actividades que resuelven problemas; les interesa contar con ciudadanos que buscan soluciones, que debaten y dialogan en los espacios públicos, que ejercitan sus derechos y exijan a la sociedad en su conjunto que evolucione, que las instituciones acompañen la dinámica que marca la ciudadanía; que el gobierno sea vigilado por los ciudadanos y haga caso a las demandas que los actores de los distintos grupos y agremiaciones le planteen.

Si los partidos modulares dan este paso trascendental, al momento que se asuman como gobierno, deberán cumplir sus promesas de campaña, de lo contrario, se perdería todo el trabajo orgánico-político que se hizo antes de llegar a ser gobierno.

Por lo anterior, el siguiente paso es el de elaborar un ***programa factible***;

Que sea viable en las condiciones que hoy prevalecen, bajo un marco de globalidad económica y tecnológica, con unos agentes económicos que se han acostumbrado a especular en las finanzas y bajo la presión de organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial entre otros.

No pretendemos proponer un programa que cumpla con las aspiraciones internas de las mayorías y a la vez satisfaga los intereses egoístas de los agentes financieros; esto es imposible, pero sí es comprensible encontrar una vía alternativa, que permita revertir el desfase que existe entre los valores que postula un partido en campaña y las prácticas que realiza una vez asume el poder o la administración gubernamental.

El primer acto de gobierno, en caso que los partidos modulares arriben al gobierno, es el de elaborar iniciativas que conduzcan a desmontar el eclipsamiento que pesa sobre el ciudadano, otorgándole al individuo la posibilidad de llevar a cabo iniciativas autónomas en la producción, la distribución y el comercio; además, innovar en la cultura, en las artes, en la política y en la cosa pública. Un ciudadano que no es maniatado para actuar, es un agente social productor de sentido, o sea de una comunicación, para la decisión, fundada en la más rigurosa reciprocidad y auto-proyección. (**Flores D´Arcais, 1995**)

Un acto de esta naturaleza, es distintivo de la democracia moderna e incluye a los partidos de nuevo tipo a ejercitarla, por medio de la invitación que hagan a los ciudadanos para que participen en el proceso de formación de políticas públicas y de las decisiones políticas, contribuyendo de esta manera a profundizar la participación democrática y a su vez a respetar la autonomía que se deriva de la auto-proyección individual.

La participación no es un comportamiento colectivo nuevo, numerosas ONG, comités de barrios, vecinales, asociaciones de género, de ambulantes, buhoneros, de jubilados, precaristas y comunidades étnicas, han cultivado una cultura de la participación, cada uno en su ámbito, desde hace más de 20 años, sólo que sus prácticas públicas se han dado en ámbitos separados del gobierno o del Estado; de lo que se trata ahora, es de vincular la experiencia participativa

de los grupos y asociaciones, con recursos del Estado, con el objeto de fortalecer la institución estatal y a la vez dejar crecer al ciudadano en sus capacidades e interés por resolver problemas añejos.

El acto de dejar pasar a la ciudadanía hacia esferas que competen al Estado, es un derrumbamiento de los diques que habían cercado lo público como esfera exclusiva estatal; la agenda de la democratización comienza con un programa de gobierno que contemple la participación social, la descentralización, la incorporación de los movimientos sociales, el fortalecimiento de la sociedad civil y de las ONG, orientadas a reducir el gigantismo empresarial y del mismo Estado.

La participación decidida y sin candados que pueda asumir la ciudadanía en general, le va a permitir desplegar un mayor control social más estrecho sobre ambos, basado en una cadena reforzada y un tejido más denso de organizaciones de todo tipo para cumplir funciones públicas y para representar, en particular, a los grupos y sectores más débiles. **(CSPSD, 1996)**

Un programa de gobierno que se quede en el plano normativo, sin ahondar en un diagnóstico participativo, es un fracaso adquirido de antemano; una iniciativa programática que intente ser un apéndice de un modelo económico que se maneja sobre la lógica de los axiomas, corolarios y teoremas, tal como lo es el neoliberalismo, no va arrojar resultados óptimos para restablecerse un desarrollo más o menos sustentable; seguir administrando la cosa pública bajo el parasol de lo estatal exclusivamente, no es signo de democracia, ni de interés por solucionar irregularidades que prevalecen en la sociedad desde hace muchos años.

De lo que se trata es de salir de un escenario extremadamente difícil para la democracia y para los actores políticos, mediante una toma de conciencia fuerte y drástica y de un cambio profundo en los procedimientos de generación de autoridades; en las pautas de funcionamiento de los poderes públicos; en los mecanismos de participación ciudadana; en las formas de crítica y fiscalización, y en las normas de prioridad en el funcionamiento de la administración. (op.cit.)

Con este horizonte, los partidos modulares pueden hacerse de una visión estratégica de mediano y largo plazo; en el corto plazo, se puede asistir a un desbordamiento del discurso general para que sus aguas lleguen avanzar hasta pequeñas localidades, pueblos y municipios que no son tenidos en cuenta a la hora de elaborara y formular programas de gobierno.

La especificidad es un gran avance en los actos de gobierno, pero si la juntamos con la participación, se puede construir un viaducto entre los temas de la agenda de gobierno, las políticas económicas y sociales y acción ciudadana, como un método que entrelaza el quehacer con las necesidades y los satisfactores adecuados para resolver las distintas dificultades que enfrenta un gobierno.

¿En que ayuda este estilo de hacer política?

En aceptar la existencia de un pluralismo político e ideológico; en fomentar la tolerancia como un método de convivencia; en reconocer al otro como agente vital en la construcción de la sociedad y en el compromiso indisoluble de unir la ética con la solidaridad en la gran esfera política.

3 Los nuevos valores que sustentan el programa de gobierno

Si por valor entendemos la actitud o disposición que se adquiere y se orienta hacia un objeto o situación determinada, para descargar en él (ella) una fuerza afectiva, tenemos que para conceder valor a una sociedad democrática, se debe creer en ciertas características de esa forma de gobierno y, al mismo tiempo, estimarlas. Creer en algo es tenerlo por un componente del mundo real y estar dispuesto a actuar en consecuencia, de ahí que tenga una dosis afectiva. **(Villoro L.1997)**

Los valores en un programa de gobierno es la columna orientadora de la acción para hacer y actuar en consecuencia a lo que ahí se plasma como plataforma de gobierno; por tanto, los valores éticos en la política no están ausentes, aunque algunos analistas políticos prefieren no referirse a ellos, porque dicen estar en descrédito, más si colocamos la ética como forma de observancia de la vida política latinoamericana, misma que está preñada de asesinatos, magnicidios,

atentados, masacre a movimientos populares a protestas ciudadanas y de actuaciones irracionales como las que practican los paramilitares en algunas naciones del subcontinente.

Así ha sido la vida política Latinoamericana; sin embargo, el descrédito no es de la ética, sino de los actores que actúan de espaldas a ella; además, ellos mismos han procurado, con tenacidad, de elaborar un lenguaje de la moral y de la política que desplaza y oculta a la política en sí. Esto se explica de la siguiente manera, la política, en manos de los agentes neoliberales, no está interesada en los aspectos analíticos, sino más bien en los requerimientos normativos, buscando con ello que la sociedad sea sometida un conjunto procedimental que todo lo reduce a normas, leyes, reglas y acciones en función a lo que está registrado como tal.

De esta manera, la sociedad queda abandonada y desprotegida, pues la justicia no se lee ni se entiende por su contenido, sino que su aplicación se sujeta a procedimientos normativos que dicen acercarse a un acto justo, caso la ley que el gobierno mexicano elabora para pactar la paz en Chiapas, donde la justicia está en la normatividad jurídica, pero muy lejos de la realidad de los indios de México; de igual forma sucede con algunos vacíos que muestra la ley autonómica de la Costa Atlántica en Nicaragua y la administración pública, donde se reconoce a un sujeto de derecho, pero en la realidad no hay recursos, oportunidades, ni acciones que le permitan apropiarse de esos derechos.

Ante esos sucesos, la política debe recargarse de valores éticos que la lleven a situarse en lo que Aristóteles denominó *la vida buena*, no sólo para administrar con justicia y apegarse a los valores que la sustentan, sino que liberen a los individuos gobernados para que se reapropien de sus facultades orgánicas, participativas e inventivas y construyan lo posible y lo realizable en un mundo amplio para los inversionistas, pero restringido para los ciudadanos.

La oportunidad que se le brinde a los ciudadanos para que se resitúen en el nuevo escenario, va a provocar que el manejo de un programa de gobierno se dirija a mejorar todo lo anterior, a superar lo que se hizo anteriormente, con la perspectiva de que todos los problemas, quizá no se resuelvan, pero la opción

de abrir mejores perspectivas para el futuro es inevitable y posible de construir en un mediano plazo.

Ahora, si a ese programa de gobierno lo apuntalamos con valores éticos, aflora la responsabilidad, que no es más que una actitud y un comportamiento que responde a lo que le compete a cada funcionario, a cada gobernante y en su totalidad, al partido modular.

¿Cuales son esos valores?

La virtud cívica de **la tolerancia, la inclusión y la autonomía.**

La virtud no es algo novedosa, es echar mano a un recurso de la tradición humanista, principalmente en Maquiavelo, quien la define como aquel conjunto de cualidades que posibilita a un hombre a llevar a cabo grandes y riesgosas empresas para alcanzar la gloria, la fama y el honor. Facilita a un gobernante para gestionar y operativizar acciones que lo aproximen a alcanzar los más nobles fines y a satisfacer algunas de las demandas más sentidas por la sociedad. **(Velasco A. 1995)**

Vista así la virtud, la **tolerancia** es un valor ético de la democracia, o una virtud cívica en cuanto nos remite a una convivencia y sociabilidad pacífica, donde intercambian opiniones distintos actores con ideologías, creencias y prácticas políticas disímiles.

Casi siempre que se aborda el estudio sobre la tolerancia, se remiten, la mayoría de los autores, al problema de la verdad, o a la inexistencia de una verdad absoluta, por ello hace referencia a la relatividad de la verdad. **(Cisneros I. 1996, Fetscher I. 1994)**

La tolerancia es parte de un discurso sobre la naturaleza de la verdad, pero una verdad confeccionada por distintos tejedores que en un espacio común, dialogan, confrontan y resumen distintas verdades relativas, hasta asistir a un evento de síntesis que les permite mostrar a la luz pública la prenda fabricada, bajo el principio de la tolerancia.

Entonces tolerancia es convivir bajo el paraguas del respeto recíproco en un mundo en que no existen valores comunes que determinen la acción en las distintas esferas de la vida, y en el que tampoco existe una realidad única idéntica para todos. **(P.Berger y T.Luckmann, 1997)**

Esta distinción nos permite reconocer que la tolerancia se recrea en la diversidad de actores y opiniones y por lo tanto, se moja en las aguas de la pluralidad, que hace parte del océano de la democracia ampliada. Tolerancia es un reclamo de las comunidades étnicas, de las organizaciones comunitarias, de los grupos sociales y de los demás cuerpos políticos que pululan en América Latina.

La tolerancia como virtud cívica cambió el imaginario de los actores en el conflicto bélico que se registró en Centroamérica, porque una vez que se firmó la paz, al otro no se le pudo seguir viendo como enemigo, bajo la irreductible focalización del exterminio como condición básica para la existencia del yo; a cambio, se aceptó, casi en su totalidad, la concepción del adversario, que no es más que el otro, con derechos, pero con la posibilidad de conflictuarse en un espacio común, sin que exista ni medie la intención de eliminación del contrincante.

Reconocer la existencia de la diversidad y del otro, es un avance significativo, como también abrir un espacio para que la tolerancia se asome y se quede orientando las acciones futuras, tanto de los dirigentes del partido modular, como de los agentes que asuman responsabilidades de gobierno. Algunos creen, en este primer inicio de la tolerancia, que aceptarla es un acto de soportar al adversario o al otro que no es igual a mí; pero no es así, porque justamente lo diverso es un dato irrenunciable de nuestra misma socialidad **(Cisneros I. Op. Cit)** y una condición necesaria para sujetos que viven en pluralidad, aceptando a otros con diferentes creencias, otras opciones políticas y preferencias de credo diversos.

Entonces tolerancia guarda fronteras con libertad, la libertad mía y la del otro, por ello se debe asumir una actitud mental de que en un macro domo social, la tolerancia es aceptar que la libertad de un individuo no termina donde empieza

la libertad del otro. Más bien, la libertad del otro constituye, hoy por hoy, la principal condición de la propia libertad. (**op.cit**)

Otro aspecto de la tolerancia, es que es un canal que conduce a la construcción de consensos, indispensables para ejercer un buen gobierno, o mantener la gobernabilidad; pese a ello, no apaga, ni destierra el disenso, puesto que éste sigue existiendo y ocupando un espacio en la vida política, actuando como voz crítica o censura con licencia que se opone a toda arbitrariedad o acción mayoritaria en detrimento de una minoría que disiente. Tolerar es el verbo que más pronombres tiene y deben conjugar todos los actores de la política de fin de siglo.

A la tolerancia individual se le agrega en el camino democrático, la tolerancia pública que va más allá de la ciudadana, porque exige a los actores y cuerpos políticos a dialogar entre grupos sociales, entre asociaciones y comunidades; asimismo al gobierno le toca el turno de aceptar y practicar el diálogo con comunidades étnicas, grupos de desplazados, de género, entre otros, ampliando a otros campos de la esfera de la vida social, la búsqueda de acuerdos y la aceptación de las diferencias.

Si la organización modular acepta a la tolerancia como una virtud cívica que debe guiar las acciones proselitistas, para los acuerdos políticos con otros gremios y para orientar las actividades de gobierno, está en la antesala de dar un gran paso para democratizar la sociedad y al mismo Estado en esta etapa de desarrollo transicional que vive Centroamérica.

La inclusión como virtud cívica, es escaque fundamental en el tablero de ajedrez que está fabricando la ciudadanía moderna. Si es aceptado por casi todos los analistas políticos que la sociedad está ocupada y constituida por actores sociales con posibilidades de autodeterminación; con capacidad para intervenir mediante un intercambio racional en el *mercado* político y en los espacios públicos; con pleno derecho a tener derechos en el plano social y jurídico; y con acceso a información y conocimientos para insertarse con mayores oportunidades productivas en la dinámica del desarrollo; (**Calderón F, Hopenhayn M, Ottone E. 1996**) entonces es inaudito que se cierren las

puertas a la participación plural y a la inclusión del otro en las tareas que son propias del espacio público o de gobierno.

La inclusión es parte constitutiva de la participación plural, es el intercambio de experiencias que dan lugar a la formación de nuevas comunidades de sujetos, de nuevos lazos identitarios y por ende a una nueva fuente generadora de sentido, si tenemos en cuenta que el sentido no existe en forma independiente, sino que se forma a través de referencias y relaciones intercambiables de experiencias y de acumulación de conocimiento que sedimentan el acervo social de la inteligencia colectiva.

Aceptar la inclusión en las tareas de gobierno y en la gestión pública, es darle sentido a las acciones hacia un fin preconcebido; es darle la oportunidad a los actores involucrados a que construyan su propia utopía, anticipen una condición futura y evalúen su deseabilidad y su urgencia, como también los pasos que habrán de dar para hacerla posible; el sentido de las acciones, en el acto, se configura por su relación con el propósito, y una vez concluido, sea un éxito o no, pueda ser evaluado y capitalizado como experiencia para el acervo de su conocimiento. **(Berger P, Luckmann T. Op.cit)**

Si reconocemos que muchos de los problemas que padece la sociedad no se pueden resolver con la sola iniciativa del gobierno, la inclusión de las asociaciones y grupos de interés colectivo que se desenvuelven en el ámbito local y comunitario, pueden prestar una valiosa ayuda y una coadyuvancia para encontrar soluciones consensuadas; además, si reconocemos que ellas han actuado y lo siguen haciendo, como mediadoras entre las instituciones de la sociedad y los individuos, cumpliendo un rol de gestoría y de defensa ciudadana, son claramente instituciones intermedias, que en palabras de Berger y Luckmann, contribuyen a la negociación y objetivación social del sentido.

¿Cómo poder evaluar si un actor colectivo funciona o se desempeña como institución intermedia?

Existen dos variables **(Gamson, 1990)** que nos sirven de parámetro evaluativo; una es la aceptación que tiene la organización en su entorno inmediato, la suma de adhesiones, la voluntad participativa de los individuos

ante los llamados de la colectividad organizada, la autoridad y el respeto que se ha ganado en su espacio local, las consulta que realiza antes de llevar a cabo una acción colectiva, la negociación y la solvencia moral para guiar acciones futuras.

La segunda variable tiene que ver con los logros obtenidos o adquisiciones en materia de recursos o de avance orgánico-político que impácta como beneficio en la comunidad en que se asienta; aunque hay dificultad para medir cuantitativamente esos logros, la manifestación de la subjetividad colectiva y popular es un claro indicio para orientarnos en la evaluación que intentamos hacer de sí son o no instituciones intermedias, y cual sería su rol en una agenda de colaboración entre Estado-Gobierno y Sociedad.

En síntesis, la inclusión es otro valor de la democracia ampliada que no se puede dejar de lado, menos un partido político que busca reposicionarse en un escenario de pos paz, donde algunos de los actores se están estructurando o transformando para insertarse de nueva cuenta en la nueva realidad; si se participa en el escenario recién construido con una vocación plural, tolerante y abierta a la inclusión, es muy probable que la modularidad encaje en las iniciativas convergentes; si se actúa bajo la lógica de los partidos tradicionales, no vale la pena intentar una reflexión sobre el caso, porque los logros serán nulos.

La otra virtud es *el respeto a las autonomías*, que se desprende del mismo desenvolvimiento que ha tenido la ciudadanía moderna, al momento que se genera un proceso de redefinición de identidades y de pertenencia grupal en los ámbitos locales, de barrios, de grupos religiosos, étnicos, comunitarios y vecinales.

Cuando la política se descentró, los desajustes en el orden social estuvieron presentes en múltiples espacios de la vida social; las pertenencias con respecto a partidos políticos e instituciones se fue diluyendo de manera vertiginosa, la capacidad de convocatoria de los partidos políticos se redujo, hasta situarse en un estrecho margen que algunos llamaron el desencanto ciudadano con respecto a las organizaciones partidistas; el Estado fue desplazado por los agentes económicos, dejando de ser el núcleo donde se resolvían los aspectos

conflictuales de la sociedad; la desagregación social apresuró su paso y se avizoraba un ambiente desolador, atomizado y sin ninguna posibilidad de reintegración; las utopías, bellos espejos de esperanza, también estallaron en mil pedazos, perdiéndose la égida que marcara la pauta para acciones colectivas futuras. El culpable era la globalización y el neoliberalismo, satanizando a los dos ejes del mundo de hoy, pero salvando de culpa a la izquierda y a los intelectuales que no otearon a tiempo el fenómeno de recomposición capitalista

La pregunta del día era ¿quién va a resolver los problemas de una sociedad que se desarticuló en diez años?

Ni el Estado, menos los partidos políticos estaban en condición para responder al ramillete de interrogantes que la ciudadanía se planteaba; sin embargo, de manera sorda, pero eficaz, los movimientos sectoriales, vecinales, comunitarios y ONG no se amilanaron, asumieron como un desafío el nuevo escenario y allí se insertaron, trabajando y renovando identidades, elaborando plan de acción, construyendo acciones colectivas y traslapes identitarios hasta ocupar el vacío dejado por los partidos políticos y el mismo Estado. En ese momento la política, como eje articulador y orientador de la sociedad, fue revalorizándose, lentamente avanzó hasta ubicarse estratégicamente en sitios poco vulnerables, de ahí el progreso significativo de los indios, las mujeres, los buhoneros, los precaristas y los demás sujetos insumisos de la sociedad de fin de siglo.

La eclosión de un nuevo elenco revelador de actores sociales, fue presionando a la sociedad para que se aceptara, no sin vencer obstáculos, una democracia cultural, que admite el pluralismo cultural y los derechos de las minorías; además, exhibió de manera contundente, que la sociedad contemporánea, situada en los cruces de la globalización y el neoliberalismo, está abierta a los cambios e intercambios, por tanto ha mutado en diversos órdenes, lo que ha implicado una transformación radical en sus sistemas simbólicos, de integración y de aspiraciones políticas.

Hoy día podemos decir, sin temor a equivocarnos, que no existe una sociedad en el mundo que posea una unidad cultural total, y las culturas son construcciones que se transforman permanentemente con la reinterpretación de

nuevas experiencias, lo que hace artificial la búsqueda de una esencia o un alma nacional, y también la reducción de una cultura a un código de conductas. **(Touraine, A.1997)**

¿A donde nos conduce todo esto?

Indudablemente a la democracia cultural, la cual tiene como signo el reconocimiento de la diversidad entre las culturas, la aceptación de la pluralidad de intereses, opiniones y valores, sin llegar a construir un mundo cuadrulado, sino con canales intercomunicativos que asuman la forma de diálogo y tolerancia, hasta que los desemboque en un respeto absoluto a las autonomías grupales y comunitarias.

Si nos apoyamos en Villoro, podríamos afirmar que las autonomías no equivalen a una autarquía grupal, pues no cabe en la concepción de la democracia cultural, que un grupo se cierre en su estrecho camino de la libertad, sin importarle las aspiraciones, ni necesidades de los otros. Los traslapes identitarios y la comunicación intergremial son puentes seguros para que transiten acuerdos, negociaciones, intercambio de experiencias e intereses hasta armar arcos convergentes que puedan contribuir a alcanzar muchas metas comunes. **(Villoro.L.1997)**

Las autonomías existen y deben respetarse, pero a su vez incluirse en planes de trabajo de beneficio común, sin que violenten su régimen autonómico, simplemente, a través de la comunicación inter-comunitaria se abre esa posibilidad de colaboración. Esta participación recíproca se da en un ambiente de democratización dialogante, **(Giddens. A. 1996)** que no es más que formas de intercambio social que pueden contribuir de forma sustancial, quizá hasta decisiva, a la reconstrucción de la solidaridad social.

Algunos creen que la autonomía conduce a una proliferación de derechos y multiplicación de intereses; pese a ello, existen aclaraciones convincentes que aseguran que no es así, porque lo que está sucediendo es algo que se aproxima a un cosmopolitismo cultural que sirve de cimiento a las relaciones entre

autonomía y solidaridad, estimulando una democratización de la democracia. **(Villoro L. 1997, y Giddens A. 1996 Op.cit.)**

La democracia dialogante se practica es un espacio público, pues es el mejor marco para convivir y aceptar al otro en una relación de tolerancia mutua; el diálogo que prevalece como vínculo ínter autonómico, anota Giddens, debe interpretarse como la capacidad de crear confianza activa mediante la apreciación de la integridad del otro. La confianza es un medio de ordenar las relaciones sociales a través del tiempo y el espacio. Sostiene ese *silencio necesario* que permite a los individuos o los grupos seguir con sus vidas sin dejar de mantener una relación social con otro u otros.

En síntesis, ***tolerancia, inclusión y autonomía***, son tres núcleos que posibilitan la convivencia, la articulación y el trabajo conjunto; situarse al margen de estos tres nichos que emanan la democracia del siglo XXI, es vivir de espaldas a la realidad y transitar en sentido contrario del desarrollo de la sociedad; aquí reside la voluntad de cambio que tendrían los partidos modulares, como también el número de aperturas y articulaciones que el nuevo partido tendría con los demás cuerpos políticos que son parte de la sociedad centroamericana de fin de siglo.

5.4. Estructura organizacional de la modularidad

El análisis de lo que pretende ser un modelo organizacional, no parte de unos principios de la teoría de las organizaciones, como tampoco de propuestas teóricas que se desprenden del tronco del discurso sistémico luhmanniano; no es esa la orientación que tratamos de dar a conocer. Lo que nos motiva es poder armar una estructura operativa, flexible ante los reclamos de la ciudadanía moderna, pero a la vez articulacional con otras acciones colectivas, de manera tal que pueda dar cuerpo a un arco convergente, desde la perspectiva de partido político, con una durabilidad más prolongada que la hasta ahora alcanzada por los movimientos de ese tipo en América Latina a partir de 1994.

No abrazamos la teoría de la organización, como ordenamiento teórico-metodológico, debido a que todavía se debate en los centros de investigación,

la poca pertinencia que tiene con lo que sucede en América Latina, en especial en el campo de los partidos políticos. Según especialistas, el desarrollo de esta teoría se ha constituido en un mosaico complejo de posiciones y propuestas que se empieza a confrontar y debatir; **(Ibarra E, Montaña L. 1990,1991)** sin embargo en los países del área se ha carecido de tal reflexión y lo poco que se ha hecho, descansa sobre todo, en observaciones y atención sobre la empresa, que tienen un sentido accional distinto a la de los partidos políticos.

La propuesta que ofrecemos tiene más oficio de reflexión política, en el marco de un proceso de pos paz, que arroja una multiplicidad de actores, una democracia cultural que reclama con energía una atención de todos los cuerpos políticos, estructurados y en vías de estructuración, una exigencia participativa de la ciudadanía por ser parte de las decisiones trascendentales que se toman en sus pueblos, comunidades y localidades; y una democratización política que quiere llevar a la democracia a sitios recónditos de cada país centroamericano y que no se quede anclada en los órganos de representación y en la letra muerta de las Constituciones, como pretenden hacerlo los liberales de la actualidad.

Hay luces muy esclarecedoras, quizá no es el ámbito del análisis de las organizaciones partidistas, pero si en lo que concierne a las nuevas reglas del juego para la democracia en el año 2000, con puntualizaciones certeras sobre el futuro de los organismos internacionales y las prefiguraciones de los futuros escenarios en Europa y Asia. **(Guéhenno Jean-Marie, 1995) (Gellner E. 1996)**

De las indagaciones de esos dos autores, aunadas a la experiencia personal en los procesos políticos de los países que abordamos en el estudio, fuimos construyendo la idea de la modularidad, no sin el antecedente de haber realizado una investigación previa sobre cómo se arman las convergencias y la durabilidad de las mismas en un ambiente más politizado como el que se está viviendo en Latinoamérica.

El tipo de organización modular descansa sobre la idea de ser más abierta ante la constelación de organismos ciudadanos, evitando preocuparse por demostrar que tanto es distinta a los demás, sino que puntos de articulación accional tienen en común y que otras aperturas se pueden dar en el corto plazo para

acuerpar al mayor número de actores de una sociedad que se encuentra en desventaja ante el alud neoliberal.

Hay dos puntos nuevos: ***apertura y articulación***, dos aspectos que se alejan de la vieja idea de homogeneidad, control y equilibrio que se discutía en las filas de los grupos guerrilleros y partidos comunistas tradicionales, cuya esencia era mantener la homogeneidad en función de unos principios inalterables, inequívocos y doctrinales; una lealtad a los dirigentes por encima de la capacidad, pues mantenerse cerca de un líder o grupo de influencia, daba posibilidad de asumir nuevas responsabilidades dirigenciales o de ocupar cargos dentro de la estructura política; el equilibrio se sentaba sobre la actuación consecuente, pero con lo que se dictaba dentro de la organización y de espaldas a lo que las bases demandaban.

Brindar una apertura a los demás cuerpos políticos que no se encuentran registrados como entidades partidistas, es desatar las ataduras doctrinales que por muchos años fueron motivo para descalificar al otro, expulsar a un miembro y hasta algunas veces, ajusticiar a unos "revisionistas", por el solo hecho de disentir ante una decisión de la dirigencia.

Apertura para articular, es una intención de romper el caparazón que reprimió la creatividad y la inventiva por muchos años, para situarse hoy en una posición de acción convergente que esté vigilante de las acciones que desarrollan otras organizaciones, qué demandas nuevas hay y cómo las están diseñando los demandantes, con objeto de ir introduciéndose en un proceso de aprendizaje cívico que los aproxime, lo más que pueda, a los actores que también son parte de la nueva política de fin de siglo.

Otro punto que se agrega a la estructura modular, es la ***interoperabilidad*** entre el partido político y las asociaciones, grupos y movimientos comunitarios, vecinales y de barrios, reconociendo que la complejidad del mundo social no puede sea aprehendida por un solo actor, porque en la sociedad existen tantos actores como lecturas sobre la realidad, que sumadas, muestran la combinación de apreciaciones sobre la multidimensionalidad de la realidad del mundo contemporáneo.

Interoperabilidad, entonces, es comunicación, es socialización de información, de compartir diversas y distintas opiniones sobre lo social y cómo se está constituyendo en el momento; qué coyunturas presenta y de que manera puede ser abordada para fisurarla, en caso que sea necesario, para que surja algo nuevo o provocar un cambio en su estructura.

Interoperabilidad es poner en juego los acuerdos y negociaciones a que se llegaron con otros cuerpos políticos, demostrando con ello que la apertura no se queda en el ámbito discursivo, sino que aterriza en el plano accional y se plasma en una construcción lógica de sistema abierto que busca, bajo todo punto de vista, interconectarse con lo posible, con los que desean y luchan por una sociedad de puertas abiertas y accesible al dialogo y la tolerancia.

Es notorio, por lo que expresamos, que la interoperabilidad va a requerir de una estructura operativa que se encargue de urdir los enlaces con los grupos y asociaciones cívicas, comunitarias, vecinales y de orden particular como Ong, partidos locales o regionales entre otros, para construir acuerdos e iniciativas que permitan, al partido modular, estar presente en las acciones y demandas que la ciudadanía lleva a cabo desde hace un tiempo, pero hasta ahora al margen de los partidos.

No quiere decir esto que el partido modular se va a perder en un herbazal de cosas nimias y tangentes como son las demandas particularmente localistas, tampoco se va a convertir en un depositario de demandas que en cierto punto pueden encontrarse, chocar o contravenir otras que se hallan en su seno procesándose.

Básicamente, se trata que el partido modular vaya siendo parte de la red de movimientos y asociaciones que pululan en el espacio público; que se convierta en interlocutor de muchas de ellas, en la medida que socializa, discute, confronta y acuerda acciones conjuntas para atacar un problema del orden común. Es cierto que las redes no son homogéneas, existe de todo y para todos, pero lo que sí hay que reconocer es que es un campo de fuerzas, de desequilibrios, en el que la voluntad de incrementar el número de sus conexiones está compensado por la posibilidad de ser un partido que no se desdibuje por lapsos perentorios y aparezca sólo cuando haya elecciones.

Dice Guéhenno, que las redes se comportan como una bolsa de informaciones, que nunca se cierra y, cuantas más informaciones lleguen, más desequilibrios se genera en un sistema que se opone a la apertura democrática. La gran pregunta es, como filtrar la información, no en el sentido de ocultar parte de ella, sino en la dirección de detectar o sopesar cual es la que mejor nos aproxima a la realidad, la que permite leer con detalles lo que en el momento sucede, de tal suerte que podamos correlacionar la acción política con el momento social. Es algo así como poner el reloj de la política y de los cuerpos políticos en el mismo horario, a modo que se pueda sincronizar una acción eficaz y reducir los costos político-sociales.

Esta es una tarea de otra estructura que proponemos, la denominada de ***estudios de la política y la sociedad***, que de paso, está reconociendo la labor del nuevo intelectual orgánico, en una versión tercermilenaria.

Hasta ahora, los partidos políticos han hecho y aún hacen poco caso a los científicos sociales, pues son vistos como agentes que se elevan con el pensamiento para reflexionar, pero la mayoría de las veces, sin éxito; sin embargo, quienes han analizado social y políticamente la globalización y sus efectos en la sociedad no son los partidos, sino los científicos sociales. Incluso, son los intelectuales con sus teorizaciones quienes han esclarecido los conceptos globalizadores de lo *inevitable*, lo *universal* y lo *moderno* como recursos ideológicos de este fenómeno del capitalismo, que trata, bajo todo argumento, desarmar políticamente a sus opositores; asimismo, los nuevos intelectuales orgánicos han despejado los nubarrones de la incertidumbre que se habían estacionado por largos meses sobre el imaginario de la sociedad.

Hoy pues, los que trabajan la política desde la perspectiva teórica, ya son merecedores de una atención y los partidos modulares son agentes que requieren de una ayuda de este tipo, de ahí que quepa la posibilidad de armar un canal intercomunicativo entre la política y la ciencia, cosa que se viene haciendo en los centros de investigación independientes que día a día aparecen en la sociedad latinoamericana.

La estructura de *estudios de la política y la sociedad* coadyuvaría para que los actores políticos operativos, estudien y comprendan mejor la complejidad del mundo social y a su vez la hagan digerible; también ayudarían que descubran la racionalidad de algunos hechos; que la lógica de cierta información sea procesada y analizada bajo una lente prismática, misma que nos ayude a descomponerla para analizarla por sectores y a integrarla para insertarla en un contexto más amplio.

Sería el espacio donde se reúna la información, se procese y ponga en circulación para que los demás cuerpos políticos que son parte de la amplia red o constelación de grupos y asociaciones, se apropien de ella, la intercambie y la haga crecer. Para ello es necesario que se cambie la vieja concepción de que la información es poder, para ello hay que concentrarla; por otra que diga, la información es la base del poder, pero su naturaleza ha cambiado, ya no se atesora, pues su verdadero valor está en el intercambio, para adquirir nuevas informaciones, para generar nuevos argumentos y un creciente proceso de formación de cultura política en la ciudadanía. (Guéhenno, *op.cit*)

Lo otro que agregaríamos, *es el nuevo oficio de los dirigentes*, cuya función puede ser la de fabricar nexos con organizaciones cívicas y ciudadanas; gestionar identidades y encontrar las aristas compatibles entre el partido modular y el grupo de identidades recién estructuradas; como también entre los grupos que se asemejan. Todo esto va a traer consigo una multiplicación de conexiones que quizá hagan más complejo al partido, pero a su vez da cabida a nuevos dirigentes para que compartan las actividades que de la complejidad se derivan; asimismo, los representantes de los grupos y asociaciones asumirán, temporalmente, responsabilidades en la tarea que tenga un denominador común, sería algo parecido a los aros del símbolo olímpico, que se entrelazan, pero no pierden su autonomía o su especificidad.

En esta visión sobre los futuros dirigentes, su rol de intermediación es fundamental para el futuro accionalista del partido modular, pues su papel es similar a un gestor articulacional, que corrige fallas, arma acuerdos, liga acciones, destraba tensiones y reconoce en la red de organismos sociales una fuerza vital para el futuro de la política y del mismo cuerpo orgánico partidista.

La misma dinámica va a inyectar a la dirigencia, un antídoto para evitar personalismo excesivo y, en contraparte, la va a dotar de una propiedad horizontal, que la obliga a consultar, a compartir, discutir y consensuar muchas de las decisiones; a su vez, desburocratiza la cúpula, porque la comunicación intermitente y cortocircuitantes, similar a redes de internet, le va a ocupar mucho tiempo y la va a convertir en una dirigencia liviana, en su comportamiento, pero contundente en sus acciones y decisiones colectivas.

Las identidades múltiples no son un obstáculo para los partidos modulares, quizá sí para los partidos de tipo doctrinario, pero si la modularidad acepta la tolerancia, la inclusión y la autonomía como virtudes cívicas, entonces se abren las puertas para construir convergencias donde se requiera. No será una convergencia única que se ocupe de todos los problemas y demandas; eso quedó en el escaparate del pasado; las convergencias son múltiples, tanto como los problemas comunes, de ahí que el futuro de los partidos modulares será encontrar los nichos donde se recrean identidades y acciones de género, étnicas, de buhoneros, de precaristas, de derechos humanos, y demás que se perfilan hacia la democratización de la democracia.

El partido modular es una forma de piano que comparte sus cuerdas y teclas, con cada grupo o asociación comunitaria, vecinal y barrial, con el objeto de ir tocando la pieza democrática, sin desordenar la armonía de la canción, porque cada grupo tendrá la ocasión y la oportunidad de participar, sin sobreponerse, ni interrumpir a otros que también se han involucrado en la composición de este himno a la sociedad futura.

NOTAS

1/ Hacemos mención a los analistas Mario Solórzano Martínez y Marco Tulio Alvarez, columnistas del periódico Siglo XXI, de Cd de Guatemala.

CITAS

BERGER PETER Y LUCKMANN THOMAS (1997) *Modernidad, Pluralismo y crisis de sentido: La orientación del hombre moderno*. Ed, Paidós, España

CALDERÓN FERNANDO, HOPENHAYN MARTÍN Y OTTONE ERNESTO (1996) *Esa Esquiva Modernidad: Desarrollo, ciudadanía y cultura en América Latina y el Caribe*. Ed. Nueva Sociedad, Venezuela.

CISNEROS ISIDRO (1996) *Tolerancia y democracia*. Cuadernos de divulgación de la cultura política, Instituto Federal Electoral, México.

COHEN IRA J. (1996) *Teoría de la estructuración: Anthony Giddens y la constitución de la vida social*. Ed. UAM, México.

COMISIÓN SUDAMERICANA DE PAZ, SEGURIDAD Y DEMOCRACIA (1996) *Documento para una reflexión sobre una agenda social para América Latina en el Siglo XXI, en Reforma Política, gobernabilidad y desarrollo social: Retos del Siglo XXI*. Comp. Carlos Contreras Q. Ed. Nueva Sociedad, Venezuela.

FETSCHER IRVING (1994) *La Tolerancia*, Ed. Gedisa, España.

FGDNG, (1997) *Plataforma General del FDDNG*, Guatemala.C.A.

FLÓRES D´Arcais PAOLO (1995) *El Desencantamiento traicionado, en Modernidad y Política: Izquierda, individuo y democracia*, et al. Ed. Nueva Sociedad, colec. Nubes y Tierra, Venezuela.

GAMSON, W. (1990) *The strategy of social protest*. Wadsworth Publ. , Belmont, California, 2da ed.

GARRETON MANUEL A. (1995) *Hacia una nueva era política: Estudio sobre las democratizaciones*. Ed. F.C.E., Chile.

GELLNER ERNEST (1996) *Condiciones de la libertad: La sociedad civil y sus rivales*. Ed. Paidós, España.

GIDDENS ANTHONY (1996) *Más allá de la izquierda y la derecha: El futuro de las políticas radicales*. Ed. Cátedra, España.

GUÉHENNO JEAN-MARIE (1995) *El fin de la democracia: La crisis política y las nuevas reglas del juego*. Ed. Paidós, España.

IBARRA EDUARDO Y MONTAÑO LUIS (1990) *Organización y Sociedad: El vínculo estratégico*. Ed. U.A.M/I., México

IBARRA EDUARDO Y MONTAÑO LUIS (1991) *El Orden organizacional: Poder, estrategia y contradicción*. Ed. U.A.M/I, México.

NAKUJ AJPOP (1995) *Documento de constitución*, Guatemala, C.A.

TOURAINÉ ALAIN (1998) *Francia: ¿estallido de la derecha o fortalecimiento de la izquierda?* El país, España, No 692, del 26 de marzo.

TOURAINÉ ALAIN (1997) *¿Podemos vivir juntos? La discusión pendiente: El destino del hombre en la aldea global*. Ed. F.C.E. Argentina

URNG (1997) *Plataforma de partido, apartado correspondiente al proceso de constitución del partido*, Guatemala.C.A.

VELASCO GÓMEZ AMBROSIO (1995) *Teoría política: Filosofía e historia ¿anacrónicos o anticuarios?* Ed. UNAM, México.

VILLORO LUIS (1997) *El Poder y el valor: Fundamentos de una ética política*. Ed. F.C.E. México.

CONCLUSIONES

La Paz en Centroamérica ha sido el proceso menos estudiado, aunque los conflictos que la precedieron fueron los que más hojas escritas acumularon durante la década de los ochenta; libros, folletos, seminarios, simposium, áreas de estudios, programas televisivos, debates en los organismos internacionales, entre otras actividades, fue lo que conformó la guirnalda de divulgación sobre lo que acontecía en Nicaragua, El Salvador y Guatemala.

¿Por qué se dio la paz?

Es el punto de partida para sentar unas conclusiones que no sean muy extensas, pero sí lo suficientemente concisas para situar los mojones que señalan qué hubo de nuevo en la investigación y, a partir de ella emprender otras pesquisas que den cuenta de lo que está pasando en el área centroamericana y hacia donde se encauza el desarrollo político y la transición democrática en la región.

La paz se dio porque el conflicto que se desarrollaba no podía seguir dirimiéndose bajo el paraguas de la guerra; el virtual empate entre los actores enfrentados, no anunciaba, para ninguno de los dos, una victoria a corto o mediano plazo; además, un triunfo militar no desplazaba ni eliminaba al contrincante, por tanto iba a permanecer en la vida pública del país, lo que traería dificultades en el manejo de la política y en la construcción de mecanismos de gobernabilidad, disipando toda posibilidad de que se fundaran un conjunto de instituciones democráticas para armonizar, en la medida de lo posible, la vida política de cada nación.

A lo anterior le agregamos, la readecuación que se da en la sociedad latinoamericana, en especial la de Centroamérica, a partir de su inserción en la economía mundial, la desregulación de los mercados, la flexibilidad laboral, el achatamiento del Estado benefactor y el reordenamiento en las finanzas y cuenta pública.

El conjunto de reestructuraciones, trajo consigo un ramillete de acciones y alteraciones en el seno de la sociedad, donde actores emergentes tuvieron que salir al paso de las contingencias y asumirse como sujetos renovadores, en los espacios que el Estado abandonaba; asimismo, grupos, asociaciones y comunidades, redefinieran sus identidades ante el nuevo escenario, algunos compartieron parte de su acervo identitario y demandas, dado pie a que aparecieran sujetos multidimensionales; los cuerpos políticos se desbalancearon ante la realidad inédita que despuntaba, algunos se fueron a la fosa de la crisis, otros decidieron, sobre la marcha, refundarse.

Estos acontecimientos se dieron de manera paralela a la guerra, por lo que algunos dirigentes de la guerrilla hicieron la lectura apropiada sobre lo que se estaba dando en cada país; otros, muy envueltos por los enredos que trae la guerra, olvidaron hacer el análisis, y persistieron en la salida militar.

Cuando a los factores internos, se le agrega la variable externa, que es la presión y los reclamos a los mandatarios de cada país, por parte los organismos internacionales y sectores financieros para que se busque el cese el fuego y se inicien pláticas para la paz, el círculo se cierra, y el camino empedrado de la solución del conflicto se llena de luz y se hace transitable, abriendo una ventana al diálogo.

Realidad, disposición y voluntad de los actores, presionados por un mundo en transición y una sociedad en evolución, fue lo que posibilitó el diálogo.

La paz ha sido la mejor negociación política en el área; los actores involucrados tuvieron todo el tiempo para asesorarse, organizar la agenda, establecer los mecanismos de acceso al diálogo, armar el conjunto de demandas y más aún, socializar internamente sus aspiraciones políticas en cada país.

En El Salvador y Guatemala, el gran perdedor fue el sector ultraconservador y militarista que lucró con la guerra y bajo toda impunidad, acumuló grandes cantidades de dinero, pero en la negociación por la paz, sus espacios de maniobra se acotaron, sus voceros carecieron de argumentos y sus operadores políticos demostraron no poseer una habilidad para construir dentro de la política sus resortes para saltar a mejor posiciones.

La negociación no sólo fue entre gobierno y guerrilla, sino que los ex insurgentes gozaron, bajo el amparo internacional, de un espacio de maniobra excepcional, porque a través de sus dirigentes, diseminados en localidades, grupos de mujeres, indígenas, comunidades y asociaciones, incorporaron reivindicaciones que otros actores emergentes demandaban, ampliando y enriqueciendo la mesa de negociaciones, pero a su vez, involucrando a grandes sectores de la sociedad civil a que se interesara en lo que se buscaba pactar, sin olvidar las acciones de presión y denuncias que se hiciesen para acotar al enemigo en turno.

Transcurrió el tiempo y la paz se firmó, los acuerdos fueron asumidos y se cumplen a cuenta gota. Indudablemente que hay retrasos, las partes presionan y amenazan, pero de lo que debemos estar seguros es que la paz es irreversible, aunque el FSLN en varias ocasiones amenace que volverán a tomar las armas y asaltarán el poder, eso es cosa del pasado, es parte de la presión política cuando los recursos escasean y el partido carece de innovaciones para reactivar a la sociedad militante y simpatizante.

El FMLN es el actor ex insurgente más habilidoso del área, pues se ha resituado mejor que el FSLN y la URNG; sus posibilidades de triunfo en las elecciones próximas son amplias y su inserción en la arena política es con una vocación convergente, de alianza que prioriza la demanda sobre los principios doctrinarios, con aceptación en sectores medios y empresariales.

El FSLN ha procesado la derrota de 1990 con lentitud; las divergencias entre los tres sectores nunca se resolvieron, hoy día, de cara a la refundación, teme poner sobre la mesa de discusión esos aspectos que los diferencian; no quiere aprender que la suma de las diferencias lo puede colocar como un partido pluralista y que el saldo que quede de esas diferencias va ser la nueva unidad partidista. Ante ello, se ve acosado por el tiempo social, pues cada cuerpo político va sincronizando su reloj en función de los nuevos retos de la Nicaragua en el fin de siglo; la historia va ajustando el horario político con los acontecimientos que se desatan en la era de la globalización y los errores del neoliberalismo; los ciudadanos se asumen como hombres de tiempo presente y

se autoreconocen como los nuevos actores en la transición fundacional. La pregunta que queda es ¿ y en FSLN que tiempo tiene su reloj?

Se supone, que los partidos políticos son asociaciones de representación ciudadana y por ende, deben responder a las expectativas y aspiraciones de las personas; sin embargo, no todos procuran cumplir con ese requisito. Mientras eso sucede, la realidad social se hace más compleja, los individuos se asocian, tejen nuevas formas de sociabilidad, interactúan de acuerdo a los tiempos que la globalidad impone y recomponen su accionar.

Han iniciado un largo camino que denominamos reequilibrio social, que no es más que nuevas formas de asociación y sociabilización que los distancia del atomismo social que se vivió y aún viven grandes franjas sociales y los resitúa en un plano más ventajoso, con posibilidades de molecularizar los comportamientos, tejer urdimbre vinculativas que refuerce los lazos identitarios y solidarios de la nueva sábana social.

Y en esa molecularidad inédita y reveladora, atraemos a los partidos políticos, para que respondan, con un interés inusitado, a las nuevas demandas y expectativas ciudadanas. Entonces descubrimos que la estructura orgánica del pasado no es la adecuada para la sociedad en gestación, se requiere una instancia orgánica más ágil, dúctil, eficaz y flexible.

En la búsqueda de una organización que reuniera esas cualidades, nos encontramos la organización modular, cuyo modelo es un arquetipo apropiado para una sociedad heterogénea, multicultural y pluriétnica, que fomenta el pluralismo y se sustenta en tres virtudes cívicas: la tolerancia, la inclusión y el respeto a las autonomías.

Con base en esos tres valores, la racionalidad comportamental que asumiría, lo distingue de los tradicionales partidos políticos, puesto que su afán se lucha y articulación de demandas, harían de él un partido multidimensional, capaz de conjuntar los objetivos económicos de la era tecnológica y global, con los de interés social que exigen grandes segmentos de la sociedad, excluidas por la irracionalidad neoliberal.

Conjugar los dos objetivos en un programa factible, coloca al partido modular con grandes posibilidades de triunfo, pero hay más; también, propiciaría una recuperación de la política y gran dosis de credibilidad que se han perdido en el mar de desencanto y desaprobación social que la ciudadanía vuelca sobre los partidos y todo aquello que tenga el sello de política.

La modularidad es la culminación de un esfuerzo comprensivo y detallado sobre lo que ha ocurrido en Centroamérica a partir de 1976, época en que nació el interés por conocer el quehacer de la izquierda, en especial la guerrilla.

Es un eslabón más a la cadena investigativa que nació con una sociología de los movimientos de liberación en América Latina 1700-1977; posteriormente un trabajo sobre Estado, democracia y partidos políticos en Nicaragua, 1979-1989; más tarde los movimientos sociales: alcance y perspectiva de su lucha 1989-1993; se le agregó las convergencias democráticas en América Latina 1994-1996, particularizando en Nicaragua, El Salvador, Panamá y, hoy, la opción modular como partido político a las fuerzas ex insurgentes centroamericanas 1997-2000.

Una investigación que cierra el anillo, donde quedan conjuntados, el compromiso militante con la izquierda y la perseverante actitud crítica frente a ella, ligada a la acción en distintas esferas de la vida política. También, una añoranza que no cae en la melancolía, sino en un dispositivo lanzador para ser impulsado y reinsertado en el nuevo imaginario social que debe tener en su seno muchas cosas del pasado, pero a su vez, novedades inesperadas para que la sociedad latinoamericana arribe al reequilibrio social con fuerza y una meta: la sociedad molecularizada, democrática, incluyente, pluralista, pluriétnica y tolerante.

BIBLIOGRAFÍA

ACHARD DIEGO Y FLÓRES MANUEL (1997) *GOBERNABILIDAD: Un reportaje de América Latina*. Pnud, ONU/F.C.E. México.

ADAMS RICHARD (1988) *CONCLUSIONS: ¿ WHAT CAN WE KNOW ABOUT THE HARVEST OF VIOLENCE?* En Robert Carmack (ed), The Harvest of Violence. Norman: University of Oklahoma press, pp. 279-292.

AGENDA DE ACUERDOS POR LA PAZ EN GUATEMALA, 1994-1996. Mimeo

AI CAMP RODERIC (1997) Comp. *LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA: Modelos y ciclos*. Siglo XXI, México.

ALONSO JORGE Y RAMÍREZ J.M. (1996) *LA DEMOCRACIA DE LOS DE ABAJO*, U de G/Ciesas Occidente/ Unam/Colegio de Jalisco, México.

ANDERSON BENEDICT (1997) *COMUNIDADES IMAGINADAS: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. F.C.E. México.

ARIAS ARTURO (1985) *EL MOVIMIENTO INDÍGENA EN GUATEMALA; 1970-1983*, en Daniel Camacho y Rafael Menjívar (eds.), Movimientos populares en Centroamérica. Educa, San José, Costa Rica, C.A.

ARON RAYMOND (1993) *PENSAR LA GUERRA, CLAUSEWITZ*, tomo I y II, Ministerio de Defensa, España.

ATTILI ANTONELLA (1997) *LA POLÍTICA Y LA IZQUIERDA DE FIN DE SIGLO*, Cal y Arena, México.

BAGÚ SERGIO (1994) *TIEMPO, REALIDAD SOCIAL Y CONOCIMIENTO*. Siglo XXI, México

BAGÚ SERGIO (1997) *CATÁSTROFE POLÍTICA Y TEORÍA SOCIAL*. Siglo XXI/Unam, México.

BERGER P. LUCKMANN T. (1997) *MODERNIDAD, PLURALISMO Y CRISIS DE SENTIDO: la orientación del hombre moderno*, Paidós, España.

BOBBIO NORBERTO (1997) *¿QUÉ SOCIALISMO?* Plaza y Janés, España.

BOSETTI GIANCARLO (1996) Comp. *IZQUIERDA PUNTO CERO*. Paidós, México.

CALDERÓN FERNANDO, HOPENHAYN MARTÍN Y OTTONE ERNESTO (1996) *ESA ESQUIVA MODERNIDAD: Desarrollo, ciudadanía y cultura en América Latina y el Caribe*. Nueva Sociedad, Venezuela.

CAMOU ANTONIO (1997) *GOBERNABILIDAD Y DEMOCRACIA EN UNA TRANSICIÓN INCIERTA*, en México en el desfiladero: los años de Salinas; Flacso/ Juan Pablo Editor, México, pp.37-58.

CANSINO CÉSAR Y VICTOR ALARCÓN (1994) *LA FILOSOFÍA POLÍTICA DE FIN DE SIGLO*. UIA/ Triana, México.

CANSINO CÉSAR (1997) Comp. *GOBIERNOS Y PARTIDOS EN AMÉRICA LATINA: Un estudio comparado*. Cepcom, México.

CAVAROZZI MARCELO (1997) (Coord) *MÉXICO EN EL DESFILADERO: LOS AÑOS DE SALINAS*; Flacso/Juan Pablo Editor, México.

CISNEROS ISIDRO (1996) *TOLERANCIA Y DEMOCRACIA*. Cuadernos de divulgación de la cultura política, Instituto Federal Electoral, México.

CLAUSEWITZ KARL VON (1970) *APUNTES PARA LA GUERRA*, notas seleccionadas para la guerra en Colombia, Partido Comunista de Colombia, Bogotá.

COHEN IRA J. (1996) *TEORÍA DE LA ESTRUCTURACIÓN: ANTHONY GIDDENS Y LA CONSTITUCIÓN DE LA VIDA SOCIAL*. UAM, México.

COMISIÓN SUDAMERICANA DE PAZ, SEGURIDAD Y DEMOCRACIA (1996) *DOCUMENTO PARA UNA REFLEXIÓN SOBRE UNA AGENDA SOCIAL PARA AMÉRICA LATINA EN EL SIGLO XXI*, en Reforma Política, gobernabilidad y desarrollo social: Retos del Siglo XXI. Comp. Carlos Contreras Q. Nueva Sociedad, Venezuela.

CORREAS OSCAR (1997) *UNIVERSALISMOS Y PARTICULARISMOS EN EL SIGLO XX*, Conferencia en "Los desafíos de la modernidad. Pensar el siglo XX: De Sarajevo a Sarajevo". UNAM, México, 14,15 y 16 de abril.

CRUZ MANUEL (1996) Comp. *TIEMPO DE SUBJETIVIDAD*. Paidós, España.

DABAS ELINA Y DENISE NAJMANOVICH (1995) Comp. *REDES: EL LENGUAJE DE LOS VÍNCULOS: Hacia la reconstrucción y el fortalecimiento de la sociedad civil*. Paidós, Argentina.

DELBRÜCK HANS (1990) *DIE GESCHICHTE DER KRIEGSKUNST IM RAHMEN DER POLITISCHEN GESCHICHTE*, tomo IV, Berlín, citado por Aron, en ob. cit, 1993.

DOUGLAS C NORTH (1993) *INSTITUCIONES, CAMBIO INSTITUCIONAL Y DESEMPEÑO ECONÓMICO*. F.C.E. México.

DUBET FRANÇOIS (1989) *DE LA SOCIOLOGÍA DE LA IDENTIDAD A LA SOCIOLOGÍA DEL SUJETO*, en Revista "Estudios Sociológicos", No 21, pp. 519- 541.

ELSTER JON (1994) *LÓGICA Y SOCIEDAD: Contradicciones y mundos posibles*. Gedisa, España.

ELSTER JON (1997) *EL CEMENTO DE LA SOCIEDAD: Las paradojas del orden social*. Gedisa, España.

FERRY JEAN-MARC Y WOLTON D. (1995) *EL NUEVO ESPACIO PÚBLICO*. Gedisa, España.

FETSCHER IRVING (1994) *LA TOLERANCIA*, Gedisa, España.

FGDNG, (1997) *PLATAFORMA GENERAL DEL FGDNG*, Guatemala.C.A.

FLÓRES D´Arcais PAOLO (1995) *EL DESENCANTAMIENTO TRAICIONADO, EN MODERNIDAD Y POLÍTICA: Izquierda, individuo y democracia*, et al. Nueva Sociedad, colec. Nubes y Tierra, Venezuela.

GAMSON, W. (1990) *THE STRATEGY OF SOCIAL PROTEST*. Wadsworth Publ. , Belmont, California, 2da ed.

GARCÍA CANCLINI NÉSTOR (1997) *CULTURAS HÍBRIDAS: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. F.C.E. México.

GARRETON MANUEL A. (1995) *HACIA UNA NUEVA ERA POLÍTICA: Estudio sobre las democratizaciones*. F.C.E., Chile.

GELLNER ERNEST (1996) *CONDICIONES DE LA LIBERTAD: La sociedad civil y sus rivales*. Paidós, España.

GIDDENS ANTHONY (1996) *MÁS ALLÁ DE LA IZQUIERDA Y LA DERECHA: El futuro de las políticas radicales.* Cátedra, España.

GLEIZER SALZMAN MARCELA (1997) *IDENTIDAD, SUBJETIVIDAD Y SENTIDO EN LAS SOCIEDADES COMPLEJAS.* Flacso/JP, México.

GONZÁLEZ JULIANA Y JOSU LANDA (1997) Comp. *LOS VALORES HUMANOS EN MÉXICO.* Siglo XXI / Unam, México.

GUÉHENNO JEAN-MARIE (1995) *EL FIN DE LA DEMOCRACIA: La crisis política y las nuevas reglas del juego.* Paidós, España.

GUERRA CARLOS (1997) *NUEVA ESTRATEGIA NEOLIBERAL: La participación ciudadana en Chile.* Crim/Unam, México.

HABERMAS JÜRGEN (1996) *LA NECESIDAD DE REVISIÓN DE LA IZQUIERDA.* Tecnos, España.

HEILBRONER ROBERT (1996) *VISIONES DEL FUTURO: El pasado lejano, el ayer, el hoy y el mañana.* Paidós, España.

HEILBRONER ROBERT (1997) *CAPITALISMO EN EL SIGLO XXI,* Nueva Imagen, México.

HELLER A. (1991) *HISTORIA Y FUTURO ¿Sobrevivirá la modernidad?,* Península, España.

HOWARD WINANT (1989) *THE OTHER SIDE OF THE PROCESS: racial formation in contemporary Brazil,* ponencia LASA.

HUNTINGTON SAMUEL (1994) *LA TERCERA OLA: La democratización a finales de siglo XX.* Paidós, España.

IBARRA COLADO EDUARDO (1990) "*COMPLEJIDAD ORGANIZACIONAL O LA CONQUISTA DE LO INCIERTO*", en Organización y sociedad: el vínculo estratégico. UAM/I, México.

IBARRA EDUARDO Y MONTAÑO LUIS (1990) *ORGANIZACIÓN Y SOCIEDAD: El vínculo estratégico.* U.A.M/I., México

IBARRA EDUARDO Y MONTAÑO LUIS (1991) *EL ORDEN ORGANIZACIONAL: Poder, estrategia y contradicción.* U.A.M/I, México.

INNANI OCTAVIO (1996) *TEORÍAS DE LA GLOBALIZACIÓN*. Siglo XXI / Unam, México

JIMÉNEZ LARIOS ARMANDO (1997) *DOCTRINA E IDEOLOGÍA DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN EL SALVADOR*. Tribunal Supremo Electoral, El Salvador. C.A.

JONAS SUSANNE (1994) *LA BATALLA POR GUATEMALA*, FLACSO, Guatemala- Nueva Sociedad.

KYMLICKA WILL (1996) *CIUDADANÍA MULTICULTURAL*, Paidós, España.

LARA X Y HERRERA R. (1996) *LA PACIFICACIÓN EN NICARAGUA*. Flacso, Costa Rica.

LECHNER NORBERT, CAVAROZZI MARCELO (1997) *UN ESTADO PARA LA DEMOCRACIA*. Porrúa/ Friedrich Ebert Stiftung, México.

LENIN, V. (1970) *OBRAS COMPLETA*, Tomo XXI, Progreso, Moscú.

LUCKMANN THOMAS (1996) *TEORÍA DE LA ACCIÓN*, Edit. Paidós, España.

MARTÍNEZ D. SALAZAR R. (1995) *EL FUTURO ELECTORAL DE NICARAGUA*, en Revista "Memoria", No 80, pp. 28-31.

MATURANA HUMBERTO (1996) *LA REALIDAD: ¿OBJETIVA O CONSTRUIDA?* UIA/Anthropos/Iteso, México.

MELUCCI ALBERTO (1991) *LA ACCIÓN COLECTIVA COMO CONSTRUCCIÓN SOCIAL*, en Revista "Estudios Sociológicos", No 26, pp. 357-364.

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES DE NICARAGUA (1993) *REDUCCIÓN DE PERSONAL MILITAR PERIODO 1987-1993*, MANAGUA.

MORIN ADGAR (1995) *SOCIOLOGÍA*, Tecnos, España.

MORIN EDGAR (1996) *EL PARADIGMA PERDIDO*. Kairós, España.

MOYERS BILL (1996) Comp. *FIN DE SIGLO*, Mcgrawhill, México.

NAKUJ AJPOP (1995) *DOCUMENTO DE CONSTITUCIÓN*, Guatemala, C.A.

NAVARRO PABLO (1994) *EL HOLOGRAMA SOCIAL: Una ontología de la sociedad humana.* Siglo XXI, España.

PANEBIANCO ANGELO (1993) *MODELOS DE PARTIDO.* Alianza universidad, España.

PINO C. ARNAU A(1995) *VIVIR: UN JUEGO DE INSUMISIÓN.* Siglo XXI, España.

PRECIADO. J Y SALAZAR. R. (1997) LOS ACTORES, EL CONFLICTO Y LA POLÍTICA EN MÉXICO, en Revista "Memoria", No 98, pp.37-40.

RABOTNIKOF NORA, VELASCO AMBROSIO YTURBE CORINA (1995) *LA TENACIDAD DE LA POLÍTICA,* Unam, México.

RAMÍREZ SÁIZ JUAN MANUEL (1994) *CULTURA POLÍTICA Y EDUCACIÓN CÍVICA DEL MOVIMIENTO URBANO POPULAR,* en Cultura política y Educación Cívica (Coord) Jorge Alonso, Unam / Porrúa, México

RIVERO MARTA (1990) Comp. *PENSAR LA POLÍTICA.* Unam, México.

RÓDENAS PABLO(1997) *LOS LÍMITES DE LA POLÍTICA,* en Filosofía política I, ideas políticas y movimientos sociales. Trotta/CSIC, Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, España.

RÓDENAS PABLO (1991) *DEFINICIÓN DE LA POLÍTICA.* Suplemento Anthropos, 28,71-80, España.

ROSENAU JAMES (1997) *"DEMASIADAS COSAS A LA VEZ. La teoría de la complejidad y los asuntos mundiales",* en Revista "Nueva Sociedad," No 148 (marzo-abril) Pp70-83.

ROSNAY DE JOEL (1995) *EL HOMBRE SIMBIÓTICO;* Cátedra, España.

ROSS HOWARD MARC (1994) *THE MANAGEMENT OF CONFLICT.* Yale University.

ROSS HOWARD MARC (1995) *LA CULTURA DEL CONFLICTO,* Paidós, España.

ROUQUIÉ ALAIN (1994) *LAS FUERZAS POLÍTICAS EN AMÉRICA CENTRAL.* F.C.E., México.

SALAZAR LUIS (1997) *NOS QUEDAMOS AL MARGEN*, entrevista en "Suplemento Enfoque", 21 dic. 1997.

SALAZAR ROBINSON (1988) *ESTADO, PARTIDOS POLÍTICOS Y DEMOCRACIA EN NICARAGUA*, Investigación para el CIS- Itztani, Fundación Ford / CSUCA Managua.

SALAZAR P. ROBINSON (1996) *LAS CONVERGENCIAS DEMOCRÁTICAS A FINALES DE SIGLO*, tesis de maestría, Universidad de Guadalajara, Cucsh.

SALAZAR ROBINSON (1997) *LAS ELECCIONES EN EL SALVADOR* (1997) inédito México.

SALAZAR P. ROBINSON (1997) *DESGAJADOS E INSUMISOS: dos actores en la política latinoamericana* en Revista "Espiral", No 8 (enero - abril). Pp.47-71.

SALAZAR P. ROBINSON Y PRECIADO JAIME (1997) *LOS ACTORES, EL CONFLICTO Y LA POLÍTICA EN MÉXICO*; en Revista "Memoria", No 98 (abril) Pp.37-40.

SALAZAR P. ROBINSON (1997) *CONVERGENCIAS DEMOCRÁTICAS Y GOBERNABILIDAD*, en Revista "Coppal", Segunda época (enero-junio) Pp17-26.

SARTORI GIOVANNI (1992) *PARTIDOS Y SISTEMAS DE PARTIDO*, Alianza Universidad, España.

SERRANO ENRIQUE (1996) *CONSENSO Y CONFLICTO. Schmitt y Arendt: La definición de lo político*, Interlínea, México.

SIERRA DE GERÓNIMO (1994) Coord. *LOS PEQUEÑOS PAÍSES DE AMÉRICA LATINA EN LA HORA NEOLIBERAL*, Nueva Sociedad, Venezuela.

SMITH ANTHONY D. (1997) *LA IDENTIDAD NACIONAL*. Trama, España.

SCHMITT CARL (1975) *ESTUDIOS POLÍTICOS*, Doncel, España.

SOMJEE, A.H. (1985) *CAPACIDAD POLÍTICA EN SOCIEDADES EN DESARROLLO*, en "La democracia en los países en desarrollo", William A. Douglas (comp.), Libro libre, Costa Rica, C.A. 1985,pp.203-221.

- SUN TZU (1993)** *EL ARTE DE LA GUERRA*, Arca de sabiduría, España.
- TOURAINÉ ALAIN. (1967)** *SOCIOLOGÍA DE LA ACCIÓN*. Eudeba, Argentina.
- TOURAINÉ ALAIN (1983)** *EL REGRESO DEL ACTOR*. Eudeba, Argentina.
- TOURAINÉ ALAIN (1990)** *MOVIMIENTOS SOCIALES DE HOY*. Hacer, España.
- TOURAINÉ ALAIN (1995)** *PRODUCCIÓN DE LA SOCIEDAD*. UNAM/ IFAL, México.
- TOURAINÉ ALAIN (1997)** *¿PODEMOS VIVIR JUNTOS? LA DISCUSIÓN PENDIENTE: El destino del hombre en la aldea global*. F.C.E. Argentina
- TOURAINÉ ALAIN (1998)** *FRANCIA: ¿estallido de la derecha o fortalecimiento de la izquierda?* El país, España, No 692, del 26 de marzo.
- URNG (1997)** *PLATAFORMA DE PARTIDO, APARTADO CORRESPONDIENTE AL PROCESO DE CONSTITUCIÓN DEL PARTIDO*, Guatemala.C.A.
- VELASCO GÓMEZ AMBROSIO (1995)** *TEORÍA POLÍTICA: FILOSOFÍA E HISTORIA ¿ANACRÓNICOS O ANTICUARIOS?* UNAM, México.
- VILLALOBOS JOAQUIN (1992)** *UNA REVOLUCIÓN EN LA IZQUIERDA PARA UNA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA*. Arcoiris, El Salvador, C.A.
- VILLORO LUIS (1997)** *EL PODER Y EL VALOR: Fundamentos de una ética política*. F.C.E. México.
- WAGAR WARREN (1991)** *BREVE HISTORIA DEL FUTURO*, Cátedra, España,
- WINOCUR ROSALÍA (1997)** Comp. *CULTURAS POLÍTICAS A FIN DE SIGLO*. Flacso/JP, México.
- WOLF MAURO (1994)** *SOCIOLOGÍAS DE LA VIDA COTIDIANA*, Cátedra, España.
- ZEMELMAN HUGO (1996)** *PROBLEMAS ANTROPOLÓGICOS Y UTÓPICOS DEL CONOCIMIENTO*. Colegio de México, México.

ZEMELMAN HUGO (1997) CONOCIMIENTO Y SUJETOS SOCIALES. Colegio de México, México.